

Mujer y Género: Potencial alternativo para los retos del nuevo milenio



Irene Pineda Fermán (Compiladora)
Prólogo de Xabier Gorostiaga S.J.

MUJER Y GÉNERO:

Potencial alternativo para los retos del nuevo milenio

**Prólogo de Xabier Gorostiaga S.J.
Irene Pineda Fermán (Compiladora)**



**Universidad
Centroamericana,
UCA**

Ilustración de la cubierta: *Twilight*, Francisco León, óleo sobre tela, Nicaragua

Edición al cuidado de Inés Izquierdo e Irene Pineda

Diseño de la cubierta y tipografía general: Iván Olivares Morales

Impreso en: Editorial Imprenta Universitaria, UCA, Managua, Nic.

Impreso y hecho en Nicaragua, septiembre de 1997

Contenido

Prólogo	7
---------	---

Mujer y sociedad

Xabier Gorostiaga, S.J.

Mujer y sociedad frente al nuevo milenio	13
--	----

Marina Subirats

Educación y género: La experiencia española	25
---	----

Alejandra Massolo

Las condiciones del hábitat para la mujer	39
---	----

Niurka Pérez Rojas y Miriam García Aguiar

Mujer de campo: Campesina, cooperativista y obrero-cooperativista cubana	43
---	----

Balance de los Estudios de Género

Sonia Montesino Aguirre

Balance y perspectivas de la instalación de los Estudios de la Mujer y de Género en las universidades de América Latina y El Caribe	51
--	----

Martha Palacios

Balance de los Estudios de Género en la Universidad Centroamericana, (UCA)	57
---	----

Josefina Bilbao

Estudios de Género en Chile	62
-----------------------------	----

Lola G. Luna

Perspectivas americanistas del Seminario Interdisciplinar “Mujeres y Sociedad” de la Universidad de Barcelona	67
--	----

Cristina Zurutuza

Estudios de Género en la Universidad de Buenos Aires	76
--	----

Género y Economía

María Rosa Renzi

Género y Macroeconomía	83
------------------------	----

Irma Arriagada

Las relaciones de género y sus efectos en las mujeres durante períodos de ajuste estructural	103
---	-----

Masculinidad y Femenidad

Enrique Gomáriz

Masculinidad: Una introducción	133
--------------------------------	-----

Daniel Cazés

Reflexiones en torno a una metodología de género en los estudios de hombres	138
--	-----

Irene Pineda Fermán

Hacia una metodología en el trabajo con mujeres maltratadas	144
---	-----

Marcela Lagarde

Mujeres y hombres, feminidades y masculinidades al final del milenio	149
--	-----

Orlando Núñez Soto

Dialéctica de la masculinidad	157
-------------------------------	-----

Género y Desarrollo

Ana Isabel García Quesada

Ajuste estructural y políticas de género en la era pos - Beijing	163
--	-----

Magdalena León

Género: Economía y Sociedad	168
-----------------------------	-----

Bibliografía

175

Participantes del Seminario

177

Prólogo

El seminario Internacional de los Programas de Investigación y Educación sobre Género (PIEG's) realizado en la UCA, en enero de 1997, convocó a un número importante de intelectuales latinoamericanas y delegadas de los PIEG's de otras partes del mundo. El encuentro buscaba contribuir a la consolidación de un *pensamiento propio de mujer y género*, superando la dependencia externa que todavía se está dando dentro de los propios Estudios de Mujer y Género en América Latina. Por haber tenido América Latina una de las prácticas políticas y sociales más destacadas de participación de la mujer, se percibía la necesidad de conceptualizar y consolidar esa práctica con investigaciones y propuestas teóricas gestadas en América Latina.

Por otro lado, también se pretendía integrar la investigación y la educación sobre Mujer y Género en una forma institucionalizada dentro de las propias universidades, que lamentablemente han sido en buena parte reproductoras y legitimadoras de un sistema discriminatorio y asimétrico contra la mujer. La vinculación de los PIEG's de América Latina con organismos similares en otras universidades del mundo, buscaba también contribuir a la reforma universitaria desde la perspectiva de género.

La emergencia creciente de la mujer y la gestión de nuevas relaciones de género, consideramos que no sólo abren nuevas oportunidades para el próximo milenio, sino que permiten a las universidades mejorar su capacidad de análisis objetivo, una búsqueda de la verdad que supere lo arcaico e injusto del patriarcalismo que ha dominado nuestras sociedades y a la vez, contribuya a que la Universidad sea más pertinente para la realidad cambiante de la sociedad latinoamericana.

Este pequeño libro sintetiza las ponencias que reflejan una parte del enorme trabajo acumulado de investigación y de propuestas de la mujer latinoamericana. Líneas de un proceso de desenmascara-

miento y de lucidez, que tanto se necesita para la recuperación del status democrático de la mujer al final del milenio, y para poder contribuir a la superación del subdesarrollo e incluso del mal desarrollo que se manifiesta en la crisis de civilización que estamos padeciendo globalmente, pero en particular en América Latina.

La agenda y las propuestas de acción que se trabajaron en el seminario y están resumidas en la Relatoría del mismo, buscan convocar y provocar a las universidades, al mismo tiempo que abrir un nuevo espacio de reflexión, de investigación y por tanto de poder para la mujer en América Latina desde la plataforma universitaria.

Como Rector de universidad, involucrado durante los 6 últimos años en el difícil y lento proceso de la Reforma Educativa, tengo que reconocer la dificultad de esta tarea desde adentro de la universidad. La experiencia nos ha demostrado que los mejores logros de la reforma educativa se han realizado por la vinculación de la investigación de la universidad en los temas álgidos de la sociedad civil. La participación de la universidad, como conciencia crítica de la realidad social del país, ha permitido democratizar el conocimiento universitario al vincularlo a los sujetos sociales y a las demandas más sentidas por el pueblo. Consideramos que la vinculación de la universidad con la temática de la mujer y del género es posiblemente una de las nuevas dinámicas para la transformación universitaria.

El cruzar fronteras históricas, científicas, sociales, políticas e incluso afectivas entre hombres y mujeres no es tarea fácil, ni rápida. Posiblemente tenga más importancia para el nuevo milenio la superación de las fronteras entre hombres y mujeres, que la propia caída del muro de Berlín. Percibo que la caída de esta muralla en las relaciones de género puede ser un anticipo, sino de la caída al menos del resquebrajamiento, de la gran muralla que divide al Norte y al Sur de la humanidad.

La integración de la temática de la mujer y del género en los Currículum y en la investigación universitaria tampoco será fácil. Existen problemas institucionales, problemas de interdisciplinariedad, pero sobre todo problemas de respeto y libertad para integrar los proyectos emergentes de género y mujer. El respeto al pluralis-

mo y la solidaridad que permitan acumular, en medio de las diferencias y de la diversidad, una nueva objetividad científica y una nueva fuerza social intelectual y ética en la universidad.

Me permití manifestar en el seminario organizado por SERNAM, en Chile en julio de 1996, que la universidad y la educación son parte del problema de la mujer más que parte de la solución. La universidad y la educación aunque permitan mayor participación a la mujer, pueden reproducir dentro de la mujer el mismo sistema de valores y prácticas patriarcales de la sociedad en la que vivimos, incluso cooptando la posibilidad a la mujer académica y profesional de analizar el mundo desde su propia identidad femenina. La propia mujer necesita la *ruptura epistemológica de género* para comprender y desenmascarar la sutileza de la asimetría en la que histórica y culturalmente hemos vivido por tantos siglos.

Finalmente quisiera como economista, enfatizar el potencial que la ruptura epistemológica producida por la incorporación de la investigación sobre mujer y género puede tener, y está teniendo, en la teoría y en la política económica. Este impacto puede ser tan importante, como la incorporación del medio ambiente en la formulación y planteamientos de una economía para un eco- desarrollo.

Los trabajos de Laís Abramo, de Irma Arriagada y de Magdalena León apuntan a nuevos indicadores económicos, nuevas realidades tanto en el mundo del trabajo, de la distribución del ingreso, de la medición del desarrollo y de la propia conceptualización del carácter del desarrollo. Un ejemplo significativo en este sentido es el dato que Irma Arriagada presenta (cuadro 3), donde se percibe una disminución de las diferencias de ingreso medio entre hombres y mujeres entre el año 80 y 94 en América Latina. Sin embargo la reducción de las diferencias de ingreso es menor entre jefas-jefes, es decir entre hombres y mujeres profesionales. La intensidad de formación no reduce la discriminación de género entre cargos de dirección. Es significativo también el deterioro por aumento de las diferencias de ingresos en Costa Rica, país que había logrado, no sólo en la relación de género, sino en la democratización y relaciones de equidad de la sociedad, uno de los niveles más alto de justicia distributiva en América Latina.

El deterioro social en Centroamérica, viene corroborado incluso en el caso excepcional de Costa Rica, que había logrado unos de los índices más equitativos de distribución de ingresos en 1980.

Este ejemplo ratifica la urgente necesidad de indicadores de género económicos y sociales que hagan visible y medible la discriminación para la mujer. La incorporación de indicadores y metodología de género en las Ciencias Sociales y jurídicas es un instrumento fundamental para el empoderamiento político de la mujer en América Latina, para incorporar esta nueva fuerza social en la superación de la pobreza y en el logro de una mayor equidad, elementos claves también para un crecimiento económico ambientalmente sostenible y duradero en el tiempo. La red y las vinculaciones de las investigadoras y docentes sobre Mujer y Género en América Latina pueden enfrentar estos aspectos en el futuro, de una forma más coordinada e integrada.

La democratización en las relaciones de género no es una amenaza de un "milenio feminista", sino más bien de un milenio de un humanismo integrado y de una democracia más genuina. Marcela Lagarde nos previene de estos nuevos miedos: del nuevo "miedo del género" que junto con el miedo a la miseria, a la violencia, a las pandemias y al más allá pudieran caracterizar el nuevo milenio.

La construcción de la *era pos-Beijing* con un plan de acción para lograr la equidad y la democracia en las relaciones de género coincide con el fin del milenio y pretende superar esos miedos con un genuino desarrollo humano. La necesidad de construir las políticas públicas que superen las declaraciones de buenas intenciones e institucionalicen, *no sólo un desarrollo para la mujer, sino el desarrollo de la mujer*, que permita establecer las políticas de género en el desarrollo con el poder de negociación suficiente para "tomar control sobre sus propios destinos" como señalara Magdalena León.

Xabier Gorostiaga S.J.
Rector UCA

Mujer y sociedad

Mujer y sociedad frente al nuevo milenio

Xabier Gorostiaga, S.J.*

“La democratización del conocimiento y la
democratización del poder”

Con temor y temblor”, así comencé mi exposición el 10 de junio de 1996 en Santiago de Chile, en el Encuentro Internacional de Mujeres sobre *“Igualdad de oportunidades para las mujeres en la Educación”*. En este encuentro, organizado por el SERNAM se gestó este seminario internacional que hoy inauguramos.

Las tres instituciones que convocamos a este seminario, el SERNAM, el PIEG de la Universidad de Chile y el PIEG de la Universidad Centroamericana (UCA), nos propusimos comenzar este año convocando y provocando en Managua al nuevo pensamiento sobre el género, recopilando las investigaciones y experiencias de los PIEG's de América Latina, para así consolidar y mejorar nuestros diagnósticos y relanzar nuevas propuestas sobre el género, con una agenda común y un plan de acción común para América Latina y el Caribe. Ustedes aquí convocadas son el primer resultado de este proceso que con “temor y temblor”, hemos iniciado porque sabemos las dificultades, las limitaciones, las diversidades que aquí están representadas.

Tenemos gran confianza en que en primer lugar sabremos escuchar. En segundo lugar tendremos gran libertad para exponer nuestras opiniones. Tercero, tendremos responsabilidad para crear los consensos y las sinergias que permitan incorporar esta diversidad de pensamientos, instituciones y formas de inserción social, en un gran proceso que permita enfrentarnos a la crisis de civilización

* Rector de la UCA

actual y al cambio de época de fin de milenio, de forma que podamos organizar el potencial y el poder de la mujer, junto con la capacidad de las universidades, para superar la discriminación en las relaciones de género por primera vez en la historia.

Somos ambiciosos, pero a la vez, humildes. Nos domina una gran confianza en la capacidad, en la energía, en la nueva visión, en la movilización de las fuerzas sociales de género para ir consolidando un proceso liberador, de los más esperanzadores, para el fin del milenio.

El gran reto es cómo organizar esta esperanza, cómo organizar esta energía, visión y capacidad de movilización y fuerza social en el ámbito de toda América Latina y el Continente, incorporando a las universidades como una plataforma de debate, de educación y de investigación que permita fortalecer la fase más propositiva de las políticas públicas sobre las mujeres, que consolide las denuncias contra la injusticia, refuerce los diagnósticos sobre las causas de la dominación y opresión de género y permita proponer nuevas políticas públicas para la mujer en el ámbito continental.

Para iniciar este proceso nos hemos propuesto tres objetivos:

- Analizar el estado de los estudios de género en América Latina y el Caribe (LAC) y organizar la colaboración de los PIEG continentales en torno a una agenda de investigación y docencia común y a un Plan de Acción Latinoamericano.
- Publicar una Antología de los estudios de género en varios volúmenes, que sirvan de instrumento de formación y acción en las universidades y en las organizaciones femeninas de LAC.
- Establecer una red latinoamericana de los PIEG's y su vinculación con las ONGs de género y las organizaciones femeninas a través de:
 - Una conferencia electrónica permanente que permita trabajar e investigar conjuntamente.
 - Una coordinación por regiones que facilite que este seminario y el trabajo conjunto se complemente según la Agenda y el Plan de Acción común.
 - Establecer el lugar y la fecha del próximo encuentro.

En Chile, con nuestra ponencia "Globalización, Educación y Género" analizábamos estadísticamente cómo este tipo de Globalización actual impacta dramáticamente sobre las mayorías del mundo y especialmente sobre la mujer, la juventud y la niñez.

En esa ocasión afirmábamos que la Globalización es un proceso irreversible, pero que el carácter de la globalización actual no es inevitable, ni irreversible. Esta Globalización dirigida por una élite financiera y cognoscitiva, desde un grupo limitado de países e instituciones en beneficio de una minoría de la población mundial, no es universalizable para el resto de los humanos, ni sostenible, ni gobernable.

La civilización antagonica que esta civilización representa ha provocado una confrontación creciente entre el Norte y el Sur, entre el capital y el trabajo, entre el crecimiento y el medio ambiente, entre el blanco y el de color, entre el hombre y la mujer, entre el consumo y la felicidad, entre la actual generación y la nueva generación, entre el ser y el tener.

La crisis mundial del empleo, del medio ambiente, de la diversidad, la cultura y pueblos indígenas frente a la homogeneización totalizante del mercado mundial, la perpetuación del incremento en la discriminación de la mujer sigue avanzando, a pesar de la nueva retórica y de los nuevos acuerdos internacionales. La discriminación y exclusión creciente sobre la nueva generación, es decir de los nuevos ciudadanos —ciudadanas nacidos en el Sur geográfico y en el Sur ético (inmigrantes y minorías en el Norte). Esta nueva generación representa el 90% de los nuevos nacidos, que no tienen espacio, ni oportunidades como ciudadanos - ciudadanas democráticos. La tentación de la inmigración, del narcotráfico como salidas en la búsqueda de espacios económicos; o la prostitución juvenil y la delincuencia, el suicidio e incluso el terrorismo, provocado por la desesperación o el miedo son temas estructurales que afectan las relaciones de género globales. El problema de la población, tan vinculado a la mujer, especialmente visualizado desde la perspectiva de la nueva generación debe ser analizado y solucionado en toda su integridad por los organismos internacionales, las iglesias, los gobiernos y sobre todo, por la sociedad civil mundial, que debe enfrentarse al problema de la ciudadanía y los

derechos humanos de la nueva generación, hijos/as de las mujeres más pobres y oprimidas de la tierra.

El desarrollo sostenible sólo es posible si se basa en relaciones humanas sostenibles, en especial en relaciones equitativas y sostenibles con la mujer. Estos cinco componentes mencionados, empleo-pobreza, la mujer, los pueblos indígenas y la diversidad cultural y las nuevas generaciones junto con la naturaleza, no han sido ni pueden ser integrados en el sistema actual de una Globalización inducida y dirigida desde arriba por la élite cognoscitiva y financiera que ha provocado la mayor concentración y centralización de riqueza, poder, tecnología y conocimiento en la historia de la humanidad, junto con una creciente exclusión de la mayoría. Sólo una visión alternativa de la sociedad humana y del desarrollo que emerja de la incorporación y de las sinergias de estos seis componentes puede superar la presente crisis de civilización al fin del milenio. El tema de género se engarza y es parte fundamental en el tratamiento del empleo-pobreza, cultura, medio ambiente y la nueva generación.

Esto implica la superación de un desarrollo basado, fundamentalmente, en un crecimiento material exponencial e indefinido, el cual ya ha topado con los límites de la naturaleza, los límites sociales y los límites políticos de la gobernabilidad.

Tanto el mercado, como el Estado y el poder son esencialmente relaciones humanas. Sin embargo, han sido distorsionados por el monopolio y la corrupción creadas por un totalitarismo ideológico de un pensamiento único, donde la relación monetaria mercantil y la competitividad a ultranza han limitado dramáticamente las posibilidades de una relación humana democrática y ética en las relaciones con el mercado, el Estado y el poder.

La superación de este pensamiento único exige una ruptura epistemológica, es decir una nueva forma de conocer, de sentir, de ver, de analizar, desde el trabajo, la naturaleza, la cultura, la mujer y la nueva generación. Implica también una globalización alternativa desde abajo, desde adentro, abierta y participativa, frente a la exclusión, concentración y centralización de la globalización dominante. Esta estrategia "gloncal" (global - nacional - local), macro - micro, económica y cultural, ética y participativa consideramos

que ofrece, no sólo un ámbito de esperanzas y nuevas energías para el trabajo de género, sino el marco para *una estrategia "gloncal" de género*, que utilice a las universidades, los PIEG's y centros de investigación para trabajar en un proyecto civilizatorio para el fin del milenio, que tenga en su centro la perspectiva y los estudios de género integrados a los otros cuatro componentes alternativos: el empleo, el medio ambiente, la cultura y la nueva generación.

Las universidades pudieran ser, por su "universalidad", una plataforma para este encuentro, este debate sinérgico que aproveche las diferencias para crear la integridad de un pensamiento opacado por el reduccionismo y el simplismo de las políticas públicas neoliberales dominantes.

Esta fase propositiva, participativa y ética de los Estudios de Género, consideramos que puede ser *un factor de renovación y de reforma de las propias universidades*, que hasta el presente son más parte del problema, que parte de la solución. El sistema educativo actual reproduce y amplifica las pautas del crecimiento económico, centralizador y excluyente que profundizan la crisis de civilización. Más educación del mismo carácter, con la misma institucionalizada no hará más que reproducir las formas de discriminación de género y contra el género, contra la naturaleza, contra la cultura, contra el empleo y la nueva generación.

Estas reflexiones telegráficas reflejan *un nuevo consenso emergente mayoritario* que irrumpe desde las sociedades civiles, especialmente en los países del Sur. Las sociedades civiles se han encontrado por primera vez en la historia con la posibilidad de compartir y experimentar sus sufrimientos, esperanzas y propuestas angustias con sus contrapartes de la sociedad civil de Sur y del Norte en las cumbres internacionales de Río, el Cairo, Copenhague y Beijing. Este nuevo consenso emergente ha percibido tres características que abren un nuevo espacio para esta inmensa tarea que nos proponemos:

1. *Una nueva retórica* sobre el empleo, pobreza, medio ambiente, género y el tema de población, que conforma, al final del siglo, parte fundamental de la preocupación, del temor y de la retórica de los principales organismos internacionales y de los propios gobiernos. En América Latina las últimas cumbres presidenciales han tratado

sobre la educación, el desarrollo sostenible y de la gobernabilidad. En Centroamérica en la "inflación" de reuniones presidenciales tenemos dos excelentes declaraciones aprobadas por los presidentes sobre la "Alianza para el Desarrollo Sostenible" (Managua, octubre 1994) y el "Tratado de Seguridad Democrática" (Tegucigalpa, diciembre de 1995). Difícilmente pueden estos dos acuerdos presidenciales centroamericanos ser superados en sus análisis y sus propuestas. Sin embargo, casi nada ha cambiado.

¿Cómo aprovechar estas declaraciones de las cumbres internacionales, de los acuerdos continentales y regionales para utilizar este marco legal con propuestas prácticas de implementación de los acuerdos firmados al más alto nivel político? Existe hoy espacio para políticas públicas de género que no se materializan por no tener una capacidad propositiva de alta calidad y una fuerza social organizada, tanto en el ámbito nacional, regional y continental para implementarlas.

¿Será posible en este seminario iniciar un proceso conjunto, como trabajo e institucionalidad compartida que permita combinar y aunar nuestros recursos y esfuerzos en esta dirección?

2. *Nueva conciencia*: Esa nueva retórica no es producto de las instituciones y de la clase política mundial, sino que refleja la irrupción de una nueva conciencia producto del trabajo y las propuestas de la sociedad civil continental y mundial que llega a reflejarse, incluso en los organismos internacionales y en los propios gobiernos.

En el transcurso de este seminario les distribuiremos el último número de la *Revista Envío*, de la UCA, que reproduce el documento de los jesuitas latinoamericanos sobre "Neoliberalismo en América Latina". No se trata de hacer propaganda, sino de presentar un ejemplo reciente de la "nueva conciencia". Este documento consensuado a nivel continental, con su radicalidad y profetismo, hubiera sido imposible en la década pasada. El fin de la Guerra Fría, el colapso de las ideologías y al mismo tiempo el aumento de la pobreza, de la exclusión, de la inseguridad ciudadana en todo el continente (aunque con diversos niveles como pueden ser Chile y Nicaragua, por ejemplo), los jesuitas latinoamericanos perciben como causa fundamental de esta situación a que

“la concepción radical del capitalismo tiende a absolutizar el mercado hasta convertirlo en el medio, el método y el fin de todo comportamiento humano, internacional y nacional”(…) “el mercado como expresión histórica de la necesidad de los seres humanos de apoyarnos unos a otros para poder darnos posibilidades de realización presente y futura, no es ni bueno ni malo, ni capitalista, ni socialista. Se plantea para todos como una relación y debe ser controlada en libertad, solidaridad y destreza para conseguir una existencia amable para todos” (...) “oponerse al neoliberalismo significa más bien afirmar que no hay instituciones absolutas para explicar o para conducir la historia humana” (...) “El hombre y la mujer son irreductibles al mercado, al Estado, o a cualquier otro poder o institución que quiera imponerse como totalizante” (...) “significa denunciar las ideologías totalizantes, porque cuando ellas se han impuesto el resultado ha sido la injusticia, la exclusión y la violencia”(…) “Tiende a valorar al ser humano únicamente por la capacidad de crear ingresos y tener éxito en los mercados” (...) “desde el mercado se define el sentido de la vida y la realización humana”(…) “desatan la carrera por poseer y consumir, exacerban el individualismo y la competencia, llevan al olvido de la comunidad y producen la destrucción de la integridad de la creación”.

Este caso simboliza la emergencia de una “nueva conciencia” que implica una superación de la perplejidad e incertidumbre causada por el pensamiento único que se imponía como una teología de la inevitabilidad al final de la Guerra Fría.

3. *Nuevas perspectivas* se están abriendo, incluso en un tema tan “delicado” como el de la mujer dentro de la Iglesia. En la Congregación General 34, la Asamblea Mundial de los Jesuitas, el decreto 14 trata sobre “la Compañía y la situación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”. Este documento fue la gran sorpresa del encuentro. Los jesuitas en las últimas décadas nos hemos comprometido en América Latina claramente por la justicia, pero tenemos que reconocer que la discriminación de la mujer no fue una prioridad. La mujer entraba dentro de una visión general del mundo de los pobres.

El decreto 14 reconoce que tenemos “un legado de una discriminación sistemática contra la mujer”(…) “en estructuras econó-

cas, políticas, religiosas y hasta lingüísticas de nuestras sociedades" (...) "parte de un prejuicio y estereotipo cultural aún más profundo" (...) "prejuicio que reviste formas diferentes según las culturas" (...) "y no deja de ser una realidad universal" (...) "hay una feminización de la pobreza y un rostro femenino de la opresión"(...) "Esta situación ha comenzado a cambiar, sobre todo, a causa del despertar crítico y la protesta valiente de la misma mujer" (...) "la Compañía de Jesús recoge este desafío y la responsabilidad que tenemos de hacer lo que podamos como hombres y como orden religiosa masculina". "No pretendemos hablar en nombre de la mujer, pero sí damos su voz a lo que hemos aprendido de las mujeres, sobre nosotros mismos y sobre nuestras relaciones con ellas" (...) "somos conscientes del daño que ha causado al pueblo de Dios la alienación de la mujer".

"Pedimos a Dios la gracia de la conversión. Hemos sido parte de una tradición civil y eclesial que ha ofendido a la mujer (...), hemos sido cómplices de una forma del clericalismo que ha respaldado el dominio convencional del varón con una sanción presuntamente divina"(...) "con esta declaración queremos reaccionar personal y corporativamente y hacer lo que podamos para cambiar esta lamentable situación".

"Lo primero invitamos a todos a escuchar con atención y valentía lo que nos dice la experiencia de la mujer" (...) "Escuchar es insustituible. Es lo que más que otro factor cambiará las cosas" (...) "escuchar con espíritu de participación e igualdad" (...) "la base para nuestra común colaboración en la reforma de estructuras injustas".

"Invitamos a todos individualmente y a través de sus instituciones, a alinearse en solidaridad con la mujer" "el apoyo a los movimientos de liberación de la mujer que se oponen a su explotación y la promoción de su participación en la vida pública".

"Agradecemos a las mujeres su liderazgo pasado y presente" (...) "queremos sobre todo que la Compañía se comprometa de manera más formal y explícita a considerar esta solidaridad con la mujer como parte integrante de nuestra misión".

Quisiera comprometerme, como Rector de esta Universidad jesuítica, a cumplir este mandato y compromiso. En la tradición

católica la confesión del pecado no es lo más importante, sino la transformación de la conducta. Ojalá no les defraudemos en ese compromiso público y universal. Necesitaremos su ayuda para cumplirlo.

Lo más importante, sin embargo, de este posicionamiento y de esta actitud pública, no es tanto, el cambio de los jesuitas, sino el hecho de la importancia de la mujer y el hecho de que se ha convertido en una de las principales fuerzas transformadoras de la historia al final de este milenio.

El reto que hoy nos convoca es el de organizar esta esperanza en forma efectiva, solidaria en toda América Latina. Al final del milenio se requiere un nuevo contrato social que permita iniciar el proceso de construcción de una ciudadanía planetaria, sin exclusiones en esta aldea global. Uno de los elementos fundamentales de este nuevo contrato social es el compromiso de construir la ciudadanía integral para la mujer, tanto en su nivel económico, jurídico, político, sexual y reproductivo. Para ello proponemos avanzar, con sencillez, pero con decisión en dos líneas estratégicas.

1. Democratizar el conocimiento

En una era donde la intensidad del conocimiento es el eje de la acumulación y el poder, incluso más que el propio capital, las universidades pueden jugar un papel determinante en democratizar el conocimiento haciéndolo asequible a los sectores y clases que han sido marginalizados y excluidos del conocimiento. En el caso de la mujer no es suficiente ofrecerle equidad en la educación, sino que hace falta contribuir a un conocimiento transformador, a un conocimiento basado en valores y en una epistemología distinta. Por tanto creemos que la universidad puede ser una plataforma para la ruptura epistemológica de género, donde el conocer, sentir y captar la realidad se haga desde la perspectiva de la mujer, junto con la ruptura epistemológica que puede provenir de los otros factores mencionados como el empleo, la cultura, la naturaleza y la nueva generación.

La recuperación del rostro femenino de la realidad, que busca superar la simple resistencia cultural feminista para ir más allá de la protesta y resistencia, buscando una igualdad con equidad que

supere la raíz del machismo del sistema patriarcal en la organización del poder, como visión del mundo y sentido de la vida. Equidad radical para *ver y comprender la realidad desde la otra cara del ser humano, la cara femenina*. Ver y comprender la realidad también *desde la otra cara de la vida*, las víctimas del trabajo, de la destrucción ecológica, de la discriminación cultural y racial, desde la cara del Sur que se manifiesta en la cara en la falta de espacios y derechos, en la desesperanza de la nueva generación.

La recuperación de lo femenino como una lógica, una nueva perspectiva, una valoración diferente de la economía, del derecho, de la política, de la ecología, desde la perspectiva de género. No es suficiente integrar a la mujer en forma más equitativa al *talento universitario y educativo*, es incluso más importante incorporar a la mujer al *talante universitario y educativo* donde los valores, la ética, la estética, la búsqueda de la felicidad provoque un contenido diferente al conocimiento y por tanto al estilo de desarrollo y a la calidad de la vida del proceso civilizatorio en el próximo milenio.

Se necesitan crear investigaciones catalizadoras que hagan visible y mediable con nuevos indicadores la temática de la mujer, es una de las tareas para la recuperación de lo femenino y la transformación universitaria y del sistema educativo.

El intento de controlar la educación, marginando a la Unesco y convirtiendo al Banco Mundial no en financiador, sino en un experto educativo mundial, responde a la importancia de la educación superior en esta era del conocimiento. Para democratizar el conocimiento se debe dar mayor acceso a la mujer y un nuevo papel a la mujer dentro de la universidad al establecer los PIEG's en forma institucional, para que en cada Facultad, en los Institutos de Investigación y en la cultura ambiental de la universidad y de la educación, la perspectiva, el sentimiento, y el entendimiento de la realidad se haga desde una "inteligencia sentiente" como la llama el filósofo Xavier Subiri.

Se necesitan crear investigaciones catalizadoras que hagan visible y mediable con nuevos indicadores la temática de la mujer, es una de las tareas para la recuperación de lo femenino y la transformación universitaria y del sistema educativo.

3. Democratización del poder

La democratización del conocimiento desde la mujer es un factor crucial para la democratización del poder. Transformar el conocimiento, la investigación y las propuestas de políticas públicas realizadas en los PIEG de América Latina en un instrumento de empoderamiento para ocupar los espacios existentes, abrir nuevos espacios y transformar las estructuras de poder que discriminan a la mujer, excluyen a las grandes mayorías del empleo y de la política, amenazan la naturaleza y no dejan espacios para la nueva generación.

La democratización del conocimiento y del poder desde la perspectiva de género puede ser al mismo tiempo y en el mismo proceso uno de los factores determinantes para la *reforma y transformación del sistema educativo y la universidad*.

En este seminario pretendemos establecer, desde la mayor parte de las experiencias de los PIEG's latinoamericanos, cuál es el "status" de los estudios de género en América Latina, diseñar una agenda investigativa para el futuro, acompañada de un plan de acción que permita ocupar los espacios abiertos por las declaraciones internacionales, sobre todo de Beijing y Copenhague. Intentaremos también publicar una Antología Latinoamericana sobre los Estudios de Género, que permita recoger lo mejor de las últimas décadas, para que esa antología sirva como instrumento de educación masiva en todas las universidades para los Estudios de Género. Por otra parte establecer una red electrónica que permita coordinar y democratizar los estudios de género en la mayor parte de las universidades de América Latina. Sería deseable también poder crear una coordinación regional de los PIEG's, que pudiese en el futuro reproducir este seminario en otras universidades y en otros contextos latinoamericanos, conformando una plataforma continental de formación, debate y propuestas sobre género. De esta forma pudiéramos tener la capacidad de vincularnos a otras experiencias de género que se están realizando en el Norte del continente, Europa, Asia, el Pacífico y Africa.

La diversidad de la problemática de género responde a la diversidad histórica y cultural y podemos cometer el error de pretender

considerar que la perspectiva latinoamericana occidental y cristiana es una concepción y propuesta universalista. La discriminación tiene connotaciones políticas, económicas, religiosas y culturales muy diversas en cada continente, que permitirían enriquecer y a la vez contribuir a la transformación de las relaciones de género en América Latina.

La democratización del conocimiento y la democratización del poder implica que las universidades deben tener un compromiso social y político, especialmente con aquellas mujeres que no tienen, y posiblemente no tendrán en los próximos años, la posibilidad de acceder a los estudios superiores. Tenemos que esforzarnos para que también los estudios de género no refuercen el apartheid tecnológico y del conocimiento que se da con las grandes mayorías de las mujeres campesinas, indígenas, y de los sectores populares urbanos. No podemos tener una perspectiva y propuestas de género de una clase media, aunque sea empobrecida, para las mujeres de los sectores populares. El compromiso social de los PIEG's debería implicar un compromiso con los movimientos sociales de la mujer más pobre y excluida. En este sentido los PIEG's podrían servir como instituciones catalizadoras, donde la realidad de la mujer más oprimida se convierta en un elemento de estudio y educación en la universidad, al mismo tiempo que la universidad se convierte en un instrumento de empoderamiento de las organizaciones sociales de la mujer.

Las facultades de Derecho, de Comunicación, de Economía, de Ciencias Sociales, de Historia, por mencionar sólo algunas, podrían encontrar aquí un elemento de transformación de sus currículum y del servicio social universitario. Las experiencias en la UCA del Instituto de Desarrollo NITLAPAN, Juan XXIII en las zonas rurales, el Bufete Popular demuestran que la democratización del conocimiento y la democratización del poder son posibilidades reales de la universidad y también factores de cambio de la propia universidad.

No será fácil para la Compañía de Jesús, ni para las universidades latinoamericanas esa transformación cultural y social sobre la mujer. En ese sentido necesitaremos el apoyo y la solidaridad de las mujeres para consolidar esta difícil decisión y compromiso. ☐

Educación y género: La experiencia española

Marina Subirats*

La importancia de la educación para el desarrollo individual y colectivo ha sido puesta de relieve desde los años sesenta, en que la teoría del capital humano destacó el hecho de que la inversión educativa es la más rentable de todas las inversiones, en términos estrictamente económicos, tanto para la sociedad, como para los individuos. Desde entonces el valor de la educación ha seguido en alza: para todos los grupos humanos que se encuentran en situación de subordinación, la educación ha constituido el mecanismo central de cambio de su situación.

Esta importancia de la educación se ha puesto de relieve una vez más en el proceso de cambio experimentado por las mujeres. El camino que está llevando a las mujeres desde una situación de marginalidad y subordinación hasta una situación de autonomía y posibilidad de intervención en los procesos de decisión colectivos se inicia siempre en el paso por el sistema educativo. Objetiva y subjetivamente la educación crea las condiciones para lo que se ha llamado *el empoderamiento* de las mujeres, siendo el paso previo para su acceso a cualquier otra forma de empoderamiento.

A la contribución directa que la educación supone al desarrollo económico hay que añadir una serie de contribuciones en el ámbito social. Uno de los problemas planteados hoy en el mundo es el de la superpoblación y la importancia del control del proceso de crecimiento demográfico para poder alcanzar niveles de bienestar sin destruir los recursos del planeta. Esta realidad está vinculada a la educación de las mujeres: todos los informes al respecto muestran que ésta es la variable fundamental. El aumento de los niveles educativos de las mujeres redonda de manera inmediata en la re-

* Universidad de Barcelona. España.

gulación de los nacimientos, así como en el descenso de la mortalidad infantil. Es decir, en todos los grandes problemas planteados hoy en el mundo tiene una fuerte incidencia la educación de la mujer, que supone la posibilidad de incorporar a una amplísima parte de la población a la capacidad de control sobre el entorno inmediato, con la repercusión de este efecto sobre el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, y a pesar del reconocimiento internacional sobre la importancia de la extensión de la educación a las mujeres, hay todavía numerosos obstáculos que se oponen a este cambio educativo. Obstáculos derivados de la rutina, la pobreza, la escasez de medios que han surgido en todos los países en algún momento y han obligado a generar políticas y reformas educativas centradas en la promoción de las mujeres.

Para orientar el cambio en la educación de las mujeres en el continente americano no es necesario llevar a cabo un análisis exhaustivo previo, ni inventar objetivos nuevos: las Conferencias Mundiales sobre la Mujer han aportado una agenda suficientemente amplia y detallada, a la vez que consensuada.

Se trata ahora de ver cómo es posible operativizar esta agenda en la forma más concreta posible, basándose en la experiencia de otros países que han realizado —y están todavía en ello— el mismo camino.

Sin olvidar las especificidades de cada país, es importante para las mujeres que trabajan en la perspectiva de Género, tener presente la experiencia de otras mujeres. Sólo así se podrá avanzar rápidamente apoyándose en lo que ya construyeron. Es por ello que resulta útil dar a conocer algunos aspectos interesantes de la experiencia española en el ámbito de lo que en España se llama "coeducación", es decir la introducción de una nueva dimensión de Género en el sistema educativo, que abordará desde el punto de vista macro el diseño hecho institucionalmente en los últimos años.

La realidad es que las mujeres españolas han pasado en un tiempo récord por dos generaciones: del semianalfabetismo a la Universidad. Hay que recordar que las leyes educativas franquistas (1938-1975) prohibieron la escuela mixta, hasta 1970; la presencia femenina en el sistema educativo fue, sobre todo en los primeros años,

muy escasa ya que entre 1940 y 1945 el porcentaje de ellas fue en el bachillerato de 34,9% y en las Facultades universitarias de 13,0%. En 1960 no habían llegado todavía la 20% y estaban todas concentradas en los estudios de Letras y Farmacia. Tampoco la enseñanza primaria era igualitaria, de modo que hoy el número de mujeres analfabetas —que se sitúan casi exclusivamente en edades avanzadas— supera en más del doble al de los hombres analfabetos. Y además, las mujeres de más edad carecen de formación profesional, dado que estuvieron casi totalmente excluidas de ella. La ideología franquista concebía el papel de la mujer como ama de casa, a la que se trataba de “liberar” del trabajo productivo, y por consiguiente la educación de mujeres estuvo fundamentalmente orientada al aprendizaje de labores, rezos y actividades consideradas “femeninas”. Es decir programada para quedar al margen, “protegidas” frente al mundo público, y por tanto excluidas de él.

Este cambio que se ha producido en los niveles educativos alcanzado por las españolas constituye la base fundamental para otros cambios más globales en su posición en la sociedad. A pesar de las muchas críticas que se puedan formular al sistema educativo, a su carácter meritocrático y a su función reproductora de las jerarquías sociales, la experiencia española ha mostrado que el acceso a la educación es la base indispensable y fundamental para la transformación del status de las mujeres en la sociedad, y que al mismo tiempo, este sistema es probablemente el menos desigualitario de los subsistemas sociales, o dicho en otros términos, el más susceptible de introducir cambios en pro de la igualdad, y por lo tanto el primero que incide de modo decisivo en la transformación de las posibilidades de igualdad para las mujeres.

Estos cambios no han sucedido de forma espontánea, dado que no están inscritos a priori, en la lógica educativa, sino, al contrario el sistema educativo, como toda la sociedad está regido por una lógica androcéntrica que tiende a reproducirse sin fisuras, sino se interviene fuertemente en sentido contrario, y que está instaurada a todos los niveles, desde la formulación de políticas educativas y diseños curriculares hasta los textos utilizados o las relaciones que se establecen en los centros y las aulas. En el caso español — y señalando claramente que la transformación que se ha conseguido

es todavía parcial e incompleta— han ocurrido, por una parte una serie de factores económicos y políticos que han creado las condiciones para que el cambio fuera posible y por otra parte se ha producido la acción conjugada de una serie de mujeres que tomaron conciencia de la necesidad de modificar las condiciones de la escolarización femenina, y pudieron actuar a través de las instituciones públicas para hacer efectivo este cambio.

En el caso de la realidad española estos cambios han pasado por tres etapas que no pueden considerarse de forma rígida ni esquemática, puesto que el proceso de cambio educativo es relativamente lento y no está marcado por acontecimientos espectaculares, ni se produce de manera uniforme en todo el país.

Hay una primera etapa que cabe situar entre 1970 y 1978, que corresponde a la consolidación de una escuela mixta y que permite un primer avance de la escolarización femenina, sin que se plantearan todavía objetivos específicos en las mujeres, relativos al cambio del funcionamiento del sistema educativo.

Esta primera etapa corresponde al último período del franquismo y a la instauración de la democracia, y en ella los agentes del cambio no son todavía las mujeres actuando en forma específica, sino que las transformaciones educativas son consecuencia de un proceso económico y político complejo. En la década de los setenta España entra ya en una evolución económica rápida: crece la industrialización, se incrementa la inmigración hacia las ciudades, aumentan los servicios. El nivel de cualificación exigido a las personas para entrar a los puestos de trabajo tiende a aumentar rápidamente y con ello se produce un fuerte crecimiento de la demanda educativa, sobre todo por parte de las clases medias que van comprendiendo que la educación es la mejor inversión frente al tipo de sociedad que comienza imponerse.

El sistema educativo español de la época, creado en un país sin industrias, es sumamente esquemático y responde sólo a las necesidades de una élite minoritaria. Es por ello que en 1970, se plantea una nueva concepción de la educación y se aprueba la Ley general de Educación, la cual no hace una mención expresa de la escolarización de las mujeres, sin embargo introduce el principio de igualdad y no-discriminación respecto a la educación, así como

define el ciclo de la Educación General Básica en ocho años, como obligatoria para toda la población desde los 6 años hasta los 14.

Como en España comienzan a desarrollarse y a ofrecerse empleos de secretarías y administrativas a las mujeres jóvenes en las ciudades, las familias apostaron decididamente por hacer que sus hijas tuvieran las mismas oportunidades que sus hijos, dejando de lado todo el discurso tradicional y moralizador que había servido de base a la escolarización separada. Muy pronto se inició también la mixidad en la enseñanza media de titularidad pública, especialmente para los estudios de bachillerato, que son los que abren el paso a la Universidad.

Así, ya en 1976 el porcentaje de alumnas matriculadas en bachillerato supera por primera vez en España el porcentaje de alumnos, habiéndose mantenido desde entonces esta característica, aún cuando el volumen global de hombres y mujeres en la enseñanza media sigue siendo desfavorable para éstas, dado que continúan estando en minoría en la formación profesional, nivel educativo en el que ha sido mucho más difícil lograr una transformación curricular y abrir el acceso a las mujeres.

Paralelamente al incremento en el bachillerato, se produce también un aumento en el número de mujeres que acceden a los estudios superiores, a la vez que comienzan a diversificarse sus opciones profesionales.

Una segunda etapa se puede situar entre 1979 y 1985 cuando surge en un movimiento educativo, que inicialmente apuntaba a otros objetivos una reflexión concreta acerca de las condiciones y características de la educación de niñas y niños, y de los efectos que tienen sobre las mujeres, a la vez que se inician una serie de análisis y experimentaciones y se definen objetivos de cambio para eliminar los mecanismos androcéntricos que siguen operando en la escuela mixta, objetivos que se agrupan en los conceptos de "educación no-sexista" y "coeducación". En 1976, al año siguiente de la muerte de Franco, se inicia un proceso de transformaciones democráticas profundas, pero la educación de las mujeres no fue, sin embargo, un tema prioritario en los debates de los movimientos de renovación pedagógica.

La educación no está al margen de este movimiento, por el contrario una parte importante del profesorado desde la primaria hasta la Universidad toma parte activa de él, tanto con reivindicaciones profesionales, como tratando de definir las líneas fundamentales para la construcción de una educación igualitaria, democrática y de calidad, que renueve con detenimiento las bases culturales del sistema educativo

Fue hasta aproximadamente 1979 y 1980 que comienzan en distintos puntos del país la reflexión sobre la situación educativa de las mujeres y el análisis de lo que ocurre en las escuelas. Es el momento que las ideas feministas han logrado calar entre muchas mujeres profesionales y entonces comienza a formularse la crítica a la escuela mixta y se crea la conciencia de su insuficiencia como instrumento de escolarización de las niñas y por tanto se fortalece la necesidad de cambiar el sistema educativo y de crear lo que en España se ha llamado una "escuela coeducativa", que no equivale ya a una escuela mixta, sino precisamente a la superación del modelo de escuela mixta.¹

¿En qué consiste la idea de una escuela coeducativa?

De hecho no existe una formulación única ni pragmática aceptada por todas las personas que trabajan en esta línea, pero sí una serie de rasgos y propuestas razonablemente compartidas, que de manera sucinta cabe enunciarlas así:

1. El actual sistema educativo facilita el acceso igualitario de niños y niñas a la educación, en lo relativo a la diferencia de sexos, puesto que quedan aún rasgos discriminatorios, generalmente no visibles con relación a otras características como la clase social, la raza o el lugar de residencia. Pero ello no significa que se trate de una escuela igualitaria, puesto que toda la cultura que se transmite a través del sistema educativo ha sido construida sobre una base androcéntrica. Por consiguiente las mujeres son casi invisibles en

1) El término escuela coeducativa en este contexto, designa a una forma de escuela igualitaria y no-sexista, pero a muchas personas le puede parecer inadecuado, ya que en el mundo anglosajón ha sido utilizado como sinónimo de lo que en España se ha llamado "escuela mixta". Lo que ocurrió fue que el término "coeducación" prendió en las maestras y profesoras que estaban analizando el sistema educativo y se consolidó en España en su significación actual, así que el cambiarlo para no generar confusión con su significado anglosajón hubiera traído más confusiones.

la educación, tanto en su dimensión histórica como en su dimensión de docentes y alumnas. Las mujeres y sus creaciones a lo largo del tiempo no son sujetas de la cultura, y ello queda patente en los contenidos del sistema educativo, en su ordenación, en los textos y en el lenguaje utilizado e incluso en las relaciones establecidas entre hombres y mujeres en el marco de la docencia. La escuela mixta ha consistido en una inclusión de las mujeres en el ámbito educativo, construido anteriormente para los varones, pero no en una fusión y generalización de modelos culturales anteriormente separados.

2. La invisibilidad de las mujeres en el ámbito educativo tiene consecuencias absolutamente negativas para éstas. Si bien la construcción de una escuela mixta ha permitido un notable avance de las mujeres en la obtención de títulos académicos, y se observa incluso un mayor éxito académico medio de las chicas que de los chicos, la obtención de dichos títulos no tiene los mismos efectos para unas y otros, puesto que ellas, al no tener protagonismo en el sistema educativo, interiorizan la inferioridad social, a pesar de su éxito escolar, y por lo tanto no rentabilizan posteriormente en el mercado laboral y en el conjunto del mundo público sus capacidades y credenciales del mismo modo que lo hacen los hombres.

3. Para construir una educación no-sexista que sea verdaderamente igualitaria con relación a hombres y mujeres no basta con la inclusión de las mujeres en un sistema educativo construido por y para los hombres, que tiene en cuenta básicamente las necesidades culturales y síquicas funcionales para la producción y no para la reproducción. Por ello es indispensable que se produzca un cambio en el sistema educativo, de modo que se elimine de él la referencia de la división sexual del trabajo, que la base cultural sea modificada para hacer visibles a las mujeres en su experiencia histórica y actual y para que sean tenidas en cuenta, como necesidades sociales las derivadas de la producción y de la reproducción, de modo que todos los individuos, mujeres y hombres alcancen las cualificaciones y capacidades necesarias para poder actuar en ambos órdenes de la vida social. Ello supone universalizar los valores y hábitos que anteriormente eran atribuidos cada uno de los grupos sexuales, de modo que las niñas tengan acceso a las capacidades y tareas anteriormente consideradas masculinas y los niños ten-

gan acceso a las capacidades y tareas anteriormente consideradas femeninas, y ello en igualdad de condiciones y no como la invasión de un terreno ajeno.

Como puede verse, se trata de un programa muy ambicioso, cuya consecución sólo puede lograrse a largo plazo, dado que no sólo incluye el cambio de hábitos, sino la revisión de toda la cultura. Obviamente la construcción de un sistema coeducativo no puede realizarse sin una serie de cambios en toda la sociedad, es decir, en definitiva sin la desaparición de la división sexual del trabajo a todos los niveles y la integración del perfil de ambos géneros en una cultura no-sexista.

Una tercera etapa que discurre entre 1986 y 1995, en la que se mantiene y se amplía el movimiento de maestras y profesoras dispuestas a un cambio educativo y a la vez se construye una política institucional a través de los mecanismos creados por la administración para impulsar las políticas de igualdad, del MEC (Ministerio de Educación y Ciencia) y de las administraciones educativas del ámbito autonómico, de modo que la acción coeducativa ya no es únicamente una alternativa difundida desde los sectores de vanguardia del profesorado, sino que es una transformación promovida institucionalmente y en el marco de la Reforma Educativa global.

Hay que subrayar en todo lo que precede, la importancia de maestras y profesoras en la construcción de un proyecto coeducativo, que se crea desde la base y con la doble premisa apuntada: el cambio económico, que genera una mayor demanda educativa también para las mujeres y el cambio político, de construcción de una sociedad democrática que establece unas condiciones en las que de modo general, toda discriminación es considerada ilegítima y al mismo tiempo el profesorado se siente motivado para intervenir activamente en la construcción de un sistema escolar distinto al anterior. Estos cambios son los elementos fundamentales que han provocado los cambios en la educación de las mujeres en España, y que sin ellos toda intervención "desde arriba" hubiera tenido un muy limitado alcance.

Los cambios económicos y políticos son sólo los marcos generales que permiten que determinadas acciones puedan llevarse a cabo.

El que éstas ocurran, depende en muchos casos de personas concretas situadas en puestos diversos y de la posibilidad de llegar a acuerdos entre ellas. En un cierto momento se consiguió, en España, crear otra pieza esencial para el avance de la coeducación: una política institucional, que ha sido decisiva para acelerar los cambios y los avances.

La política institucional se construyó a través de los diversos mecanismos creados por la administración central y autonómica para impulsar y desarrollar las políticas de igualdad y de la colaboración de éstos con la administración educativa central y autonómica. Fundamentalmente a la puesta en marcha de una política institucional de ámbito estatal, a través del Instituto de la Mujer y en colaboración con el Ministerio de Educación y Ciencia.

El Instituto de la Mujer fue creado por el primer gobierno socialista en 1983 como instrumento para la construcción y desarrollo de las políticas de igualdad en España. Desde el comienzo el Instituto fijó varios objetivos en su acción: el cambio legislativo esencial en aquel período para conseguir la igualdad formal y la legitimación de la lucha de las mujeres por alcanzar otras posiciones; el incremento del nivel educativo entre las mujeres, como base para la igualdad real; el incremento de presencia de las mujeres en el ámbito laboral, y la creación de programas destinados específicamente a la salud de las mujeres.

El Instituto trabajó también en otros campos, como los de violencia, marginación, cooperación internacional, etc., pero manteniendo durante mucho tiempo las prioridades señaladas.

La acción del Instituto de la Mujer en el ámbito educativo comienza casi desde su creación. Hay que señalar, en este sentido, algo que parece esencial para comprender la forma en que se desarrollan en estos años la acción institucional: desde sus inicios el Instituto se plantea, de hecho, como el lugar de articulación entre el movimiento de mujeres y la administración. Es decir, a pesar de tratarse de un organismo de la administración, el Instituto está atento a las reivindicaciones de las mujeres. Esto supone en la práctica, que las mujeres que trabajan en el Instituto de la Mujer en el ámbito de las políticas educativas proceden de la enseñanza y del femi-

nismo, conocen la problemática existente y siguen muy de cerca lo que se está haciendo por parte de diferentes colectivos de maestras.

De modo que desde el inicio los objetivos de la coeducación van a orientar las políticas institucionales diseñadas por el Instituto de la Mujer.

¿Cuáles son estas políticas? Desde 1983 hasta 1986 aproximadamente el Instituto de la Mujer lanza algunas iniciativas propias: financia estudios para conocer la situación educativa de las mujeres y realiza dos encuentros en los que se presentan ponencias relativas a la crisis de la escuela mixta y las alternativas posibles.

La relación con el MEC es uno de los puntos fundamentales en la construcción de una política institucional, puesto que, de otro modo, la acción de un organismo como el Instituto de la Mujer no puede sobrepasar un alcance muy limitado, marginal incluso respecto al conjunto del sistema educativo.

Hay varios aspectos que merecen ser puestos de relieve en la acción conjunta entre Instituto de la Mujer y MEC: en primer lugar, el encaje entre las propuestas de la Reforma Educativa y las propuestas del movimiento coeducativo; en segundo lugar, los instrumentos utilizados para establecer una colaboración estable, y finalmente, los obstáculos que tienden a dificultar la consecución de los objetivos coeducativos.

La educación no-sexista en España, a diferencia de otros países, como por ejemplo Estados Unidos, ha centrado su esfuerzo básicamente en la educación primaria y ha tenido un carácter muy distinto en la educación universitaria.

El camino seguido por las universidades ha ido por otra senda. El esfuerzo se ha centrado menos en las formas educativas y más en los contenidos y en la investigación. Desde finales de los años setenta fueron surgiendo núcleos de profesoras de distintas especialidades académicas que plantearon las investigaciones en torno a temas relativos a las mujeres, tanto en el sentido de recuperación de la memoria perdida como de crítica de los paradigmas clásicos en cada especialidad y de introducción de nuevas problemáticas.

Desde mediados de los años ochenta estas investigaciones contaron, en muchos casos, con financiamiento público, tanto del Instituto de la Mujer, como de otros organismos autonómicos paralelos.

El resultado de estos esfuerzos se ha traducido en la creación de Seminarios de Estudios de la Mujer en la mayoría de las universidades, así como la acumulación de una serie de campos de investigación y la acumulación de trabajos que permiten que hoy se disponga de una panorámica muy amplia con relación a la situación de las mujeres en España.

El establecimiento de un Convenio entre el Instituto de la Mujer y la Comisión Interministerial que gestiona el Plan de Investigación más Desarrollo (I+D) en 1995 ha permitido establecer un Programa Sectorial de Estudios de la Mujer y del Género en el III Plan Nacional de Investigación y Desarrollo para el periodo 1996-1999.

Este programa tiene como objetivo la consolidación de la investigación sobre temas que interesan especialmente a las mujeres, desde los aspectos relativos al mercado de trabajo hasta los relativos a nuevas tecnologías en la reproducción o temas de salud específicamente femeninos.

Aún queda mucho por hacer al respecto, pero la institucionalización de un Programa Sectorial de Estudios de la Mujer y del Género en el III Plan Nacional de Investigación y Desarrollo para el periodo 1996-99, puede ser la ocasión para que la investigación en este campo realice un salto cualitativo.

Ello es esencial para seguir avanzando. Tanto en el campo educativo, desde el estrictamente universitario, hasta la primaria, como en general en el avance de la igualdad entre hombres y mujeres en España.

El punto alcanzado hoy, la complejidad creciente de la sociedad y los problemas que plantea la vida social, no pueden depender únicamente de la espontaneidad y la voluntad de cambio de la sociedad, aún cuando en último término éste es siempre el único motor real. Pero es esencial que se usen todos los recursos disponibles y todas las instituciones para ir allanando el camino de la consecución de la igualdad, de la normalización de la presencia de las mujeres en la vida pública y de la toma en consideración de los proble-

mas específicos femeninos, que hoy por hoy, son todavía numerosos.

Un balance provisional

Como siempre, el balance que se puede establecer después de este recorrido tiene luces y sombras. Cada año, al llegar las Navidades y aparecer en la televisión los anuncios de juguetes, se piensa que nada ha cambiado: aquí siguen las niñas jugando a las muñecas, con sus vocecitas y lacitos rosa, exponentes de una gatzmoñería bien alejada de la realidad; y aquí siguen los niños manejando armas y coches, con su prepotencia e incluso su brutalidad. La televisión nos muestra una caricatura de los comportamientos de Género, la exageración de unos estereotipos. Según los anunciantes, lo hacen así porque es la forma más eficaz de estimular la compra.

¿Será cierto que madres y padres siguen buscando esta separación de roles? Después llegan otros datos y se comprueba entonces que el trabajo para construir una escuela coeducativa ha tenido éxito, más éxito incluso del que cabía esperar, dada las dificultades y el poco tiempo transcurrido, entonces se observa que los comportamientos de las niñas ya están muy lejos de los que se conocían años atrás


Algunos avances, algunos retrocesos, muchas incógnitas no resueltas. Muchas incógnitas porque la educación no es mundo aislado, y lo que se trata de construir es una forma de socialización que responda a las necesidades de una sociedad cambiante, en la que hombres y mujeres comparten los roles tradicionalmente separados. Y ello exige un cambio extraordinariamente profundo en la cultura y en los perfiles de los géneros, y no únicamente la posibilidad de que las niñas por fin puedan ser ingenieras.

Es, incluso, la socialización de los niños la que hoy comienza a aparecer como más problemática, dado que ha habido un menor cambio en las características del Género masculino y los cambios de personalidad femenina parecen originar el desconcierto entre ellos.

Queda por delante mucho trabajo de investigación, experimentación y reflexión. Pero es importante no olvidar que las transformaciones para ser reales, tienen que producirse al nivel del conjunto de la sociedad, y que es mejor un avance pequeño, pero am-

plio, en cuanto al número de personas; que un gran avance en grupos muy reducidos de población.

Es por ello que se deben cuidar no sólo los modelos de socialización y escolarización sino también la manera de difundirlos y generalizarlos dentro del sistema educativo, y, en la medida de lo posible más allá de él, llegando incluso a la forma de socialización familiar, tan importante en la transmisión de los géneros.

Es importante que las personas de distintos países que están trabajando en el ámbito de la coeducación intercambien sus ideas y experiencias sobre el modelo a difundir; pero también, ciertamente, se intercambien las experiencias sobre cómo moverse en los ámbitos institucionales y penetrar en el conjunto del sistema educativo, sabiendo que por el momento, esta penetración y cambio requiere todavía un esfuerzo continuado y que la lógica cultural dominante tiende aún, sino se trata de evitarlo, a reproducir la invisibilidad y la inferioridad de las mujeres, como siempre, se sigue necesitando ocupar posiciones de mayor poder, para construir desde ellas una sociedad más igualitaria y habitable. 

Bibliografía

1. Almeras, D. Logros y obstáculos en la educación formal de las mujeres. Revista de la CEPAL, dic. 1994.
2. Varios. La investigación en España sobre Mujer y Educación. Madrid, Ministerio de Cultura - Instituto de la Mujer. 1987.
3. Varios. Primeras Jornadas, Mujer y Educación. Serie Documentos. No. 3, 1985. Madrid. Ministerio de Cultura e Instituto de la Mujer.
4. Bonal, X y Tomé A. Metodologías y recursos de intervención, en Cuadernos de Pedagogía, No. 245, Barcelona, marzo de 1996.
5. CIDE. LA presencia de las mujeres en el sistema educativo. Madrid, Ministerio de Cultura - Instituto de la Mujer.
6. Cabeta, M., Jaramillo, C y Mañeru, A. El Estado de la Cuestión, en Cuadernos de Pedagogía, No. 245, Barcelona, marzo de 1996.
7. Capel, R. Trabajo y Educación de la mujer en España (1900-1930). Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.
8. CEPAL. Panorama Social de América Latina. Santiago de Chile, 1995.
9. CEPAL. Programa de Acción Regional para mujeres de América Latina y el Caribe. Santiago de Chile, 1994.
10. Durán, M, A. Liberación y utopía. Madrid, Akal, 1982.
11. Educación y Género: una propuesta pedagógica. Ediciones L. Morada. Ministerio de Educación, Chile. 1993.
12. Instituto de la Mujer, I y II Plan de Igualdad de oportunidades para las mujeres, Madrid, 1988 y 1993.

13. Moreno, M. *Cómo se enseña a ser niña: el sexismo en la escuela*, Barcelona, Icaria, 1986.
14. Naciones Unidas. *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres y recomendaciones*. Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, Madrid, 1995.
15. Naciones Unidas. *Declaración de Beijing y Plataforma de Acción*. MAS e Instituto de la Mujer. Madrid, 1996.
16. Subirats, M. y Brullet, C. *Rosa y Azul. La transmisión de géneros en la escuela mixta*. Madrid, Instituto de la Mujer. 1988.
17. Valdés, T. Y Gomáriz, E. *Mujeres latinoamericanas en cifras. Tomo comparativo*. Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. Madrid, 1995.

Las condiciones del hábitat para la mujer

Alejandra Massolo*

El proceso de urbanización de América Latina y el Caribe ha producido profundas desigualdades sociales y contrastes en el espacio de las ciudades. El abrumador paisaje de asentamientos periféricos y barrios populares carentes de servicios y equipamientos básicos, vivienda adecuada y digna, insalubridad, pobreza, caracteriza nuestras ciudades que han crecido y se han modernizado al margen de los beneficios del desarrollo urbano a amplios sectores de la población. La crisis de los años ochenta, el modelo neoliberal adoptado y la globalización de la economía, han acentuado y extendido la pobreza urbana y los contrastes en las condiciones de vida.

La urbanización popular ha construido buena parte de las ciudades latinoamericanas, frente a la incapacidad e indiferencia de los gobiernos que han dejado hacer y sobrevivir a los migrantes del campo a la ciudad y a los habitantes urbanos de bajos recursos. Mediante sus roles tradicionales de género, como madre, esposa y ama de casa, las mujeres han dejado su impronta en la construcción y mejoramiento del hábitat popular, roles que están estrechamente vinculados con las necesidades y demandas de bienes y servicios comunales indispensables para asegurar el mantenimiento de la familia en la ciudad y desempeñar las tareas domésticas. Las mujeres, en las periferias inhóspitas, participan decididamente en las luchas vecinales por la posesión de los terrenos y la defensa territorial en procesos de invasión, aportan sus esfuerzos en las faenas comunitarias para acondicionar los terrenos, la apertura de calles, la excavación de zanjas para introducir el agua, la autoconstrucción de la vivienda. Son tenaces gestoras sociales desde el ámbito de la vida cotidiana, el cual las proyecta al espacio pú-

* Catedrática UAM, México.

blico y las convierte en agentes mediadoras del bienestar social que se busca para la familia y la comunidad.

En los barrios populares deteriorados, son también activas gestoras sociales y enlaces vecinales. Para las mujeres, la esfera de la vida privada doméstica se encuentra cercana y tangible a la esfera pública del vecindario y el asentamiento. No le resultan extraños y desconocidos los problemas, las carencias, los conflictos e iniciativas de participación que se tienen en ese entorno cotidiano de la vida urbana.

Los roles de género traducidos a la acción colectiva en los espacios habitacionales, resaltan la importancia que reviste la participación femenina en las actividades y proyectos sociales de producción, construcción, gestión y mejoramiento del hábitat popular. La motivación para la participación arranca de los denominados "intereses prácticos de género", coherentes con los roles de género asignados, que responden a las necesidades materiales urgentes que enfrentan las mujeres y derivan de la división sexual del trabajo. Las bases materiales de la participación de las mujeres de los sectores populares urbanos, son débiles e inseguras, plagadas de necesidades básicas insatisfechas, muy vulnerables a las crisis y las políticas de ajuste y soportada gracias a las estrategias de sobrevivencia, la ayuda mutua, la organización social, el empleo informal y las desgastantes jornadas trabajo que asumen las mujeres en sus roles reproductivos, productivos y de gestoras comunitarias.

Las malas condiciones del hábitat significan para las mujeres una constante agresión al cumplimiento de sus obligaciones domésticas, y al cuidado del bienestar de la familia. El acceso a servicios y equipamientos, la seguridad de los terrenos, la vivienda adecuada, son prioridades en el horizonte de la vida urbana de las mujeres, de ahí el potencial que adquieren los intereses prácticos de género para lanzar a las mujeres en la participación de la esfera pública. Por ello no es discutible ver si esos intereses y formas de participación sólo fomentan el refuerzo de los roles tradicionales de género, sino reconocer que las mujeres necesitan disponer de bienes y servicios básicos, que aunque no los usen para ellas mismas, les ayudan y gratifican.

Las mujeres conciben de manera más integral que los hombres el mejoramiento de la condición del hábitat. No significa solamente la vivienda y los servicios, sino la articulación espacial de un conjunto de equipamientos y actividades comunales que eleven la calidad de vida a la vez que faciliten el desempeño de los roles de género: guarderías, jardines, áreas para la recreación y el deporte, equipamientos para la educación, la salud, la cultura y para incluso proyectos propios de las mujeres. Para las mujeres el hábitat también significa el derecho a la titularidad de los terrenos y la vivienda ante los problemas de violencia doméstica, abandono o separación del cónyuge o compañero, porque son madres solteras y jefas de hogar, porque se han responsabilizado más que los hombres en conseguir y defender la vivienda y el terreno.

Potencialmente el hábitat es terreno fértil donde las mujeres se pueden constituir en ciudadanas conscientes de ser sujetos de derechos sociales, civiles y políticos, y en mujeres que logran autoestima, capacidad de liderazgo y reconocimiento de sus derechos humanos.

Las políticas públicas de los gobiernos cada vez más recargan los esfuerzos comunitarios y la autogestión de las organizaciones vecinales, la resolución de carencias argumentando la falta de recursos y a la promoción de la participación social. No hay que dejar de insistir que el Estado debe cumplir con sus responsabilidades respecto a las condiciones de bienestar de la población, y que esas responsabilidades no se cumplen nada más que con una política social compensatoria y con un supuesto interés por la participación de las comunidades pobres, mientras se concentra la riqueza en pocas manos, se acumulan fabulosas fortunas, las ciudades se convierten en negocios privados de los grandes poderes económicos y los contrastes sociales se polarizan dramáticamente.

Las condiciones del hábitat para las mujeres es un asunto público que compete y demanda la acción del Estado, concertando y coordinando políticas y programas con los movimientos vecinales, las ONGs e instituciones que trabajan a favor de los sectores populares.

La perspectiva de género en relación al hábitat es relevante e indispensable, no solamente para la producción de conocimientos, sino para sustentar y proponer políticas públicas que contemplen las necesidades, demandas, aportes y derechos de las mujeres en los espacios habitacionales de la vida cotidiana

Las investigaciones académicas que se realizan en los ámbitos de los Estudios de la Mujer y las investigaciones que elaboran las ONGs, las agencias de las Naciones Unidas como el CEPAL, Hábitat y Unicef, son importantes insumos que deberían estar presentes en el diseño, formulación e implementación de las políticas y programas gubernamentales de vivienda y planeación del desarrollo urbano. Esto que suena a utopía ante las evidencias que encontramos de toma de decisiones inconsultas, impositivas y arbitrarias, puede concretarse en la realidad (y no en la retórica de los discursos) si la capacidad de movilización, proposición y concertación de las asociaciones vecinales y redes de ONGs logran ejercer influencia sobre los poderes públicos que intervienen, desde los niveles locales hasta el gobierno central.

Las condiciones del hábitat para las mujeres representan un desafío de creatividad y amplitud de visión, tanto para los Estudios de Género, como para las ONGs e instituciones vinculadas a los asentamientos de los sectores populares urbanos. Combatir estereotipos, perjuicios y omisiones respecto a las mujeres en este campo, es una tarea conjunta que dará sus frutos a medida que se desarrollen más investigaciones y más fuerzas sociales que sean capaces de incidir y convencer. □

Mujer de campo: Campesina, cooperativista y obrera-cooperativista cubana

Niurka Pérez Rojas y Miriam García Aguiar*

Para casi cualquier investigador(a) de la realidad social cubana resultan evidentes los cambios ocurridos en la organización, las condiciones de vida y de trabajo de la trabajadora rural incorporada a Cooperativas de Crédito y Servicios (CCS) o a Asociaciones Campesinas (AC), a Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) y a Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC).

Su presencia en el período revolucionario ha sido heterogénea y está estrechamente vinculada a los diferentes procesos sociales identificables en dicho período, así como con los transitados por el movimiento cooperativo, campesino y por las empresas estatales agropecuarias.

Un análisis de las relaciones de clase, raza, género de las trabajadoras rurales cubanas en el período no puede dejar de tener en cuenta el conjunto de estos procesos.

Naturalmente, no estamos en condiciones de presentar un estudio de tal naturaleza. Ese está por hacer. Una de las dificultades para llevarlo a cabo es la escasez de estudios científicos sobre las trabajadoras rurales.

No resulta imprescindible encontrar la proporción que representan en el total de investigaciones sobre la mujer cubana puesto que es muy baja.

En 1985 las mujeres constituían cerca del 25% de la fuerza de trabajo del sector agropecuario y de ellas eran obreras el 52,7%. El sector estatal de entonces era responsable de casi la totalidad de la producción de caña, de los cítricos, del arroz, de las aves y los huevos, de la carne de cerdo y de res.

* Investigadoras del Equipo de Estudios Rurales. Universidad de la Habana. Cuba

A partir de 1990 la situación de crisis económica ha implicado una reorientación de la fuerza laboral hacia los sectores prioritarios, entre ellos el agropecuario con el objetivo de producir alimentos. Se estima que en ese año unas 200 000 mujeres participaban en la agricultura —ya fueran movilizadas temporalmente o por períodos más largos en los contingentes.

Aunque el peso de la mujer cooperativista y la campesina individual en la fuerza laboral activa resulta muy bajo, igual que el campesinado en su conjunto, su participación en la producción agropecuaria, sobre todo en el café, el tabaco las hortalizas, el maíz, los frijoles y otras producciones, no es despreciable.

Se presenta a continuación un resumen de los resultados de diferentes estudios que en forma directa o indirecta han abordado la temática de la trabajadora rural. En primer lugar están los de la mujer campesina individual, en segundo lugar los de la mujer cooperativista y por último los correspondientes a las obreras-cooperativistas.

La mujer campesina individual

Nuestro Equipo de Estudios Rurales (EER) no ha realizado investigaciones específicas sobre la mujer campesina, sin embargo ha entrevistado desde finales de 1983 a la fecha a 1521 campesinos residentes en nueve provincias del país, de ellos 153 mujeres, mediante la aplicación de múltiples técnicas sociológicas y/o antropológicas.

Se ha constatado que el trabajo fuera del hogar de la esposa del campesino cañero es escaso. La mayoría de estos propietarios individuales considera que el motivo de la no-incorporación es la necesidad que tienen de atender el trabajo doméstico y los hijos. Otras razones son los problemas de salud, la edad y atención de ancianos enfermos. En todos los complejos cañeros estudiados en la provincia Habana hubo al menos un campesino que expresó estar en desacuerdo con la participación de la mujer en el trabajo fuera del hogar.

Algunas de las razones expresadas por las mujeres entrevistadas para no incorporarse a las actividades laborales son: en primer instancia la atención al trabajo doméstico y el cuidado de los hijos,

después no tener una imperiosa necesidad económica, ni social, problemas de salud, la edad y la atención a ancianos.

En el presente estas mujeres desempeñan un papel menos pasivo ante las decisiones de sus esposos, pero sobre ellas recaen con más fuerza las prácticas de subordinación y exclusión que refuerzan los papeles patriarcales. Muy pocas desean incorporarse a una cooperativa y ésto ocurre en lo fundamental porque tal forma organizativa no puede ofrecerles en su mayoría, las condiciones de vida que ya poseen.

A las campesinas individuales, la actual situación económica le amplía el tiempo dedicado a las labores familiares, y se establece una sobrecarga en las condiciones de vida para compensar las pérdidas de servicio y abastecimiento, ésto puede implicar una mayor limitación de su participación en la vida social.

La cooperativista

La incorporación de un significativo número de familia campesinas a las CPA, a partir de 1977 contribuyó como *posibilidad* a ampliar la perspectiva de desarrollo de estas mujeres, por el supuesto de ser un miembro con iguales derechos y deberes con la seguridad social de recibir una capacitación y especialización, de elevar su nivel cultural, lograr un espacio de participación y toma de decisiones. Además de disponer en su mayoría de nuevas viviendas y de un mayor acceso a los servicios sociales y tener garantizado el autoconsumo, son condiciones que pueden disminuir el tiempo empleado en las tareas domésticas y pudieran permitir una mayor corresponsabilidad de los hombres en comparación con lo observado en el hogar de los campesinos individuales,

Tales elementos favorables no pueden hacer perder de vista que hacia finales del primer quinquenio de los 80 se produjo un decrecimiento, tanto de incorporación, como de baja retención de la mujer en el movimiento cooperativo. Eso se ha traducido, al menos para la mujer en: no promoción de fuentes de empleo para ellas, o los puestos existentes eran poco atractivo, tanto por la remuneración, como por su contenido. Por otra parte, en la mayoría de las cooperativas la mujer puede recibir el autoconsumo como ama de casa, lo cual no estimula su incorporación al trabajo. Tam-

bién en la mayoría de las comunidades de las cooperativas el desarrollo de la infraestructura social se ha rezagado, sin embargo este aspecto resulta vital para la estabilización laboral

Algunas investigaciones han mostrado "que las mujeres tienen mayor rendimiento que los hombres en la recolección de la cosecha, en la siembra están a la par del hombre, sin embargo en algunas atenciones culturales, como en la guataquea su rendimiento es muy inferior"

Los cargos de mayor responsabilidad y jerarquía son ocupados por hombres, escasas son las cooperativas del país que son dirigidas por mujeres.

El "período especial" lleva a las CPA a establecer un ajuste y readecuación de sus mecanismos de funcionamiento, obligando a nuevas estrategias.

El incremento de la autonomía les puede permitir una mayor diversificación económica-productiva que amplíe las posibilidades de la incorporación femenina. Por ejemplo, la extensión de los planes de autoconsumo, el incipiente proyecto de la industria doméstica cooperativa puede compensar la disminución de los abastecimientos y los servicios entre otros.

Por esta vía se presentan nuevas motivaciones en la reincorporación de la mujer al trabajo en las cooperativas.

La obrera cooperativista

Un importante cambio en la política tuvo lugar en septiembre de 1993: la formación de Unidades Básicas de Producción Cooperativa en tierras de las granjas estatales. La gran mayoría de las obreras agropecuarias se incorporaron a estas unidades.

Entre 1993 1994 se evaluó el progreso de las medidas para cooperativizar las granjas estatales en los municipios Santo Domingo, en Villa Clara y en Güines, de la provincia Habana. En el primer municipio se entrevistaron mujeres de una UBPC de cultivos varios, el reclamo de muchas estaba en la necesidad de respetar la autonomía establecida por las disposiciones.

Entre otras cosas expresaban "*todas las siembras y las cosas tienen su tiempo y si no las sembramos a su debido tiempo no se dan, y mucho menos sin abono y sin agua, porque estas sabanas*

sin abono y sin agua dan poco o no dan y si además las quieres sembrar a capricho"

De todas formas la impresión general es optimista en el sentido de confiar en la llegada de tiempos mejores. Como expresan algunas entrevistas: *"Estoy sin zapatos, no importa, lo que hace falta está allá dentro del pecho"* o como señala la jefa de una UBPC de Güines *"(...) Nosotras iniciamos una cosa de nuevo, como digo yo, al momento no vamos a tener, tenemos que luchar para ver el adelanto. Sino luchamos, no lo vemos"*.

Bibliografía

1. Alvarez Licea, Mavis y Niurka Pérez Rojas. *"La mujer campesina en Cuba"*. Revista Conciencia. Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Paraná, Brasil. 1971.
2. Carrión Recio, Yamilet. *Composición de la familia y estudios de casos*. Trabajo de diploma para la Lic. en Economía. 1987.
3. Columbié Matos Tamara y otros. Síntesis de la investigación *"La incorporación y permanencia de la mujer campesina en las CPA"*. 1990.
4. Cruz, Lidia E. *Composición de la familia rural cubana*. Trabajo de diploma para la Licenciatura en Economía. 1985.
5. Díaz, Elena; Germán Sánchez. *Familia campesina y revolución*. Recomendada a publicar por el jurado del Concurso Casa de las Américas. 1970
6. Figueroa, Víctor, Jaime García, Elia Serra. *Contradicciones en el sector agrícola no estatal de Villa Clara y expectativas de la expansión del cooperativismo*. Universidad Central de Las Villas. 1990
7. Figueroa Albelo, Víctor. Inform. científico. Resumen. *Acerca del cooperativismo y el problema alimentario*. Universidad Central de Las Villas. 1991.
8. González Mastrapa, Ernel y Niurka Pérez Rojas. *Economía campesina y cooperativa en Cuba: campesinos cañeros de provincia Habana*. *Convenio*. No. 1 Julio 1992.
9. *Participación de la mujer en Cuba. Estudios de hogares*. Perspectivas. Revista de Ciencias Sociales. Univ. Est. Paulista. San Pablo. Brasil. 1986.
10. Pérez Rojas, Niurka et al. *Imagen de la mujer campesina en algunos medios de difusión cubanos*. Encuentro Iberoamericano: Mujer y las comunicaciones. La Habana. 1993.
11. Pérez Rojas, Niurka et al. Información primaria sobre la constitución de las UBPC. Noviembre de 1993
12. Ravenet Ramírez, Mariana; Niurka Pérez Rojas, Martha Toledo Fraga. *La mujer rural y urbana*. Estudios de casos. Editorial Ciencias Sociales. 1989.
13. Stubbs, Jean. *Rural Tobacco Women in Cuba: San Luis and Cabaiguán (1940-1980)*. Noviembre, 1981.
14. Stubbs, Jean *La mujer en el orden del día: el caso de la Cuba rural*. (En coordinación con Mavis Álvarez de la ANAP). Trabajo presentado en Bogotá, Colombia. 1985.
15. Stubbs, Jean. *Proyecto 1986. Cuba: la mujer rural y la transición a la agricultura cooperativista*.

- 16- Universidad Central de las Villas. Grupo de cooperativismo. Boletín No. 1. Diciembre de 1989.
- 17- *Mujeres latinoamericanas en cifras*. Ministerio de Asuntos Sociales de España y FLACSO. Cuba, 1992.

Balance de los Estudios de Género

Balance y perspectivas de la instalación de los Estudios de la Mujer y de Género en las universidades de América Latina y El Caribe

Sonia Montesino Aguirre*

Yo desearía que en arte, como en todo, pudiésemos bastarnos con nuestros materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras propias venas. Pero la indigencia que nos hace vestarnos con telas extranjeras, nos hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas. Estas palabras corresponden a un fragmento de la Introducción del libro *Lecturas Femeninas*, que Gabriela Mistral compilara en México, en 1923. Sus palabras apuntaban a la precariedad de ediciones latinoamericanas que alimentaran los textos escolares de la época, pero evidentemente ponen sobre la mesa un tema que está vigente y que roza algunos de los objetivos que se persiguen a la hora de definir y hablar sobre los Estudios de la Mujer o de Género.

El enunciado de la Mistral es visible en nuestro mundo contemporáneo, toda vez, que cuando se habla de campos de producción de conocimientos, de hegemonías del saber, de vigencias discursivas se está aludiendo a procesos que generalmente se gestan en el mundo desarrollado, el Primer Mundo, y que son recuperados, releídos y re-elaborados en las sociedades periféricas, subalternas, o bien, reproducidos como paradigmas incuestionables porque, precisamente vienen con el sello, la impronta, el prestigio de la tradición intelectual que ha dominado a nuestras sociedades: en este caso se alude a la tradición occidental.

A pesar de que no existen reflexiones sistemáticas relacionadas a una posible epistemología de los saberes producidos en nuestros territorios, es fácil percibir que muchos de los procesos vividos en Estados Unidos y Europa se han transferido a destiempo y a través

de distintas instancias (no siempre académicas). Por ejemplo el desplazamiento de la categoría Mujer a la de Género, ha sido recogido sin que mediara una discusión, un debate crítico y muchas veces sin atravesar por las etapas de desarrollo teórico que produjeron ese desplazamiento. De esta manera, se ha gestado una re-interpretación del concepto de género que en muchos casos es usado ambiguamente como sinónimo de mujer, o a veces políticamente por los sectores conservadores para distorsionar sus sentidos (como en el caso chileno).

Otro fenómeno claramente discernible es que muy poca de la producción intelectual escrita por latinoamericanas y caribeñas circula o es reproducida en las compilaciones del Primer Mundo —sin dudas hay excepciones— como el caso del Seminario Interdisciplinar de la Universidad de Barcelona y posiblemente otros, pero lo común es que se dé una suerte de etnocentrismo en la selección de esas lecturas. De este modo las ideas y teorías que predominan no son las que emergen desde nuestro Tercer Mundo, y más aún, muchas veces se lee y se enseña más de lo producido en las metrópolis, que lo que se ha gestado en nuestras realidades.

Sin duda alguien puede argumentar que ello se debe a que hay muy poco desarrollo teórico en nuestros medios, y eso puede ser cierto en parte, sin embargo hay un enorme caudal de reflexiones y ensayos que hacen aportes fundamentales —como los trabajos de Marta Lamas, de Milagros Palma, de Julieta Kirwood, de Magdalena León, de Norma Füller, de Silvia Rivera entre una enorme lista de intelectuales latinoamericanas y caribeñas— que son prácticamente desconocidas o no consideradas, incluso al momento de hablar sobre el Tercer Mundo.

Hay un elemento que es crucial tener en cuenta en este análisis; las épocas de emergencia de los Estudios de la Mujer y del Género en varios países —sobre todo en América del Sur— han condicionado que su carácter muchas veces sea más bien pragmático, de diagnóstico de las realidades y no de interpretación de las mismas. Por otro lado, las condiciones de su nacimiento han estado signadas por la cooperación internacional y por ende atravesadas por sus políticas, que tuvieron mucho más interés en apoyar, en esos momentos, reflexiones ligadas a la posibilidad de transformación de

la condición y posición de las mujeres, que a la transformación de los paradigmas y representaciones de género en nuestras sociedades. Se podría decir que éste fue un enfoque cuyos supuestos teóricos se afincaron más en las raíces económicas de las desigualdades entre mujeres y hombres, que en el peso que tiene la cultura en la reproducción de las mismas.

Las reflexiones anteriores se relacionan con las interrogantes expuestas y con otras que aparecen al reproducirse el desplazamiento de los espacios en que los saberes sobre el género y la mujer son producidos. Es decir el proceso de inserción de estos estudios en las universidades de nuestros países. Al menos en la experiencia de América del Sur (Chile, Perú, Bolivia entre otros) hay un deslizamiento desde los espacios no gubernamentales a los universitarios, sentando los primeros las bases para que ello pueda producirse.

Este cambio de ubicación plantea una serie de preguntas que son relevantes para hacer un balance de la experiencia. Un gran campo problemático lo constituye el supuesto de que la inserción de los Estudios de la Mujer o de Género en el ámbito de los saberes oficiales produce una interpelación a los mismos por el simple hecho de ocupar un lugar —aún cuando sabemos que es muchas veces marginal— junto a las otras disciplinas legitimadas por la tradición académica. Se desconocen los alcances reales de esa interpelación. Pero sí se sabe por experiencia, la resistencia solapada, oblicua y a veces abierta respecto al estatuto disciplinario y “científico” de estos estudios y la exigencia siempre presente de una explicitación epistemológica de sus supuestos. Tras ello está la pregunta por la transversalidad o la verticalidad de los estudios de la Mujer o de Género, es decir la pregunta por su calidad de disciplina en sí o por su calidad inter o intradisciplinaria.

Otro ámbito de cuestionamiento lo representan las orientaciones teórico-metodológicas que están implícitas en la nominación Estudios de la Mujer o Estudios de Género y su relación con las estrategias de instalación y las políticas de inserción universitaria. Sin dudas el apelativo Mujer está mucho más asociado —incluso en el lenguaje corriente— a un espacio que evoca a los movimientos feministas, el de Género —tal como lo ha sostenido Marta La-

mas— aparece mucho más neutral e incluso enigmático, por cuanto sus espacios de evocación en castellano no restituyen los mismos sentidos que la palabra en inglés. Sin duda, que las opciones por la denominación Estudios de la Mujer o de Género traen consigo además, particulares elecciones teóricas, curriculares y docentes —por ejemplo prácticas pedagógicas innovadoras, transferencias de metodologías de trabajo horizontales, etc.— importantes de conocer, tanto en sus supuestos, como en su funcionamiento dentro de las conservadoras estructuras académicas.

Un tercer cuerpo de inquisiciones lo representan las orientaciones abocadas a realizar docencia de posgrado (o de postítulo) o de pregrado. Conocer cuáles son los fundamentos de esas líneas docentes y evaluar su impacto está directamente relacionado con la incidencia de los Estudios de la Mujer o de Género en la vida nacional, su impronta en la formación de los y las profesionales jóvenes y su importancia en la socialización de las ideas y conocimientos que tienden a superar las desigualdades entre hombres y mujeres. Por otro lado, este punto es vital para dilucidar las formas en que los aportes de la Academia son vehiculizados hacia las distintas esferas de las sociedades, particularmente las relacionadas con el poder, con las decisiones públicas y con la gestación de políticas, ya sea en los espacios estatales o de la sociedad civil. La formación en materias de la mujer y de género en las distintas disciplinas o carreras y la especialización de conocimientos en el ámbito de grados superiores estará directamente relacionada con ello.

Otro elemento importante y vinculado a lo anterior, lo constituyen las investigaciones que se realizan en el espacio de las universidades y su nexo con otros espacios académicos —por ejemplo, las ONGs o centros privados de investigación. Evidentemente, las universidades —sobre todo en escenarios políticamente democráticos— aparecen como los sitios privilegiados para la gestación y despliegue de temas y materias que no pueden ser abordados desde otras instancias. Entendiendo, la Universidad como un lugar de pluralidad, de cuestionamiento y reflexión libre, lo que constituye un espacio óptimo. Sin embargo, no se puede dejar a un lado que en muchos casos nuestras universidades están atravesando por pro-


cesos de restricciones económicas que afectan en particular mucho más a las disciplinas de las Humanidades y de las Ciencias Sociales; lo que constriñe el despliegue de investigaciones que se pudieran realizar.

Expertas en la historia y desarrollo de los Estudios de la Mujer en los Estados Unidos al hacer un balance de estos aspectos han llegado a la conclusión que dichos estudios han revitalizado las disciplinas, en especial las Humanidades, Artes y Ciencias Sociales, cambiando así las prácticas pedagógicas, los currículum y alterando las fronteras disciplinarias. La evaluación del crecimiento de los Estudios de la Mujer y su expansión en los últimos 20 años arroja, no obstante, algunas zonas oscuras, como por ejemplo el de su continuidad en un momento de disminución de fondos federales y de recursos institucionales, por otro lado, la proliferación de los programas étnicos, de los estudios de género, de los estudios de gay y lesbianas, entre otros han llevado a formular complejas preguntas sobre la forma futura de los Estudios de la Mujer y sus consecuentes transformaciones curriculares.

Este balance, hace tornar la mirada a las realidades que se han experimentado en América Latina y el Caribe buscando las semejanzas, las diferencias, los puntos de quiebre y las intersecciones. Se puede hipotetizar que el modelo norteamericano ha gravitado fuertemente en las formas en que los Estudios de la Mujer y de Género se han emplazado en nuestros mundos universitarios, gravitación que ha estado presente, ya sea por los soportes financieros, o por la trasnacionalización o por las influencias teóricas, por las hegemonías discursivas o por la formación que muchas de las academias latinoamericanas y caribeñas han tenido en Norteamérica.

Al inicio las palabras de la Mistral aludían a como nuestra indigencia nos hacía vestimos con telas extranjeras, dicho análisis hoy día, debido al creciente liberalismo económico, ha pasado de figura metafórica a realidad: cada vez más los traspasos culturales, las filtraciones, la globalización son procesos que nos sitúan de cara a la multiplicidad de valores, signos y símbolos provenientes de distintas sociedades. Hay que confrontar las grandes diversidades que existen en nuestros territorios, pero también debemos acer-

caros a las semejanzas, a los elementos comunes que permiten una identidad, eso “propio” que mencionaba la Mistral, entendiéndolo como concepto siempre cruzado por escenarios en donde ha primado la tensión entre lo extranjero, lo “*extraño*” y lo nativo, lo mestizo, lo híbrido.

Los esfuerzos de hoy por analizar la situación de los Estudios de la Mujer y de Género en las universidades de América Latina y el Caribe arrojarán las herramientas que nos permitan comprender los procesos atravesados y así proyectar campos conjuntos de acción y de reflexión, de cooperación, para poder revertir la “indigencia” en “riqueza de nuestras propias telas”. 

Balance de los Estudios de Género en la Universidad Centroamericana, (UCA)

Martha Palacios*

La historia y evolución de los estudios de género en el ámbito universitario en Nicaragua es similar a la de otros países del área centroamericana y de la región. Se iniciaron ante los retos que académicamente representaba la situación de las mujeres en el país, particularmente en el contexto de la Revolución Popular Sandinista.

En la década de los 80, se crearon condiciones para la participación femenina en todos los ámbitos de la vida del país. Se realizaron además las primeras investigaciones de instituciones privadas y estatales, acerca de los problemas que limitaban la incorporación de la mujer al proceso revolucionario, pretendiendo aportar elementos para la definición y/o modificación de políticas gubernamentales dirigidas a este sector de la población.

Sin embargo, rápidamente se evidenció la carencia de profesionales con interés, conocimientos y experiencias en el tratamiento de la temática para continuar desarrollando estos primeros esfuerzos investigativos.

Es por eso, que en 1986 se integra al plan de estudios de Sociología la asignatura "*Mujer, Familia y Sociedad*", para de tal modo convertir a la UCA en la pionera de este tipo de estudios a nivel superior en el país. Logro que no fue más que el esfuerzo de un grupo de catedráticas de la carrera de Sociología que conocedoras del alto nivel de desarrollo académico existente en los estudios de la mujer sensibilizaron a las autoridades universitarias sobre la pertinencia de incluir este tipo de estudios en la formación de los futuros profesionales de dicha disciplina.

Los esfuerzos por los estudios de la mujer no eran privativos de Sociología, ya desde 1989 la carrera de Trabajo Social había incluido en su seminario de *Problemática Familiar* una unidad referente al estudio de la condición de la mujer, en Periodismo desde 1991 se estaba dando para el quinto año el curso "*Mujer y Comunicación Social*". En Psicología, en 1992 se incluye en la asignatura Antropología una unidad sobre género y en ese mismo año esta misma carrera ejecutó el proyecto "*Mujer y Sexualidad*" en el cual desarrolló además de una investigación, un ciclo de conferencias y la publicación de dos folletos sobre sexualidad humana.

Es en 1991, bajo la rectoría del P. César Jerez, cuando se establece el Área de Estudios de Género, dentro de la Escuela de Sociología con un perfil de trabajo más allá de la docencia, hacia una proyección social con la investigación de género como parte medular de su quehacer. Esta área contó en sus tres primeros años, para el trabajo académico, con el apoyo solidario y financiero de la Autoridad Noruega para el Desarrollo Internacional (NORAD). En este período la labor sistemática de investigación, docencia y proyección social puede resumirse en algunos de sus logros más relevantes.

- En 1992 se realizó una investigación sobre un diagnóstico titulado "*Evaluación de servicios públicos de salud reproductiva de la mujer en Managua*".
- En 1993 se realizaron tres investigaciones en las que participaron profesores y estudiantes pertenecientes a los departamentos de Ciencias Sociales y Ciencias Básicas, los temas investigados fueron "*Condición socio-laboral de las empleadas domésticas en Managua*", "*Condiciones genéricas de las mujeres usuarias de los servicios públicos de salud reproductiva en Managua*" y "*Caracterización de condición genérica de los docentes de la UCA*".
- En el período se mejoró la excelencia académica de la recién estrenada cátedra de "*Género y Poder*".
- Elaboración de una *Antología de Lecturas sobre Género* para apoyar bibliográficamente los cursos que se imparten.

- Curso extracurricular de "*Teoría de Género*" como primer paso en la formación de posgrado en el ámbito universitario nacional, ya que se tuvo que hacer extensivo para algunas profesionales, instituciones gubernamentales y ONGs. Diversas autoridades en la materia, tanto nacionales como extranjeras, colaboraron sin remuneración alguna, como conferencistas o panelistas.
- Taller de capacitación "*Género y Universidad*" para todo el personal de la UCA y la UNAN, por parte de la Dra. Marcela Lagarde.

En 1994 se conquista uno de los mayores logros al fundarse la "*Comisión Interdisciplinaria de Género*" de la UCA, la cual se proponía dar continuidad y ampliar el trabajo de género hasta lograr su institucionalización dentro de la universidad, ya en febrero de este mismo año se presentó a las autoridades universitarias la primera propuesta de un "*Programa Interdisciplinario de Género*".

Durante 1994 y 1995 la Comisión continuó funcionando, pero sin lograr una respuesta positiva de las autoridades universitarias lo que no impidió que en dicho período se llevaran a cabo actividades tan diversas como las siguientes:

- Seminario introductorio sobre "*El análisis de Género en la Planificación del Desarrollo*", coauspiciado por el INIM (Instituto Nicaragüense de la Mujer).
- Posgrado sobre "*Teoría y Metodología del Análisis de Género*".
- Posgrado "*Género en el Desarrollo*", coauspiciado por el "*Comité de Estudios de Género en las Américas LASA/FORD*".
- Curso sobre "*Feminismo y Política*", organizado por la CIEG.

También, a lo interno de la UCA, se realizaron otras actividades no menos importantes tales como la *Antología de Género*, la inclusión de los estudios de género en distintas asignaturas de Ciencias Básicas que son obligatorias para los estudiantes de Derecho, Ecología y Traducción Inglesa. Se realizaron también círculos de estudios, talleres y jornadas, tanto con alumnos, como personal docente y no docente de la universidad, así como para otras instituciones.


En la esfera investigativa se realizó el estudio "*Condición de los Derechos Humanos de la mujer en la maquila en Nicaragua*".

La proyección social se manifestó en una inmensa labor con instituciones estatales, organizaciones de la sociedad civil, otras entidades universitarias etc. donde se ha volcado el saber y la experiencia adquirida como es el caso de la integración a la *"Comisión Nacional de Lucha contra la Muerte Materna"*, desde 1992. No podemos obviar la labor realizada en la "Red de Mujeres por la Salud" y la "Red de Mujeres contra la violencia" y con el INIM en las Comisarias de la Mujer y en la formulación del Plan Nacional de la Mujer, también debemos mencionar la integración al comité consultivo de la Comisión *"Mujer, Familia y Niñez"* de la Asamblea Nacional en la discusión de anteproyectos de ley, orientados a incidir en la superación de la situación actual de la mujer nicaragüense.

Lo mejor de toda esta activa participación en tantos y muchos más eventos de la vida social ha sido el enriquecimiento de la percepción de la realidad social de la mujer en Nicaragua, apreciar de cerca la dinámica de uno de los movimientos sociales más activos y propositivos del país, ocupar espacios en instancias de negociación y concertación entre la sociedad civil y el Estado, todo lo que redunda efectivamente en la docencia, de manera general.

A inicios de 1996, la Comisión abordó nuevamente la necesidad de lograr la institucionalización de los Estudios de Género en la UCA, durante este periodo se realizó el Seminario Taller de Evaluación y Proyección de los Estudios de Género en la UCA, contando con el apoyo y la presencia de la Dirección Superior de la Universidad. En agosto de ese mismo año, coordinado con Rectoría se efectuó el Foro de Mujeres Vicepresidentas y Ministras de América Latina. Se dieron además, dos cursos: uno de *"Género y Religión"* para mujeres bautistas y católicas y otro sobre *"Sexismo y Educación"* Además algunas miembras del PIEG se han incorporado a un equipo en el que convergen 12 ONGs, que llevan a cabo un Proyecto de Seguimiento a la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo (CIPD) de El Cairo. Concretamente se tiene que estudiar la *"Calidad de los servicios públicos de salud reproductiva en Managua desde un enfoque de género"* y se colabora en la realización de un diagnóstico sobre *"La participación de las mujeres organizadas en instancias de decisión"*.

A pesar de las dificultades para una integración sistemática en organizaciones y acciones, tanto de instancias estatales, como de la sociedad civil, el PIEG-UCA ha logrado un satisfactorio nivel de prestigio académico, según valoraciones de diversos grupos de mujeres, instituciones estatales, ONGs y profesionales.

Sin embargo, los retos que tiene frente a sí el PIEG-UCA son muy grandes, puesto que algunos de sus objetivos no son alcanzables al corto plazo, pero sí hay asuntos prioritarios como la necesidad de extenderse a todas las facultades; conocer las concepciones, necesidades, intereses y expectativas sobre género en las/los estudiantes, incrementar cuantitativa y cualitativamente el trabajo investigativo, aunque se debe reconocer que una de las obligaciones ineludibles del momento es contribuir a develar el sesgo androcéntrico del conocimiento científico, mediante la revisión de teorías y metodologías de las ciencias humanas. Igualmente buscar la integración de la ciencia, la investigación y la proyección social para el conocimiento científico de problemas asociados a la existencia de relaciones asimétricas de género en la sociedad, con el fin de aportar ideas eficaces en la búsqueda de soluciones. 

Estudios de Género en Chile

Josefina Bilbao*

Las investigaciones y Estudios de Género han experimentado un gran avance en la última década dándonos la posibilidad de entender que las características de los géneros no son naturales, sino construcciones culturales, lo que nos ha permitido dimensionar una serie de situaciones que permanecían invisibles y por lo tanto inmodificables; nos ha permitido comprender que lo que se mostraba como total y único en las divisiones estadísticas y políticas de nuestra sociedad era parcial, porque ni más ni menos, la mitad de la población no estaba representada, las mujeres.

Mirar la realidad e incorporar la dimensión de género permitió que por primera vez se hablara —por ejemplo— de trabajo doméstico, que incluso éste se pudiese cuantificar. Permitió que la economía informal adquiriera alcance social, permitió empezar a incorporar temas como la doble jornada de trabajo de las mujeres, ayudó a comprender la triple discriminación de las muchachas embarazadas (por ser jóvenes, por ser pobres y por ser mujeres).

En el caso de nuestros países, en los años 80 comenzó a desarrollarse la investigación de género, de preferencia en el seno de algunas ONGs y en ciertos centros de investigación, gracias al apoyo de la cooperación internacional, lo que demuestra, que a diferencia de otros países, este quehacer se ha caracterizado por su falta de apoyo institucional y financiero. En esta etapa el género aparece aún como un concepto subversivo, la incertidumbre respecto a los efectos de estos cambios todavía provoca resistencias.

En el ámbito académico éstas se manifiestan negándoles recursos y aislando lo referido al género a un tema específico; el conocimiento sobre género pareciera ser producto de mujeres y dirigi-

* Ministra del Sernam, Chile.

do fundamentalmente a ellas, es por eso que se interpreta más como conocimiento de la situación de la mujer, que como género.

Los tiempos cambian, la democracia da una mayor significación a los estudios y a las investigaciones de género ampliando su misión, respecto a su dimensión e importancia. Se empieza a valorar su aporte al visibilizar la discriminación de la mujer, que frena su incorporación activa en la creación de mecanismos, programas y proyectos, para hacer real su participación en igualdad de oportunidades desde distintos países de la región.

La incorporación de la dimensión de género en la agenda pública promueve, efectivamente el diálogo sobre las distintas instancias y actores involucrados en la solución de los problemas y un sentido más amplio, legitimando su contribución a los procesos de profundización democrática y modernización del Estado.

La Universidad, por el papel que le cabe de producción y difusión del conocimiento, no puede estar ausente de este debate, por eso se deben intensificar los esfuerzos por abrir e incorporar áreas de estudio de las mujeres, sin embargo, el tema no está suficientemente institucionalizado dentro de ellas. En la mayoría de los casos la creación y sostenimiento de sus espacios depende del tesón y la voluntad de grupos de mujeres.

Las universidades no destinan presupuesto especial para contratar investigadores y docentes en la temática, no obstante el empeño persiste con el deseo de mejorar tal situación al tratar de renovar y mejorar el sistema, su metodología y los contenidos curriculares; para asegurar que la formación de las/los futuros docentes propicie el desarrollo integral y equitativo de hombres y mujeres.

Los Estudios de Género han tenido una gran importancia en la creación del Servicio Nacional de la Mujer, creado en Chile con el advenimiento de la democracia, en cuyo marco el SNM ha elaborado un plan de igualdad de oportunidades, incorporado a un programa de gobierno que constituye un instrumento clave y un ente articulador de su política.

Este plan, que parte de un cuidadoso diagnóstico de la situación de la mujer chilena, hace visible el carácter sistemático de la discriminación; propone un enfoque global para corregir las desigual-

dades a través de un conjunto de objetivos, medidas y acciones susceptibles de ser evaluadas. La tendencia es alcanzar el fin de la discriminación en todas sus extensiones, jurídicas, económicas, sociales y culturales, aplicables por el Estado y el conjunto de la sociedad.

Así la perspectiva de género ha sido un aporte fundamental, siempre presente en la implementación de los programas, en la creación de comisiones sectoriales, así como en la definición de las prioridades gubernamentales, expresadas en las metas ministeriales.

Las prioridades que ha establecido el SERNAM son educación, trabajo y participación, cruzados por dos ejes transversales constituidos por el tema de la pobreza y la familia.

La educación es una de las prioridades como herramienta fundamental para promover los cambios. El actual gobierno para este trienio incluye como compromisos programáticos los siguientes:

- consagrar constitucionalmente el principio de igualdad entre el hombre y la mujer
- incorporar a los contenidos de educación la equidad del género.
- impulsar de manera impostergable, la mayor incorporación de las mujeres en los niveles de decisión política dentro del Estado y promover la igualdad de las mujeres en el mundo del trabajo.

El esfuerzo realizado por el SERNAM ha permitido la creación —con el apoyo de la cooperación sueca— de un fondo de estudios de género, al interior de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (Conicit), dependiente de la Universidad de Chile. En el primer año de su implementación, se han incluido otras líneas de acción, como la resolución no violenta de conflictos que proyectan y vinculan al género con otros ámbitos propios de la vida ciudadana, como son la familia, los derechos, la educación. Ofrecen tal vez un aspecto más convocante y propositivo que la sola óptica de la discriminación

En el marco de un gobierno, que tiene como premisa la construcción de la democracia con igualdad de oportunidades, es importante establecer una relación permanente, vital y dinámica en el ámbito del conocimiento sobre género, como sustento para la

promulgación de políticas, como referente crítico y orientador de nuestras líneas de acción, con visión de conjunto.

En un contexto de profundización de la democracia y modernización del Estado es necesario trabajar para lograr una mayor legitimidad de los estudios de la categoría de género, al interior también de los partidos políticos, del parlamento y de los distintos estamentos del aparato público.

Esto quiere decir que deben ser realizados, no sólo en la perspectiva de la mujer, sino de impregnar y servir de sustento a la formulación de reformas legales, de políticas sectoriales y nacionales que permitan el desarrollo integral de nuestros países. Es necesario reflexionar más sobre la categoría de género.

El debate en torno de Beijing demostró que hay muchas dificultades para comprender la categoría de género, como un problema de debilidad conceptual, pero también del lenguaje con que este tema se aborda, el cual tiende ser muy crítico y académico. Cómo hacerlo más comprensible y asequible a todos, es el desafío que debemos abordar, y en ésto, especial responsabilidad le cabe a los centros de Estudios Superiores, que deben colaborar en la distribución equitativa del conocimiento para que no sea privativo de las élites intelectuales.


La incorporación de los Estudios de Género, como parte de la academia y del Estado no pueden significar una limitación de la libertad para la actividad de la investigación, la autonomía es una condición indispensable para fomentar la interlocución democrática y veraz y para el referente crítico que necesita este trabajo.

La circulación de la información sobre género no tiene fronteras, debemos preguntarnos qué podemos hacer para aprovechar adecuadamente los avances tecnológicos, para impulsar el intercambio y obtener los beneficios de la información a nivel regional, no repetir y malgastar esfuerzos, promover iniciativas y recursos que fortalezcan nuestra acción.

La falta de recursos es un aspecto que atenta contra el ejercicio y la cobertura de esta disciplina, es entonces necesaria la priorización frente a esta temática, saber para qué queremos incorporar la perspectiva de género, asumiendo una visión más amplia y compleja que el de la discriminación.

Esta visión debe incluir, por ejemplo la construcción de la ciudadanía de las mujeres, el mejoramiento de la convivencia social, éstas son preguntas que deben encontrar respuestas rápidas y efectivas.

La cooperación horizontal y de asistencia técnica es una forma completa de fomentar la integración. Se debe diseñar una agenda de actividades que propicie un mayor intercambio que se caracterice por su dinamismo y sistematicidad, para un mayor aprovechamiento y movilidad de nuestros esfuerzos humanos, materiales e institucionales y así consolidar y desarrollar esta área de estudios de investigaciones.

El esfuerzo mutuo ayudará a encontrar respuestas a las grandes preguntas que confunden a veces mucho más y así buscar orientaciones para enfrentar los múltiples desafíos que en este período de cambio se avecinan. 

Perspectivas americanistas del Seminario Interdisciplinar “Mujeres y Sociedad” de la Universidad de Barcelona

Lola G. Luna*

El SIMS (Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad) nace de posiciones feministas y como una estrategia política de penetración en la Universidad de la crítica y la creación de nuevos conocimientos acerca del endocentrismo, el patriarcado y el Género. Las actividades académicas que ha impulsado desde que nació en 1989, han perseguido explicar la subordinación de las mujeres y también el porqué de esa subordinación en la historia y otras disciplinas.

El SIMS formó parte de la Coordinadora de Seminarios y Centros Universitarios y participó en 1991 en la creación de AUDEM, la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres.

Cuando se planteó la discusión sobre la institucionalización de los grupos de estudios, algunos tomaron la opción de constituirse como Institutos Universitarios, pero el SIMS optó por mantener su identidad a través de la vía departamental, por lo que constituye un grupo informal como otros que funcionan en la Universidad, pero formalmente depende de los Departamentos a los que pertenecen las profesoras. En realidad el SIMS ha mantenido una gran independencia del Departamento.

Para llevar a cabo las publicaciones y las actividades, se ha participado desde el comienzo en las convocatorias institucionales en las que se reparten los fondos públicos para estas acciones. Durante ocho años sólo se ha recibido un medio millón de pesetas al año, lo que significa una cantidad muy baja en términos comparativos.

El SIMS no tiene personal administrativo y el trabajo de dirección se considera parte de la carga académica. Cuenta con colaboraciones voluntarias de un pequeño grupo de personas y no dispo-

* Directora del SIMS y Profesora titular de Historia de América.

ne de local, se utiliza el espacio del profesorado y la infraestructura del Departamento de Antropología e Historia de América.

La primera etapa del Seminario, entre 1989 y 1993, estuvo dedicada a desarrollar dos Programas de Doctorado, aprovechando la normativa que facilitaba la creación de programas nuevos con cursos precedentes de otros programas. De esta manera reunimos los cursos sobre mujeres que había dispersos por programas de nuestra Universidad y de la Universidad Autónoma de Barcelona y creamos uno nuevo que fue aprobado por el Departamento de Antropología e Historia de América.

El doctorado en España empieza de la siguiente manera: cada programa tiene una duración de cinco años prorrogables fácilmente. Los dos primeros se dedican a cursos, habiendo de obtener 32 créditos. Cada dos años se inicia un nuevo programa.

Estos programas de Doctorado fueron los primeros que se hicieron en la Universidad española sobre el tema de las mujeres y sirvieron de modelo para los que después se organizaron en Valencia, Granada y Málaga.

La realización de Programas de Doctorados significó introducir en los marcos académicos los estudios sobre las mujeres y legitimarlos. Al ser los estudios de Tercer Ciclo, en España, el requisito para la entrada en la carrera académica, un programa de Doctorado es una inversión multiplicadora de gran valor, porque asegura la doble institucionalización de estos estudios en la docencia y en la investigación.

Contrarias al aislamiento de los estudios sobre las mujeres negociamos la titulación de doctorado en la disciplina de licenciatura de la que precedía el estudiantado, porque consideramos que esa fórmula es ventajosa para el alumnado al inicio de su carrera académica, que se debe caracterizar por una formación global en el área del conocimiento.

El primer Programa de Doctorado, con el amplio título de "Mujeres y Sociedad" —realizado en el bienio 1989-91— integró aportaciones diversas y multidisciplinarias y sirvió para definir mejor los objetivos del Seminario, inclinándose por especificar el segundo Programa sobre la relación "Mujeres, Género y poder". Este programa se realizó en el bienio 1991-93.

Con el objetivo de prestar atención a la metodología se creó un "curso eje" en cada Programa, denominado "*Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*" que reunió profesoras e investigadoras que no dictaban cursos en el doctorado, pero que tenían aportaciones interesantes. Al estar formado el curso por conferencias, permitía mostrar la diversidad de enfoques que estaban apareciendo.

En ambos programas estuvo presente América Latina a través de siete cursos sobre: Género y poder, Historia y relaciones de Género, El trabajo de las mujeres y la economía internacional y Movimientos sociales y Movimientos de mujeres en América Latina, que fueron impartidos por Milagros Palma, Marysa Navarro, Lourdes Benería y Lola G. Luna.

Por otro lado, los cursos de doctorado sobre el tema seguían aumentando en la currícula de otros Programas, ésto significaba que eran numerosas las profesoras doctoras, que desde su área de conocimiento estaban dirigiendo tesis sobre las mujeres, es decir eran multiplicadoras.

En los resultados de los dos Programas hubo una matrícula alrededor de 25 estudiantes y hay en marcha varias tesis doctorales sobre Filosofía, Literatura, Historia y Movimientos Sociales en América Latina. Teniendo en cuenta los bajos porcentajes de finalización de tesis en otros programas, calculamos que en éstos se puede alcanzar un 25%, cifra no desdeñable.

Hay que valorar también dentro de los resultados, las publicaciones, que de aquí salieron las experiencias del Doctorado en el libro "*Los estudios de las Mujeres en las Universidades Españolas*" y los cursos "ejes" sobre "*Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*" se encuentran en los libros "*Mujeres y Sociedad*" y "*Pensar las diferencias*".

Los cursos ejes del Doctorado estuvieron abiertos a otras personas interesadas, fueron de inscripción gratuita y asistieron mujeres que trabajaban en instituciones gubernamentales con áreas de mujer y en ONGs. De esta manera, se cumplió al mismo tiempo la función de ser cursos de extensión universitaria.

El año 1994 fue un año puente durante el que se dictaron tres cursos de diferentes temáticas para alumnos de doctorado y licenciatura. Uno de ellos estuvo dedicado a "Género, Mujer y Desa-

rollo en América Latina”, por el interés mostrado desde afuera y dentro de la Universidad a este tema, posiblemente porque sobre él no se ofrecen suficientes cursos y en ese momento comenzaba a ir en aumento la solidaridad y el voluntariado.

En el segundo Programa sobre “Mujeres, Género y poder” se constató la diversidad de utilizaciones que se estaba dando al concepto de Género: para sustituir el término mujeres, para referirse a estudios de mujeres, para diferenciar los roles entre hombres y mujeres etc.

Además se había observado que en la docencia del Primer y Segundo ciclo existían malentendidos sobre los estudios de las mujeres, el feminismo, el Género etc. por lo que se eligió dirigir las actividades del Seminario hacia estos niveles lo que conllevó a las *Cruillas del Género*.

Cruillas en catalán quiere decir “encrucijada” por ello, como ya se ha señalado, al decidir adentrarse en el campo del Género había una gran encrucijada por las múltiples definiciones y conceptualizaciones, por tanto se optó situarse ante esa Cruilla\Encrucijada y comenzar a abordarle desde diferentes manifestaciones, optando por la vía de entenderle como una cuestión de poder, relacionada con múltiples instancias. De ahí que el tema de la I Cruilla, realizada en 1995, fuera sobre “Género y Poder en América Latina”

América Latina fue centro de atención de esa primera Cruilla, por considerar que allí se estaba dedicando mayor interés al Género y de esta forma, se estaba dando continuidad a la relación y al compromiso que el SIMS ha mantenido con Latinoamérica desde sus inicios.

Al conceptualizar el Género en términos de poder desde esta Primera Cruilla se escogió un camino, y es obvio que no sólo referido a representaciones femeninas, roles o protagonismo de las mujeres, sino de la subordinación y de la desigualdad, un problema complejo que inicialmente se creía de carácter relacional y circunscrito a las relaciones de poder entre los sexos.

Es por eso que la Cruilla realizada el pasado año de 1996 se dedicó al tema “Femenino\masculino, la doble vía del Género” ya que en muchos programas de Género de las universidades lati-

noamericanas (como la UNAM de México; la Universidad del Valle, en Colombia o la Universidad Católica del Perú) se estaba impulsando este estudio.

El objetivo fue participar en el debate sobre la transformación de la masculinidad. Este tema se estaba investigando desde hacía años en el país, pero no se había abordado al interior de la discusión feminista.

Como se señaló en el Programa el objetivo era:

“Comenzar a cruzar las fronteras que a través de milenios se han ido levantando entre los hombres y las mujeres en una división sexual de las emociones, del trabajo y del poder (...) con el deseo de arriesgarnos en una propuesta de intercambio que comience a establecer puntos de encuentro para la reformulación de la diferencia sexual desde la perspectiva de la igualdad”.

Para la apertura se invitó a la videasta colombiana que presentó el documental “*Cruzando Fronteras*”, realizado con Eulalia Carrizosa, de Cine Mujer.

La Tercera Cruilla se realizó a mediados de enero y estuvo dedicada al complejo tema de la maternidad. Tema que surge de la Cruilla anterior y se deseó llevarlo a discusión, porque como se señalaba en el Programa:

“La maternidad se ha ido definiendo y redefiniendo hasta llegar a cubrir por completo la identidad femenina, oscureciendo otras caras del perfil de las mujeres. El discurso intelectual, político, religioso y popular, históricamente ha edificado una dimensión única de la identidad de las mujeres basada en la maternidad, universalizando su subjetividad en esa dirección, especialmente desde la llegada de la modernidad. La mujer ciudadana no ganará con ella la identidad de un sujeto con autonomía pública y privada, sino que con mayor nitidez se perfilará como agente de la sobrevivencia, guardiana moral de la comunidad, esencia amamantadora (...) El poder y la capacidad creadora del cuerpo de las mujeres se convirtió así en el reino particular desde donde administra la cotidianidad”.

El SIMS —continuando con la tarea de buscar los significados del Género— planteó el debate distinguiendo entre la producción ideológica, política y cultural del maternalismo, y la maternidad

como libre elección y experiencia humana, desde perspectivas teóricas y también a través de casos concretos de la realidad americana. Los casos sobre América Latina se refirieron a las organizaciones católicas femeninas y a las políticas de control de población.

En lo que se refiere a la investigación, el SIMS ha desarrollado dos líneas: una dirigida por Mercedes Vilanova sobre el uso de las fuentes orales con su última publicación *"Les majories invisibles"* y una segunda sobre Movimientos Sociales en América Latina, tema sobre el que se están desarrollando varias tesis doctorales sobre casos de México y Argentina. En esta línea el logro más importante fue la investigación realizada sobre *"Movimientos de Mujeres y Participación Política en Argentina y Colombia 1930-1990"* financiado por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (CICYT) del gobierno español. En ella participaron investigadoras latinoamericanas y los resultados de la investigación sumaron varias ponencias, conferencias, artículos, cuatro capítulos de libros y varios artículos de divulgación y un libro publicado por el Seminario sobre el caso colombiano: *"Historia, Género y política. Movimiento de mujeres y participación política en Colombia 1930-91"*.

Entre otras actividades, el Seminario además ha recuperado la publicación de las hojas de WARMI, ahora sale como Anuario — el número 7 fue el primero de la nueva época — y tiene entre otros objetivos, publicar el material de las Cruillas para animar el debate sobre el Género y dar espacios a los primeros resultados de jóvenes investigadoras.

En cuanto a la reflexión de carácter más teórico sobre el Género, que se ha ido desarrollando a través de las actividades docentes e investigativas, actualmente se han planteado una serie de interrogantes que no son tan nuevas y que ya se han escuchado desde hace tiempo, pero que aún no tiene respuestas precisas. Tal vez serán parte de los retos que hay de cara al nuevo milenio, porque el conocimiento, sea patriarcal o producto del feminismo, está sujeto a la crítica y a la revisión antes de ser reconocido como tal.

La primer interrogante tiene que ver con la multidisciplinariedad: los programas de doctorado que se han desarrollado en el SIMS son pluridisciplinares. Se parte de la convicción mayoritaria de la

necesidad de la interdisciplinariedad porque la subordinación de las mujeres se produce en todos los niveles de la realidad. Con el tiempo la euforia inicial ha dado paso a una realidad mucho más ajustada a lo que son los procesos científicos y cómo se producen, porque contrariando el optimismo, la ruptura de barreras no se produjo, posiblemente porque cada disciplina habría de hacer y sigue haciendo su particular travesía del desierto para responder al cuestionamiento, que ha supuesto el fenómeno histórico del feminismo, para las ciencias sociales. Entonces la pregunta es: ¿la interdisciplinariedad entre las diferentes sendas disciplinarias es imprescindible para avanzar en el conocimiento de la subordinación?

La segunda interrogante que se está considerando es la referida al status teórico y metodológico del Género. Tanto los programas de doctorado, como hasta ahora las Cruïllas, demostraron lo lejos que se está de un consenso sobre su significado.

La adopción del concepto de Género en los estudios sobre las mujeres a finales de los 70 fue un hallazgo. Con sólo mirar la bibliografía de la última década, desde diferentes disciplinas, se evidencia lo que ha supuesto este concepto en los conocimientos desarrollados en Antropología y Sociología. Es posible que sea en el terreno de la Historia donde el Género está menos estudiado, porque el tiempo histórico de la subordinación es muy amplio. En cambio los estudios de mujeres en la historia, al menos en España, en los últimos quince años son los más numerosos.

En 1991 el SIMS se planteó por primera vez abordar el concepto de Género en el segundo Programa de Doctorado. Nuevamente se había recogido un concepto que llegó de América Latina. No hay más que ver la literatura española de aquellos años para comprobar que muy pocos estudios se realizaban bajo ese nombre.

El segundo libro publicado por el SIMS en 1992 fue una compilación de artículos de investigadoras latinoamericanas con el título: *"Género, clase y raza en América Latina"*. En la introducción se anunciaba que en América Latina se estaba produciendo una:


"Búsqueda teórica para incorporar las relaciones de Género a un esquema de análisis global de la realidad, donde se articulan otras relaciones globales generadas por otros conflictos que tienen

relación con la clase, la edad, la raza, etc., porque desde los inicios del feminismo ha habido en este continente una sensibilidad especial ”.

Finalmente se señalaba la relación que el Género tenía en América Latina con los estudios sobre el desarrollo.

“Género y Desarrollo” fue la línea de trabajo marcada desde las instituciones internacionales de cooperación en la década de los 90. Venía a modificar la anterior línea de “Mujeres y Desarrollo”. La literatura sobre el tema es muy abundante y ciertamente se ha mostrado crítica con los tipos de desarrollo planteando grandes interrogantes sobre los beneficios para las mujeres y poniendo de manifiesto las desventajas. En cambio, la incorporación del Género desde esa acepción descriptiva, a las recomendaciones de Naciones Unidas sobre las mujeres y a partir de ahí su incorporación por organismos gubernamentales como la Comunidad Europea o instancias nacionales y estatales, ha hecho sospechoso el concepto al interior de posiciones feministas, al tiempo que lo ha difundido vacío de contenido interpretativo.

Según la trayectoria académica que ha tenido el concepto de Género a esta altura cabe preguntarse: ¿cuál es el estado de la cuestión, en qué punto está?, ¿qué contenidos y qué significados se nombran, cuando se dice “Programas de Género”? ¿cuál es el objeto de estudio cuando decimos “Estudio de Mujeres y Género”?

Pero también por la trayectoria política que ha tenido el término Género caben las preguntas: ¿adónde han llevado las discusiones e investigaciones sobre el Género?, ¿ha sido un paso hacia la intervención en las políticas públicas?, ¿se ha llegado a la participación realmente en los centros de poder?, ¿el Género en el desarrollo ha sido más que un añadido mujer? Entonces, cuáles son los retos para el siglo XXI: ¿cierta interdisciplinariedad que facilite una metodología común para entendernos cuando se habla de patriarcado y Género?, ¿abordar la diferencia sexual para explicar la desigualdad y la construcción desde ella del Género, para reconstruir el Género? En cualquiera de los casos o en todos ellos, el reto es superar la subordinación y para ello hay que explicarla y hay que historiarla. Las formas cómo hacerlo son múltiples. 

Bibliografía:

- 1- Anuario. Hojas de Warmi No. 7, 1996.
- 2- Anuario. Hojas de Warmi No 8, 1996
- 3- "*Desde las orillas de la política. Género y Poder en América Latina*". Edición de la I Cruïlla.
- 4- "*Género, clase y raza en América Latina*". Compilación Lola G. Luna. 1991
- 5- Luna G, Lola y Norma Villarreal. "*Historia, Género y Política. Movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991*".
- 6- "*Mujer y Sociedad. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*". Compilación. Lola G. Luna. 1991
- 7- "*Pensar las diferencias*". Compilación Mercedes Vilanova. 1994

Estudios de Género en la Universidad de Buenos Aires

Cristina Zurutuza*

Cuando en 1987 se presentó la propuesta de los Estudios de la Mujer en la Universidad de Buenos Aires, se partía de una historia previa de ocho años realizada en el Centro de Estudios de la Mujer, el cual desde su creación en 1979 había cobijado conferencias y seminarios sobre temas de Estudios de la Mujer, grupos de reflexión, publicaciones e investigaciones; ya en 1985 y en 1986 se dictaron en la UBA dos seminarios de dos años de duración, en ambos casos, con gran interés y nutrida asistencia.

Al regularizar la UBA su vida institucional con el Reglamento de posgrado, en 1987, se presentó un plan de Estudios de la Mujer con tres años de duración, de 400 horas docentes presenciales que abarcaban una serie de actividades diferentes para cubrir la formación en un abanico de habilidades o herramientas. Los objetivos eran proporcionar una formación académica de alto nivel en el plano teórico, metodológico y técnico, aplicables a la investigación, la docencia y el diseño de políticas y programas sociales referidos a las problemáticas de la mujer y el género. En otras palabras, el propósito era impulsar, tanto hacia la construcción teórica y el cuestionamiento ideológico-epistemológico de los paradigmas oficiales, así como para la aplicación en programas sociales —en instituciones de gobierno o gubernamentales— y/o de investigación que contribuyeran concretamente a mejorar la situación de las mujeres.

Como siempre, se abordó la necesidad del carácter multidisciplinario para comprender las particularidades y complejidades de la situación social de la mujer, ciertas particularidades de su psiquismo y la simetría-asimetría en las relaciones de géne-

* Universidad de Buenos Aires.

ro. A pesar de las múltiples dificultades que la propuesta implicaba, era ineludible, dadas las experiencias anteriores.

El staff fundador fue en su mayoría de sicólogas, pero siempre hubo la preocupación de incluir en el equipo docente, personas con formación en Sociología, Historia, Antropología y otras ciencias humanas.

Las/os aspirantes debían pasar por un proceso de evaluación académica, que tomaba en cuenta, no sólo sus antecedentes profesionales y académicos, sino su interés en el tema, su compromiso institucional en llevar adelante tareas de investigación, docencia o acción social, así como habilidades en trabajo de grupo, lectura comprensiva del inglés y disposición a la lectura intensiva de bibliografía muy diversa.

El diseño pedagógico planteaba la necesidad de romper la fractura entre teoría y práctica, por lo que se incluyeron seminarios teóricos-prácticos obligatorios y optativos, pasantías en instituciones de gobierno y no gubernamentales, talleres de metodología de la investigación y planificación de proyectos sociales.

Como el aprender requiere "el conocimiento y manejo de reglas, el entrenamiento en ciertas disciplinas del pensamiento y del cuerpo, el sometimiento a las formas y a los ritmos de las adquisiciones" (Anzieu, citado por Bonder, 1983). Nadie puede pretender partir de la nada, o de sus propios impulsos o sensaciones, cuando de cursar un posgrado se trata. Nadie es una *tabula rasa* cuando de construir conocimientos se trata. Sin embargo esta verdad se entrecruza con otros postulados contrarios, pilar de la pedagogía feminista y de la educación popular: el saber está en nosotras, el saber institucional es el discurso del amo y por lo tanto opresor. Ambos postulados tenían validez en el contexto particular del posgrado de Estudios de la mujer.

Para elaborar las problemáticas en un espacio específico, lleno de dificultades, se utilizó una herramienta ya conocida: los grupos de reflexión, actividad que se incorporó de manera sistemática y periódica con carácter obligatorio. Su objetivo principal fue brindar un espacio especial para el tratamiento de los obstáculos para el aprendizaje, incluyendo tanto las dimensiones personales como las grupales en su proceso.

Ya desde 1980 a 1985 se habían realizado numerosos grupos de reflexión en el Centro de Estudios de la Mujer, que abordaban problemáticas de la vida cotidiana como el divorcio, el dinero, la soledad etc., tenían una duración limitada y la condicional que las participantes estuvieran involucradas directamente en la problemática del grupo.

Descriptivamente los avatares de esta actividad variaron según los escenarios y participantes; en algunos casos fueron muy exitosos en términos de aliviar tensiones y resolver obstáculos, en otras ocasiones no lograron resolver el conflicto inter o intrapersonal, que aparecía más fuerte que todos los intentos por resolverlo y elaborarlo en un nivel más simbólico. La eficacia de los encuentros en términos de los cumplimientos de los objetivos fue variable, pero de forma general las cursantes lo reconocieron como un ámbito valioso.

Un programa de posgrado en Estudios de la Mujer se encuentra en una encrucijada de variables cuyo entrelazamiento genera nudos de sentido a veces develadores, a veces enmascaradores.

Se trata por un lado, de dos estructuras grupales en interrelación: el equipo docente y las cursantes. Los grupos poseen, al decir de Bion, una especie de "mentalidad común". Sus integrantes son capaces de acordar, inconscientemente, ciertos supuestos implícitos, que hacen funcionar al colectivo bajo una fantasía común, que puede variar o permanecer con el transcurso del tiempo. Este funcionamiento puede construir u obstaculizar la tarea propuesta conscientemente por el grupo. Como grupo nos une nuestra condición de mujer, nos separa el rol (docente-alumna), los grados de conocimiento conceptual, las lecturas y las experiencias académicas previas.

Otra variable son los contenidos mismos de los Estudios de la Mujer. Así las preguntas sobre su identidad de género actual e histórica, sus vínculos eróticos y de pareja, su concepción acerca de las relaciones intergenéricas, sus logros personales y profesionales y en términos generales su autoestima, son asuntos que pueden emerger en cualquier punto de la actividad docente.

Un aspecto altamente conflictivo fue la contradicción con los conocimientos de sus disciplinas de origen, en la medida que los

Estudios de la Mujer cuestionan los mismos basamentos disciplinarios.

Otro punto a tener en cuenta es la misma institución disciplinaria. El desconocimiento de lo que significa un posgrado y el grado de exigencia que éste implica provocó muchos momentos de críticas y rebeldías, en los que la Universidad aparecía representando una institución tradicional y opresora, que se enfrentaba a las ansias de libertad de la naciente ideología feminista.

Los momentos más álgidos solían emerger con todas sus fuerzas en las situaciones de evaluación.


Actualmente se pretende una propuesta que combine la escucha libre con una planificación muy cuidada, que tome en cuenta dos pilares básicos: por un lado, los climas grupales que suelen estructurarse con cierta recurrencia secuencial; por otro, un diagnóstico periódico sobre los supuestos básicos del funcionamiento grupal en cada momento, incluyendo las fantasías y sentimientos predominantes hacia las tareas conjunta.

Uno de los puntos es enfrentar la angustia que provoca la pérdida de la ilusión de encontrar al fin un lugar ideal donde descansar de las múltiples discriminaciones, que como mujeres hemos sufrido en las vidas profesionales y personales. En otras palabras, suelen existir momentos de idilio grupal entre las cursantes, sobre todo inmediatamente después del primer momento de encuentro.

Una ilusión, al decir de Freud, no es necesariamente un error. Es simplemente una expresión de deseos y como tal se revela más vinculada al principio del placer, que al principio de la realidad. En este sentido tiene forzosamente un destino, que es ser reemplazada por una mayor capacidad de juicio crítico y autocrítico que permita el avance y el conocimiento de sí misma y del mundo —real y simbólico— que rodea a cada sujeto.

Creemos que la utilidad de una variada gama de técnicas, entre ellas el role-playing y otras técnicas dramáticas, las preguntas-guías, la sistematización de las respuestas sobre la base de ideas-fuerza, los señalamientos de fantasías grupales no conscientes o de roles estereotipados, las historias que, elaboradas sobre la base de una consigna, deben velar aspectos no dichos.

Estas técnicas deben respetar los procesos grupales de desconianza y rivalidad iniciales, el posterior de cohesión (que oscila entre la fusión y la separación extrema sobre la base de pequeños detalles) y un camino hacia una individualización que no excluye la solidaridad en la diferencia.

Partiendo de un repertorio básico, creemos que este tipo de batallas debe diseñarse “a medida” para cada experiencia pedagógica, y teniendo en cuenta siempre los emergentes que aparecerán en los ámbitos de “fuera” del grupo de reflexión en sí mismo. 

Género y Economía

Género y Macroeconomía

María Rosa Renzi*

En Nicaragua, como en otros países del mundo, la Década de la Mujer trajo nuevas perspectivas para el movimiento feminista. La organización de los diferentes grupos de mujeres con intereses propios fue una de sus manifestaciones.

El campo de la investigación, aunque comenzó a revelarse no tuvo el mismo desarrollo, pero se podría afirmar sin equivocación, que en la década de los 90 se ha avanzado no sólo en términos cuantitativos, sino cualitativos, donde se abarcan variados temas de investigación y estudio sobre la mujer y las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

El tema que se tratará en este artículo es el llamado enfoque de género en la macroeconomía, que se viene abordando de diferentes formas desde el 1990, cuando el FIDEG se propuso en su quehacer institucional el seguimiento de la situación y las políticas públicas que inciden en el marco macroeconómico, con el fin de contribuir al conocimiento de esta situación y dotar de herramientas a los agentes económicos para la toma de decisiones.

Había además un interés especial de evitar hacer análisis economicistas y abstractos, por lo contrario se perseguía identificar cómo las políticas económicas estaban incidiendo en la población, partiendo de que la base económica es un proceso social y político dedicado a generar decisiones y determinadas acciones destinadas a influir en el comportamiento de las personas, empresas y entidades públicas.

A partir de ese postulado fue que se tomó conciencia de que las políticas económicas, más allá de sus buenas intenciones retóricas inciden de manera diferenciada sobre las mujeres y los hombres. Lo que se evidenció con los primeros hallazgos de las investiga-

* Directora del FIDEG

ciones donde se constató ese impacto diferenciado de manera particular:

- Los recortes presupuestarios le trasladan a las mujeres las responsabilidades en el campo de la salud y la educación particularmente.
- Los programas de reformas del Estado significaron grandes contingentes de mujeres en el desempleo.
- Las políticas crediticias, que si bien nunca priorizaron a las mujeres como sujetos económicos, con las reformas del sistema financiero, las excluyó como beneficiarias por los requisitos de garantías que las mujeres no pueden presentar entre otros.
- La apertura externa que castigó principalmente las ramas de la actividad económica con un mayor empleo de mano de obra femenina.
- La eliminación de la microempresa comercial y de servicios a partir de la instalación de grandes cadenas comerciales.
- La flexibilización laboral, que más que permitir la movilidad social, ha significado la pauperización de sectores medios de la sociedad y la exclusión de un segmento importante de la población. En este sentido las mujeres han visto incrementada su participación en el sector informal, devengando ingresos que no permiten cubrir ni siquiera las necesidades más básicas, con largas jornadas laborales.
- Los procesos de globalización tienen en Nicaragua una expresión concreta que es la expansión de la producción en zonas francas, en este caso la maquila, que aunque genere empleos lo hace sobre la base de un desgaste físico desproporcionado de la fuerza de trabajo femenina.
- Los impactos diferenciados de las políticas económicas tienen una manifestación muy concreta en los altos índices de pobreza, que están golpeando más fuertemente a las mujeres.

Estas son apenas algunas de las dimensiones de los impactos o efectos que tienen las políticas económicas instrumentadas en los últimos años en Nicaragua y que a través de investigaciones se han podido constatar y cuantificar. De ahí la necesidad de estudiar a nivel nacional una valoración económica del trabajo de la mujer nicaragüense en las Cuentas Nacionales.

Las premisas de las cuales se partió fueron las siguientes:

1. Las relaciones tradicionales de género han asignado a las mujeres la realización básicamente de tareas domésticas y el valor económico de ello no se toma en cuenta.
2. En las familias rurales la división del trabajo es más marcada, aún cuando las mujeres están integradas al trabajo productivo, sigue recayendo en ellas la exclusividad del trabajo doméstico.
3. La tasa de participación de las mujeres en la PEA está subestimada porque los censos y encuestas tienen el sesgo masculino que conscientemente o inconscientemente perpetúan la invisibilización del trabajo y la participación de las mujeres en los procesos económicos.
4. Existe una importante omisión en las Cuentas Nacionales a partir de ignorar o subregistrar, cuando se disponen de los datos el aporte económico del trabajo de las mujeres en las estadísticas nacionales.
5. La invisibilización del aporte de las mujeres a la economía les niega el acceso a los recursos productivos, lo cual en esencia les impide a las mujeres romper con el círculo vicioso de la pobreza.

El concepto de Cuentas Nacionales tradicionales es limitado en tanto sólo toma en cuenta la producción de bienes y servicios que se transan en el mercado. Es cierto que en dependencia del grado de desarrollo de la sociedad pueden haber más o menos cantidad de bienes y servicios que forman parte o no de los circuitos mercantiles.

Sin embargo, todos los estudios indican que la subvaloración de las cuentas nacionales es generalizada desde el momento que éstas no toman en cuenta el aporte económico que se realiza en el interior del hogar.

En las economías en desarrollo, como es el caso de Nicaragua, es difícil separar las funciones de los hogares como productores de la reproducción. Por ello la omisión del aporte económico de las personas con residencia rural es mucho más acentuada, pues a ese nivel es común confundir la población económicamente activa con las inactivas, como es el caso específico de las mujeres y las personas que están en la etapa de la niñez o juventud.

Lo mismo sucede cuando se utiliza esa mano de obra en la propia finca sin que medie pago en dinero, mientras que si ese trabajo lo realizara una persona por una remuneración, éste si tomaría en cuenta las estadísticas nacionales.

Una situación similar se refleja en el sector urbano donde hay una elevada participación de mujeres y niños y niñas que trabajan sin remuneración alguna o en el sector informal, donde podríamos afirmar que el valor generado en ese sector del mercado que actualmente en Nicaragua es el más importante en la generación de empleo, no se incluye en las cuentas nacionales.

Las implicaciones del trabajo de la mujer.

Siendo las actividades mercantiles las que definen la “actividad económica” para la estructuración del sistema de Cuentas Nacionales, muchas de las actividades que se realizan en el hogar se excluyen de la medición del PIB. El ejemplo más obvio es el producto de la actividad de la “ama de casa”.

El valor de su esfuerzo al producir un alimento no se considera una actividad económica, aún cuando el valor del alimento producido en un restaurante incluye el PIB. Si las amas de casa cocinaran los alimentos de los demás y recibieran el pago de su esfuerzo, la preparación de los alimentos se consideraría como actividad económica y el PIB aumentaría.

Pareciera que las razones para no contabilizar el trabajo de la mujer en el ingreso nacional, obedecen más a razones prácticas, que teóricas. Sin embargo, aunque la medición del trabajo que realizan las mujeres en el hogar presenta algunas dificultades, ello no es imposible como lo demuestra la investigación realizada.

Palmer señala que el tiempo invertido por las mujeres en la reproducción y en el mantenimiento de la familia, constituye un impuesto al trabajo que se obliga a las mujeres a pagar a la sociedad antes que ellas entren a trabajar en la economía monetaria. Sin embargo también está demostrado que no sólo las mujeres pagan ese impuesto mientras no entran al mercado laboral, sino que éste persiste a lo largo de sus vidas.

El problema central radica en que las políticas del nivel macro se diseñan tomando en cuenta sólo una parte del problema.

En tanto la macroeconomía la concibe a partir de los agregados monetarios referidos a la economía productiva e ignora los recursos humanos agregados de la economía reproductiva, tales como los que significan sobre indicadores como: población, salud, nutrición, educación y productividad. Así el análisis económico es incompleto, porque omite el trabajo no remunerado de las mujeres pues ello conlleva a la omisión de las externalidades que genera la economía reproductiva.

Aún cuando las definiciones sobre la actividad económica siguen adoleciendo de problemas de exclusión, el concepto ha ido cambiando a través de los años, pero particularmente en la segunda mitad de este siglo a partir de los valiosos aportes que realizaron diversos estudiosos de la materia.

Sin embargo, en la última revisión del sistema de cuentas nacionales se excluyó nuevamente el concepto de producción y de la medición del producto económico, de la prestación de servicios dentro del hogar: la preparación de comidas, atención de niños y ancianos, limpieza y demás tareas domésticas.

Entre las causas de esa exclusión se menciona la dificultad que plantea la valoración de estas actividades, debido a que se trata de servicios prestados a los miembros del hogar, que no suponen una remuneración monetaria.

La valiosa contribución que hicieron las mujeres en el ámbito internacional con sus estudios económicos y dada la falta de voluntad política de los gobiernos que impide que las recomendaciones de N.U. se pongan en práctica, fueron los elementos que pesaron para que el movimiento de mujeres durante la Cumbre Social llevada a cabo en Copenhague, Dinamarca (marzo 1995) y posteriormente en la IV Conferencia de Beijing, China (septiembre de 1995) impulsaran acuerdos para que se incluyera en los planes de acción la construcción de cuentas satélites del PNB a fin de viabilizar el aporte de las mujeres y de esa manera impulsar políticas para incrementar el acceso a recursos por parte de las mujeres en correspondencia con sus aportes.

La metodología de la investigación realizada se basa en la medición del uso del tiempo de todas las personas del hogar. La encuesta fue diseñada de tal manera que cada persona del hogar pu-

diera declarar los minutos y las horas dedicadas en un día típico a las actividades de la reproducción y las actividades productivas. En el sector rural se estableció la diferencia entre época de cosecha y época de no cosecha.

La valoración del trabajo doméstico se hizo bajo dos métodos:

a- El de coste de reemplazamiento, que valora la actividad de acuerdo a lo que se paga en el mercado.

b- El coste de oportunidad. Se valoró el trabajo de cada persona del hogar en función de lo que esa misma persona podría ganar en un empleo remunerado, tomando en cuenta la edad y el nivel educativo.

Para la valoración de trabajo productivo se tuvieron que enfrentar algunas dificultades metodológicas que fueron superadas.

Sobre la valoración del trabajo productivo rural.

Una correcta valoración del trabajo productivo agropecuario requiere disponer del costo de los insumos físicos para cada producción, el valor del trabajo remunerado.

En Nicaragua, en el otorgamiento del financiamiento a la producción, los bancos comerciales sólo toman en cuenta el costo de los insumos físicos (capital y corriente) y la mano de obra remunerada. El costo de producción de la mano de obra no remunerada no se incluye en cálculos de costo de producción.

Tampoco el BCN toma en cuenta ese factor. El Sistema de Cuentas Nacionales define cuáles son las actividades económicas las que constituyen la base de la construcción de los agregados económicos y las mismas están definidas sobre la base de su vinculación con el mercado.

Dadas las características del campo nicaragüense, donde el 95% de las personas se encuentran con algún nivel de pobreza, una gran parte de los hogares que declararon trabajar la tierra, lo hacen con sus propios recursos principalmente.

De ahí que se haya logrado contabilizar en total el tiempo requerido para producir una manzana de un producto determinado.

La información que se recolectó en el campo, se organizó de tal forma que fueran compatibles con los datos de las cartas tecnológicas del banco.

De la sistematización de la información por producto, época de siembra y tipo de tecnología, se estructuraron básicamente tres tipos de cuadro por producto para hacerlos comparables a las cartas tecnológicas del banco. Cada producto finalmente quedó estructurado por tecnología (espeque, con bueyes y con maquinarias).

El resultado de la cuantificación del FIDEG se comparó con los que presenta el banco en sus cartas tecnológicas, correspondiendo la diferencia al valor no remunerado y no contabilizado.

Para establecer el costo o el valor de trabajo no remunerado se tomó el mismo precio por actividad que reporta el banco y de esa forma se logró identificar el valor del aporte que hace la familia campesina a nivel de cada uno de los productos.

Aún cuando los resultados de la investigación del FIDEG no podrían ser comparados bis a bis con los del BCN debido a que esta institución actualmente calcula las cuentas nacionales de maneras indirectas, se vio necesario el acercamiento desde el punto de vista técnico a fin de encontrar el respaldo institucional para la realización de la investigación que requerían de muchos esfuerzos.

Los pasos metodológicos y las principales variables a tomar en cuenta en el diseño de formato de encuestas fueron discutidos ampliamente con funcionarios de BCN, lo que permitió enriquecer el trabajo mutuo. Esto constituyó una estrategia política, ya que usualmente las investigaciones que provienen de la sociedad civil, no son tomadas en cuenta por el gobierno.

Una definición de principios que se planteó para esta investigación, fue la necesidad de hacerla participativa, aunque ello no debía estar reñido con la calidad técnica, ni profesional de la misma. Para ello se hizo un proceso largo, pero muy interesante de intercambios y aprendizajes mutuos entre las investigadoras y las mujeres líderes de la UNAG.

Los logros obtenidos.

El proceso de discusión y acercamiento al BCN tuvo dos grandes resultados:

1. Haber despertado la sensibilidad sobre el tema de género, lo que en la práctica se está traduciendo en un trabajo más articulado

y sostenido de apoyo mutuo entre instancias gubernamentales y de la sociedad civil.

Se está abriendo espacio de diálogo, lo que permitirá en un futuro no muy lejano, transferir algunas herramientas conceptuales sobre la macroeconomía vista desde una perspectiva de género a funcionarios del BCN, lo que en este caso, implicaría dar pasos importantes en la conceptualización de las Cuentas Nacionales.

2. El primer resultado concreto de la investigación en la línea de vincular e influir en las políticas públicas, es que por primera vez en Nicaragua, a partir de los resultados de una investigación sobre la valoración del trabajo de la mujer en la economía nacional, el BCN tomará los datos que corresponden a la producción de bienes y servicios para la reproducción de la familia y los incluirá en la matriz intersectorial, que constituye el insumo principal, para el cálculo del PIB de la economía.

Esto tiene doble valor, por un lado, porque al incluir la producción de bienes y servicios de la economía en las Cuentas Nacionales tomará en cuenta una parte importantísima que actualmente se omite, que es la producción al interior de los hogares urbanos y rurales.

El segundo elemento que valoriza el esfuerzo, es que la inclusión de esa producción, releva principalmente el aporte de las mujeres a la economía nacional a partir de incluir lo que ellas producen, a pesar de que no sea considerado "económico" por los teóricos.

Algunos resultados concretos de esta investigación arrojan que de cada 100 personas que conforman la PEA rural 35,5 % son mujeres, en el sector urbano las mujeres representan el 47,2%.

En cuanto a los aportes a la economía productiva agrícola los datos preliminares indican que del valor agregado nacional en el sector agrícola, las mujeres aportan el 18% en la producción de granos básicos, el 32 % de la producción de rubros de exportación, un 27% del valor de la producción de legumbres y hortalizas, totalizando un aporte del 24 % del valor agregado agrícola.

El aporte a la economía del patio, que radica principalmente en la crianza de ganado menor (gallinas) y descansa principalmente en el trabajo de la mujer, las que contribuyen con el 73 % del valor

agregado en esa actividad y en el 20% de la actividad correspondiente a la ganadería mayor.

Con respecto a la valoración del trabajo doméstico los resultados de las diferentes mediciones realizadas por autores de países desarrollados constatan que el trabajo doméstico es aproximadamente una tercera parte del PBN. En Nicaragua estos estudios concluyen que los estimadores del T.D. según el coste de reemplazamiento o el coste de servicios no difieren sustancialmente mientras que es más elevado cuando se toma el costo de oportunidad. En el caso de Nicaragua el trabajo doméstico realizado por las mujeres en el sector rural indica que su contribución oscila entre 24,2% y el 41,1% del producto del sector agrícola respectivamente.

Si se adiciona el aporte del trabajo reproductivo realizado por las mujeres del sector urbano, estamos hablando de un aporte de la mujer que no es valorizado en el PIB global entre el 22% o el 27%, según se trate del costo de reemplazamiento o de oportunidad respectivamente. Se puede afirmar que en Nicaragua el PIB está subvalorado en casi una tercera parte o aproximadamente el 40% del consumo privado global.

El trabajo doméstico es un espacio de segregación para la población según la edad de las personas, ya que lo realizan fundamentalmente las personas comprendidas entre las edades de 20 a 45 años (64,5%) y las de 46 a 64 años (21,7%), un 11% es realizado por niños/as y jóvenes.

Otros hallazgos con relación al acceso a recursos productivos como por ejemplo el crédito donde en el ámbito nacional el 49,3% de las personas beneficiarias con crédito fueron mujeres, pero éstas recibieron sólo el 34,1% del monto entregado en financiamiento, tanto por parte del sistema financiero como de organismos no gubernamentales.

Sin embargo por las restricciones formales, es claro observar que las mujeres reciben créditos de las instituciones no bancarias principalmente.

Con respecto al crédito rural la discriminación es doble, pues mientras en el campo una tercera parte de las personas con acceso al crédito son mujeres, éstas reciben apenas el 11,4% de los mon-

tos de préstamos. El monto del crédito promedio de los hombres (US\$ 850) es casi 4 veces el promedio que reciben las mujeres (US\$ 225) en el sector rural.

El crédito urbano también evidencia que las mujeres son discriminadas, pero en una proporción inferior, ya que constituyen el 59% de las personas beneficiadas y captan el 46,8% del financiamiento. El monto promedio de crédito de los hombres (US\$615) es 1.5 veces superior al que reciben las mujeres (US\$403) en el sector urbano.

El acceso a la propiedad es un elemento clave para el empoderamiento económico de las mujeres. El FIDEG en su investigación indica que el 12,5% de los casos encuestados que informaron tener tierras correspondieron a títulos en favor de las mujeres, sin embargo en área ésto representa el 9,8% del total.

Todo este análisis nos obliga a pensar que la conciencia de género es limitada debido a la falta de reconocimiento del papel que juegan las mujeres en la reproducción social en la producción de los insumos vitales para la producción de bienes transables y no transables, principalmente la fuerza laboral.

Las relaciones de género deben ser entendidas como procesos dinámicos e históricos, en los cuales las relaciones son continuamente sujetas a recomposición a partir de las interacciones planeadas o no entre las personas (individuos o colectivos) y las instituciones.

Es importante comprender que la inequidad de género se origina porque las mujeres carecen de derechos independientes, lo que está íntimamente ligado a las formas en las que el cuidado de las personas se articula con los medios de ganarse la vida.


Desde este punto de vista relaciones de género más igualitarias están asociadas a que las mujeres tengan mayor control sobre los recursos (asociado a una nueva articulación de la producción y la reproducción social) y no simplemente con una mayor participación de las mujeres en los mercados de trabajo y de bienes, o siendo objeto de los que diseñan las políticas.

La inversión de los hogares en nutrición, salud y educación de los niños/as tiende a ser una responsabilidad de las mujeres más que de los hombres. Así también hay evidencias significativas en-

tre el gasto de ingresos controlados por los hombres y el gasto de ingresos controlados por las mujeres.

Las mujeres priorizan mucho más el gasto en la nutrición familiar, salud y bienes relacionados a la educación. Mientras los hombres tienden a gastar más parte de su ingreso en consumo de bienes puramente personales como alcohol, cigarrillos entre otros. Lo que refleja que las mujeres tiene una mayor preocupación por sostener las familias y por tanto sus gastos son eminentemente productivos, mientras que no son tan claros en el caso de los hombres. Todo ello tiene un valor económico para la sociedad.

En conclusión, la visión masculina de la economía se refleja en que no se considera la reproducción social como parte del modelo económico y del conjunto de actividades que son fundamentales para el futuro crecimiento de la propia economía.

Mientras eso no ocurra, el objetivo de la igualdad será difícil de alcanzar. 

Sociología del trabajo, género y restauración productiva

Laís Abramo*

A pesar del significativo florecimiento en América Latina de los estudios sociológicos sobre variadas dimensiones de la condición femenina a partir de mediados de los años 70, hay mucho que caminar en el encuentro entre esos estudios y la Sociología del Trabajo. Por encuentro se entiende la efectiva incorporación de la variable género en los estudios sobre el trabajo y la clase trabajadora.

Se puede decir que en una primera etapa, la incorporación de la situación de la mujer, en tanto objetivo sistemático de reflexión e investigación en la Sociología latinoamericana, se hizo básicamente a través de los temas de la pobreza, las estrategias de sobrevivencia, participación política y participación en los movimientos sociales (en especial aquellos vinculados a las comunidades locales, la vivienda, la familia etc.) (Serrano, 1993).

No por casualidad hubo que afirmar que “la clase trabajadora tiene dos sexos” (Souza-Lobo, 1991). Eso fue necesario porque los estudios típicos de la Sociología del Trabajo han clásicamente privilegiado el mundo fabril, especialmente en sectores con mano de obra predominantemente masculina (como la industria automovilística y la metalmecánica en general), así como los espacios predominantemente masculinos del sindicato, de su relación con la acción política más institucionalizada y con los partidos¹. Sólo en un período más reciente, en la vertiente de la Sociología latinoamericana del trabajo que se volcó para el análisis de los procesos de trabajo, el tema de la división sexual del trabajo, y de las formas distintas para hombres y mujeres, de vivenciar las realidades

* Investigadora. ILPES. CEPAL.

1. Esa, evidentemente, no ha sido una limitante solamente de la sociología latinoamericana. El ya clásico artículo de la socióloga francesa Danielle Kergoat, expresivamente titulado “¿Obreros=obreras?” refleja la misma preocupación.

de la fábrica y del sindicato, empezaron a afirmar su pertinencia y a ganar importancia.²

A pesar de ésto se puede decir que la trayectoria ya desarrollada ha sido extremadamente importante en varios sentidos. Un considerable esfuerzo ha sido realizado en el sentido de descubrir a las mujeres (revelar su existencia)) cuando se habla de organización productiva, trabajo, clase trabajadora. O sea, en el sentido de llamar la atención para las distintas realidades y posibilidades vividas por hombres y mujeres en términos de sus oportunidades de inserción en el mercado de trabajo y de la calidad de esa inserción, lo que en la mayoría de los casos, ha significado llamar la atención para “las condiciones —en general— desfavorables del trabajo femenino” (Sarti, 1985).

En la Sociología del Trabajo latinoamericana eso fue posible gracias a una serie de estudios de caso, pero también debido a los esfuerzos realizados por revelar la presencia de las mujeres en la economía y en la sociedad a través de las estadísticas.

Pero la acumulación de estudios (cualitativos y cuantitativos) sobre el empleo y el trabajo de las mujeres y más recientemente la incorporación de la perspectiva de género han significado más que “hablar de mujeres en el trabajo”. Ha significado más que contarlas, descubrir dónde están, qué hacen, dónde se localizan en los procesos productivos. Incorporar la variable género al análisis del trabajo y de la clase trabajadora, ha contribuido a una rediscusión del propio concepto de trabajo y de las múltiples realidades con él relacionadas.

En efecto, pensar algunas de las formas “típicamente femeninas” de inserción en el mercado de trabajo (como el trabajo doméstico y el trabajo a domicilio) ha contribuido innegablemente a la ampliación de la propia noción de trabajo y a una nueva manera de pensar la articulación entre los ámbitos de la producción y la reproducción en las sociedades capitalistas. Pensar desde una pers-

2. Sarti (1985), en un balance sobre la presencia de la mujer en los estudios sobre el trabajo realizados en Brasil a mediados de los años 80, se refiere a una literatura bastante significativa, que abarca cuatro áreas básicas: mercado de trabajo, trabajo rural, familia y trabajo doméstico. Sólo a partir de esa época empezaron a aparecer los estudios sobre la “división sexual del trabajo”.

pectiva de género nociones tan importantes para la Sociología del Trabajo, como la de calificación ayudan a evidenciar de forma poderosa el carácter de construcción social de esa noción, llamando la atención para los mecanismos sociales de definición de un trabajo como "calificado" o no "calificado", más allá de sus características puramente técnicas (Maruani, 1993; Abreu y Sorj, 1994)³

A pesar de lo avanzado hasta ahora, han sido poco numerosas las investigaciones sobre los nuevos paradigmas productivos que han incorporado sistemáticamente la dimensión de género.

El silencio sobre la dimensión de género que marca en general la discusión sobre el "modelo japonés" o el paradigma de la "especialización flexible" ayuda a esconder importantes problemas de esos paradigmas, como por ejemplo, el hecho de que en Japón los empleos vitalicios, calificados y remunerados, en general están referidos a los trabajadores hombres de la gran empresa industrial, estando reservados para las mujeres los empleos menos calificados, inestables y peor remunerados de las empresas que forman parte del sistema de subcontratación, que es parte constitutiva de ese mismo modelo. Así como el hecho que en la otra cara de la enorme dedicación de los trabajadores hombres al empleo en Japón está el confinamiento de la mujer a la esfera doméstica durante el largo período de la reproducción y la educación de los hijos, en una sociedad caracterizada por una división sexual del trabajo extremadamente rígida.

Por otro lado, los estudios sobre la reestructuración y los nuevos paradigmas productivos que han incorporado la dimensión de género, han obligado a un análisis más riguroso de las supuestas potencialidades virtuosas de los nuevos paradigmas productivos. Lo que evidencia que una serie de estudios empíricos realizados en América Latina parece indicarnos que el nuevo modelo de flexibilización para las mujeres pasa por la utilización intensiva de formas de empleo precarias, como contratos de corta duración, empleos a tiempo parcial y/o trabajo a domicilio.

En efecto, según Arriagada (1994) se puede observar que viene ocurriendo un fuerte "componente femenino" en el aumento de las

3. La calificación no es una condición única de la calidad de un trabajo, sino una relación entre determinadas operaciones técnicas y el valor social a ellas atribuido.

ocupaciones precarizadas en América Latina⁴. Entre ellas están las “viejas” ocupaciones precarias (como el trabajo doméstico) y las “nuevas” surgidas en el contexto de la crisis y la reestructuración, tales como nuevas modalidades de trabajo por cuenta propia y a domicilio.

Son muchas las evidencias de que las formas precarias de trabajo están aumentando en el contexto de los procesos de modernización en América Latina (OIT, 1994, 1995, 1996; CEPAL, 1996). Este proceso de deterioro está fuertemente marcado entre otras cosas por la dimensión de género: son las mujeres (así como los negros, los indígenas, los migrantes, etc.), dependiendo de cada situación concreta) las que tienden a sufrirlo más intensamente.

Pero más que constatar esa realidad, es necesario avanzar en la discusión sobre las causas y la naturaleza de esa nueva precarización. En ese sentido una perspectiva de análisis que viene siendo recientemente incorporada por la Sociología del Trabajo latinoamericana y que viene ayudando mucho a entender esos procesos, en particular las nuevas formas de articulación entre lo “atrasado” y lo “moderno”, lo “formal” y lo “informal” que están surgiendo o diseminándose en nuestras economías y mercados de trabajo en el contexto de la reestructuración productiva, ha sido la incorporación del tema de las cadenas productivas.

Las cadenas productivas

La mayoría de los estudios realizados sobre reestructuración productiva y los procesos de cambio tecnológico en una primera fase tendieron a concentrarse en las empresas de punta de los sectores de punta de cada país (Toyota en Japón, Nummi en Estados Unidos, Ford Hermosillo, en México, etc.). De alguna manera ese fue un proceso natural comprensible que respondía a una curiosidad (permeada por temor y fascinación) a una necesidad de entender qué cosa nueva se estaba produciendo.

La continuidad del proceso de exclusión social en la región, la elevación de las tasas de desempleo abierto y de precarización del

4. Por “ocupaciones precarias” la autora entiende aquellas que se caracterizan por su discontinuidad en el tiempo, falta de regulación laboral y seguridad social, bajos niveles salariales (Arriagada, 1994).

trabajo en la mayoría de los países ha obligado a los “sociólogos del proceso del trabajo” a empezar a pensar las realidades más amplias de los mercados de trabajo. Nos ha obligado a empezar a pensar la necesaria articulación entre esos dos ámbitos, articulación ausente en la mayoría de los estudios realizados en América Latina en los años 80.

En los años 70-80 había sido fundamental “lanzar la mirada por detrás de los grises muros de las fábricas” según la expresión de Frederico (1978), para redescubrir a la clase trabajadora más allá de las estructuras que parecían determinar un comportamiento heterónomo, incapaz de cualquier acción colectiva importante en los cuadros de la dictadura; para redescubrir la fábrica como espacio político (Castro y Leite, 1963) y las vivencias de las condiciones de trabajo como espacio fundamental de construcción de sus identidades y subjetividades, para entender la resistencia, la rearticulación de los movimientos de trabajadores y sus nuevas potencialidades. Eso implicó/provocó un viraje temático y conceptual fundamental de la Sociología del Trabajo en la región. De la misma manera que eso fue fundamental; era necesario ahora hacer un movimiento en sentido contrario, o sea, lanzar la mirada hacia fuera de los muros de las (nuevas) fábricas con el objetivo de entender cómo esas dos realidades se articulaban.

El estudio de las cadenas productivas parece ser una de las formas más importantes en el contexto actual, de promover esa articulación. En efecto, en primer lugar, esa perspectiva tiene el mérito de llamar la atención para las configuraciones territoriales productivas.

En segundo lugar, adoptar esa perspectiva permite repensar toda la organización industrial, “recuperar todos los actores del drama productivo” o sea reencontrar los sujetos de la producción, el “nuevo trabajador colectivo”, lo que permite re-sociologizar el análisis y evitar generalizaciones demasiado apresuradas.

En lo que se refiere al tema principal que se está abordando, la incorporación a los análisis de la perspectiva de las cadenas productivas, una vez más evidencia la presencia femenina en los procesos productivos, más que eso contribuye a clarificar el sentido de esa presencia en los actuales proceso de reestructuración producti-

va. Entender, por ejemplo el trabajo a domicilio o el realizado en los pequeños talleres informales, no como esfera separada de la economía y del mercado de trabajo, sino como parte de un eslabonamiento productivo que tiene en la otra punta de la cadena empresas "formales", "modernas" insertas en el mercado internacional, significa sin duda entender de manera más adecuada esas formas de empleo y de trabajo como parte de un proceso de acumulación que articula esos diversos niveles, en otras palabras, como parte de las estrategias de competitividad de muchas empresas "exitosas", "exitosamente" articuladas al mercado internacional. Significa dejar de pensar en las mujeres (así como en los hombres que están sometidos a esas formas precarias de trabajo) como fuerza de trabajo "atípica", marginal, eventual.

La presencia femenina en la industria y en los procesos de modernización tecnológica.

A pesar de la segmentación ocupacional de género que persiste en el mercado de trabajo, no sólo en América Latina, sino en todo el mundo, confinando la gran mayoría de la fuerza de trabajo femenina a las ocupaciones menos valorizadas del sector servicios, su presencia en la industria no es irrelevante. Aquí hay otro terreno importante que no se debe abandonar (o se debe recuperar) en la discusión sobre el trabajo femenino. A fines de los años 70, comienzos de los 80, han tenido mucha fuerza en la región las tesis que identificaban la profundización del proceso de industrialización con una progresiva expulsión de la fuerza de trabajo femenina de los sectores más modernizados de la economía.

Por eso, es fundamental, en la discusión de los nuevos paradigmas productivos, además de descubrir y visibilizar la presencia de las mujeres (y de los indígenas, migrantes, niños, etc.) en los eslabones inferiores de las cadenas productivas, verificar también lo que está ocurriendo con la mujer en el sector industrial, e incluso en las empresas "cabeza" de esos sectores (las formales, las que se modernizan); en particular, examinar hasta qué punto el cambio tecnológico y organizacional allí experimentado les está abriendo mayores posibilidades de empleos y mejores condiciones de trabajo.

Algunas evidencias empíricas de las (pocas) investigaciones realizadas hasta ahora sobre el tema en América Latina, parecen indicar que lo que está ocurriendo, no es solamente un proceso de externalización, de expulsión de la fuerza de trabajo femenina desde la gran empresa hasta los otros eslabones de la cadena. Además de eso, ocurre también un complejo proceso de inclusiones y exclusiones en torno a las nuevas tecnologías al interior de esas mismas empresas. Un proceso de redefinición de formas de trabajo y jerarquías, de competencias y calificaciones, de condiciones de salud y seguridad que contiene, en algunos casos, elementos de mejoría para las mujeres (mayores oportunidades de acceso al empleo, de capacitación y promoción) y, muchos otros, la reproducción de las desigualdades, la discriminación y la segmentación ocupacional anteriormente existente.

Los estudios sobre cultura laboral

Otra vertiente a través de la cual los Estudios de Género, al mismo tiempo en que vienen ganando relevancia, han mostrado su fertilidad en la discusión de los nuevos paradigmas productivos, son las investigaciones que se vienen realizando sobre las culturas laborales.

La consideración de la "cultura laboral", o sea, de las formas a través de las cuales trabajadores y trabajadoras elaboran sus experiencias y vivencias en las situaciones de trabajo, así como configuran y reconfiguran sus identidades con relación a los restantes actores de la producción, es fundamental para entender de manera más profunda el alcance y la naturaleza de esos cambios que se están verificando en las empresas.

En ese sentido los estudios sobre cultura laboral constituyen un aporte fundamental para una visión no determinista y lineal de esos procesos, ayudando a evidenciar, por ejemplo, cómo las trayectorias (o intentos de) "adaptación" de las empresas a cualquier paradigma son mucho más que una simple aplicación de una "receta" gerencial. Al contrario, están marcadas por un complejo proceso de conflictos, resistencias, reelaboraciones, aceptaciones más o menos pasivas, nuevas composiciones de intereses, en fin, por una compleja negociación de sentidos que se desarrolla entre geren-

cias, sectores técnicos y trabajadores, donde estos últimos, muchas veces, desempeñan un papel muy importante y bastante activo. En ese sentido esos estudios evidencian de una vez, que los caminos de la reestructuración productiva y de las nuevas configuraciones del mundo de la empresa y del trabajo no están dados, sino que dependen en gran medida, de la intervención de los actores sociales, de sus experiencias y de las formas a través de las cuales elaboran, reelaboran y expresan sus subjetividades.

Esos estudios también han enfatizado fuertemente la variable género, en general en combinación con variables étnicas y nacionales para explicar las diferentes formas de vivenciar las situaciones de trabajo, en particular de aceptación/no aceptación, resistencia/conflicto/involucramiento a los nuevos modelos organizacionales y, en especial, a las nuevas ideologías gerenciales.

Esos estudios, tienen además el mérito de volver a poner en el centro de la discusión el tema de la subjetividad obrera, reafirmando la importancia del accionar de los sujetos como elemento importante en la configuración de los nuevos modelos de empresa y de trabajo, al mismo tiempo en que llaman la atención para su diversidad.

Bibliografía

- 1- Abramo L. *Reconversión productiva, cambio tecnológico y empleo femenino en América Latina* en Repercusiones de la reconversión productiva y del cambio tecnológico sobre el empleo y las condiciones de trabajo de la mujer. Santiago, OIT, 1993.
- 2- Abramo, L. *La inserción de la mujer en los nuevos paradigmas productivos en Valenzuela, M.E* (ed.) Igualdad de oportunidades para la mujer en el trabajo, 1996.
- 3- Abramo, L. *Um olhar de gênero: visibilizando precarizações ao longo das cadeias produtivas*. Presentado al II Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Aguas de Lindóia, SP, Brasil, diciembre de 1996.
- 4- Abramo, L. y Montero, C. *La Sociología del trabajo en América Latina: paradigmas teóricos y productivos*. Revista latinoamericana de Estudios del Trabajo No. 1. México, 1995.
- 5- Abramo, L y Armijo, M. *¿Cambio tecnológico en la empresa: igualdad de oportunidades para la mujer?* En Agacino, R y Echeverría, M (org.) Flexibilidad y condiciones de trabajo precarias. Santiago. PET, 1995.
- 6- Abreu, A.R.P. *Mudança tecnológica e gênero no Brasil: primeiras reflexões* en Novos Estudos CEBRAP, No 35, marzo. Sao Paulo. 1993.
- 7- Idem y Sorj, B. *Sub-contratação e trabalho a domicilio: a influência do gênero*. Hucitec - CEDI-NETS, 1994.

- 8- Idem. *Trabajo a domicilio y relaciones de género: las costureras externas de Rio de Janeiro*. Río de Janeiro. Ed. Rio Fundo. 1993.
- 9- Arango, L.G. *Mujer, religión e industria*. Medellín, Ed. Universidad de Antioquía. Colombia. 1991.
- 10- Arriagada, I. *Transformaciones del trabajo femenino urbano*. Revista de la CEPAL No. 53, Santiago.
- 11- Benería, L y Roldán, M. The crossroads of class and gender industrial homework, subcontracting and households dynamics. A case study in México City. The University of Chicago Press. 1987.
- 12- Castillo, J. y Santos M. *La calificación del trabajo y los distritos industriales en Economía y Sociología del Trabajo* No.21/22. Madrid. Ministerio del Trabajo. 1993.
- 13- Hirata, H. *Automação micro-eletrônica: o caso da industria de vidro no Brasil*. DIEESE-FINEP. Sao Paulo. 1989
- 14- Idem. *Sobre o "modelo" japonés*. Sao Paulo, EDUSP-Alianza cultural Brasil-Japón. 1993
- 15- Idem, Husson, M y Roldán M. *Reestructuraciones productivas y cambios en la división sexual del trabajo y el empleo*. En Sociología del Trabajo, No. 24, primavera de 1995. Madrid, Siglo XX, España. 1995.
- 16- Hola, E y Todaro, R. *Los mecanismos del poder (hombres y mujeres en la empresa moderna)*. Buenos Aires, grupo editor Latinoamericano. 1992.
- 17- Humphrey, J. *Gender and work in the Third World (sexual divisions in brazilian industry)*. Londres. 1987.
- 18- Jenson, J. *The talents of women, the skill of men: flexible specialization and women*, en Wood, Londres, Unwin Hyman. 1989.
- 19- Kergoat, D. *¿Obreros igual a obreras?* en Crítica de la Economía Política, No. 14/15. México, Ed. Latinoamericana. 1985.
- 20- Maruani, M. *La calificación, una construcción social asexualada*. Economía y Sociología del Trabajo. No. 21/22 Madrid, Ministerio del Trabajo y Seguridad Social. 1993.
- 21- Sarti, C. *"Trabalho femenino: de olho na literatura"* Literatura Económica, febrero, 1985.
- 22- Serrano, C. *La investigación sobre la mujer en América Latina (Estudios del género y desafíos de la sociedad)* CLACSO/INSTRAW/UNESCO/CIPAF. 1993.
- 23- Souza-Lobo, E., *"O trabalho como linguagem: o gênero do trabalho"* in Costa, A. O. E Brschini, C. *Uma questao de gênero*. (Sao Paulo, Editora Rosa dos Ventos). 1993.
- 24- Idem. *A classe operaria tem dois sexos*. Sao Paulo, Brasil. 1991. □

Las relaciones de género y sus efectos en las mujeres durante períodos de ajuste estructural

Irma Arriagada*

Las relaciones de género están fuertemente afectadas por las acciones emprendidas por el Estado y el mercado, en juego permanente con los diversos dinamismos de los substratos culturales existentes. Estas instituciones crean las bases materiales que organizan la vida cotidiana de las personas. En la región, la reducción de las regulaciones y el mayor papel del mercado en la asignación de recursos están afectando marcadamente el funcionamiento del mercado de trabajo y de las relaciones laborales y la orientación de las políticas de empleo, salarios y seguridad social.

El presente trabajo sistematiza a través de tabulados especiales de las encuestas de hogares la información relativa al trabajo femenino urbano en los años noventa para América Latina. Busca elaborar un diagnóstico actualizado de la situación laboral femenina y los principales cambios observados en ella, entre los años ochenta y noventa, con el fin de aportar en la formulación de políticas dirigidas a la mujer.

La información estadística presentada se basa en las encuestas de hogares de trece países de la región realizadas en 1980, 1990 y 1994 que corresponden a la población mayoritaria de América Latina. Estas encuestas han sido procesadas y estandarizadas por la División de Estadística y Proyecciones Económicas del CEPAL. Como la mayoría de las encuestas no tenían cobertura nacional, para hacerlas comparables entre sí, se han considerado las áreas urbanas de los países. Por la misma razón la población económicamente activa considerada es de 15 años y más.

El análisis de esta información sugiere diversas líneas de política respecto del mercado de trabajo, el sistema educacional, la familia y la sociedad. Se trata no sólo mejorar la condición de las

mujeres que trabajan sino lograr un uso más eficiente de los recursos humanos femeninos. Este aspecto es central en un nuevo escenario regional, en el cual el cambio técnico, la innovación y el valor agregado intelectual marcarán cada vez más el mercado laboral.

Los principales cambios derivados de la crisis y las políticas de ajuste se manifestaron en los ámbitos doméstico y productivo y en forma diferencial para hombres y mujeres (Arriagada, 1988). En el sector productivo aumentaron la participación de las mujeres en el mercado de trabajo y el número de horas que ellas destinaban al trabajo remunerado. Pese a la crisis —o más precisamente a causa de ella— más mujeres se incorporan al mercado de trabajo (con comportamientos anticíclicos). La tasa de participación femenina se elevó y aumentó también el desempleo femenino, especialmente entre las más jóvenes. Por lo demás, como gran parte de la mano de obra femenina se ocupa en los sectores no estructurados y de baja productividad, no sólo se ve afectada por las acciones dirigidas específicamente a las trabajadoras, sino también por las medidas dirigidas a los sectores en que se inserta.

La necesidad de subsistencia de los sectores populares tuvo diversos efectos al interior de la familia, de modo que la necesidad de reproducción de la unidad familiar reforzó la interdependencia entre sus miembros, en tanto que la estructura familiar sufrió modificaciones de cierta complejidad, que no mostraron tendencias claras, ya que en ciertos casos la familia se contrajo y en otros se expandió con “allegados” que contribuyeron a la subsistencia del núcleo familiar.

Otro de los efectos más evidente de la crisis fue el creciente desempleo de la población en general, de la femenina en particular y más precisamente de la población femenina joven. Aunque el desempleo femenino en la región es una tendencia estructural, los efectos de la crisis lo acentuaron mucho más fuertemente. El mayor desempleo femenino en América Latina obedece a diversos factores estructurales como insuficiencia del dinamismo económico para absorber la creciente mano de obra disponible —acentuado con la crisis—; dificultades de inserción de las mujeres por la segmentación ocupacional del mercado de trabajo, que limita el

número de ocupaciones a las que pueden optar; la percepción generalizada entre los empleadores que el trabajo femenino tiene mayores interrupciones debidas al embarazo y crianza y también la falsa idea que el aporte de las mujeres no es central para los ingresos familiares.

En cuanto a los efectos de la crisis sobre el trabajo doméstico no remunerado, estudios realizados en diversos países de la región indican que el trabajo femenino aumentó para suplir la ausencia o baja de los ingresos familiares, y para enfrentar el aumento de los precios de los alimentos y artículos de primera necesidad y la reducción de los presupuestos de los servicios sociales, que se tradujo en un deterioro de los servicios de salud, educación y vivienda. Un estudio mundial basado en la información de 17 países —entre ellos Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Jamaica, México y Perú— mostró que la aplicación de políticas de ajuste estructural ha provocado un deterioro notable en la relación varones/mujeres en todos los niveles de enseñanza, y especialmente en la enseñanza media, sobre todo en perjuicio de niñas pertenecientes a familias rurales y urbanas marginales; también da cuenta, sobre la base de algunos estudios de casos, un aumento de la prevalencia de la desnutrición más alta en el caso de las muchachas que de los muchachos (Naciones Unidas, 1989).

Un aspecto poco analizado son los cambios de fronteras entre los ámbitos de acción del Estado, la sociedad civil y de las familias que la crisis ha puesto de relieve en las sociedades latinoamericanas. Durante largos años se tendió a traspasar funciones del ámbito privado al público: un ejemplo claro es el de la atención de los niños menores, que tiende a pasar de las madres a una educadora de párvulos en el centro infantil. Sin embargo, con la crisis muchas actividades desarrolladas en el ámbito público pasan a “privatizarse”: es decir, al restringirse los presupuestos en los sectores de salud y educación entre otros, las responsabilidades retornaron a las familias y, por tanto, a las mujeres. Siguiendo con el mismo ejemplo, la caída de los ingresos familiares y la falta de disponibilidad crónica de recursos públicos para la atención preescolar gratuita, obligó a las familias, y especialmente a las madres, a hacerse cargo nuevamente de los niños pequeños o a buscar soluciones

para el cuidado infantil. Junto con los grandes cambios en los indicadores macroeconómicos, además de los impactos de la crisis y el ajuste estructural, las tendencias estructurales han modificado la vida de las mujeres latinoamericanas por el aumento en la esperanza de vida, el mayor nivel de educación alcanzado, la tendencia a tener menos hijos. Estos aspectos han influido en su participación laboral. Así, entre 1970 y 1995 la esperanza de vida de las mujeres aumentó en 8 años, su tasa global de fecundidad pasó de 5.0 a 3.1 y su vida económicamente activa se alargó en algo más de 9 años (CELADE, 1989, 1991, 1993 y 1996). A la vez, muchas mujeres migraron a las ciudades en busca de trabajo remunerado, sumándose así a una población urbana que pasó del 58% al 74% de la población total entre 1970 y 1995 (CELADE, 1991 y 1996).

Si bien estos datos indican un proceso de cambio importante de los últimos veinte años no expresan la magnitud y la calidad de los cambios a los que las mujeres han estado expuestas. Tal vez habría que plantearse para la región —al igual que se hace para España (Garrido, 1992)— la coexistencia de dos biografías sociales, con mundos muy dispares: de la población que tiene más de 50 años y el de la población menor de esa edad. La distancia que media entre dos generaciones de mujeres —las madres e hijas— aparece muy amplia con sólo examinar dos indicadores: el nivel de instrucción y la participación laboral.

Entre los fenómenos nuevos más notorios en las sociedades latinoamericanas está la presencia creciente de las mujeres en el mercado de trabajo. Esta tendencia es especialmente marcada entre las mujeres jóvenes, cuyas tasas de participación y también de desempleo son de las más altas. Por su parte, la participación de mujeres de edades intermedias aumentó apreciablemente durante el período 1980-1994. Sin embargo, pese al aumento generalizado de la participación femenina en todos los casos (excepto en áreas urbanas de Honduras) y la disminución o mantención de la participación masculina la brecha entre los sexos sigue siendo amplia. La información proveniente de las encuestas de hogares (Véase Cuadro 1 en Anexos) muestra que en 1994 las tasas de actividad femenina en las áreas urbanas fluctúan entre 37% en México y

55% en Paraguay, en tanto que las tasas de actividad masculina se mueven entre 74% (Bolivia, Chile, Uruguay) y 85% en Paraguay.

La información para las áreas urbanas muestra que las mayores tasas de actividad femenina se encuentran en las edades centrales de 20 a 54 años. En el grupo de mujeres de 25 a 34 años (con mayor proporción de activas) en 1994 las tasas de participación fluctuaban entre 48% la más baja en México y 74% la más alta en Uruguay. Las mujeres sobre los 55 años, específicamente las mujeres entre 60 y 64 años —que arrastran una tendencia histórica de no participación—, y las muy jóvenes, menores de 20 años, que aún permanecen en el sistema educacional y que tienen dificultades para encontrar empleos, son las que muestran los niveles más bajos de participación laboral. Es decir, más que establecer una relación directa entre participación y edad, se debe distinguir entre la actividad de dos generaciones de mujeres

El sentido común y algunos estudios referidos a otras regiones o al decenio anterior de la región, han sustentado diversas aseveraciones que, según la información recogida en las áreas urbanas de la de América Latina para los años noventa, hoy no son más que *mitos*, es decir, creencias que, sin tener base en la realidad, sirven de substrato para la construcción de prejuicios. Estos mitos han surgido producto de dos desfases: un desfase temporal entre el conocimiento de la realidad y los cambios en esa realidad y un desfase de contexto, que resulta de aplicar a un contexto una constatación empírica hecha en otro. A continuación se examinan algunos de ellos.

Mito 1: La participación femenina tiene forma de U invertida.

Una creencia muy común —basada en experiencias del mundo desarrollado— apunta a que la participación de las mujeres tiene forma de U, con dos momentos en que aumenta al máximo: la participación es mayor antes del nacimiento del primer hijo y cuando el hijo menor empieza la escuela ¹. Un análisis de la participación femenina

1. Véase al respecto las curvas estilizadas para países industrializados y para América Latina elaboradas por Psacharopoulos y Tzannatos 1992 en *pág.17*.

por grupos de edades que permite aproximarse —a través de cohortes de edad— a la evolución laboral de distintos grupos de mujeres, muestra que para 1994 en 13 áreas urbanas de América Latina la participación femenina ha aumentado sostenidamente entre los 15 y los 54 años y ha bajado fuertemente en los grupos de edad mayores, es decir las mujeres urbanas que entran al mercado laboral no se retiran cuando tienen hijos y se mantienen económicamente activas durante todo el período de mayor trabajo reproductivo. Esta tendencia se acentuó entre los años 89.

Mito 2: El trabajo femenino es secundario

Según otro mito muy generalizado el trabajo femenino es un trabajo “secundario”, está sujeto a los vaivenes cíclicos de la economía y sólo se acude a él en épocas de crisis, para complementar el presupuesto familiar.

Desde los años ochenta el porcentaje de hogares encabezados por mujeres que constituyen el único aporte del hogar alcanzaba magnitudes importantes: entre un cuarto y un tercio de los hogares². Más aún, alrededor de 30% del ingreso de los hogares en que ambos miembros de la pareja tienen trabajo remunerado son aportados por la mujer, aporte significativo y creciente que resulta decisivo para sacar a numerosas familias de la pobreza (CEPAL, 1997). Habría que agregar que existen además hogares —no detectados en los censos de población, ni en las encuestas de hogares por la definición de jefatura utilizada— donde el aporte de la mujer es igual o superior al del hombre.

Del otro lado, en los países en que el proceso de estabilización se empieza a marcar más fuertemente, donde las condiciones de empleo han mejorado para los hombres, no se aprecia un retiro de

2. El 1980 el porcentaje de hogares encabezados por mujeres era el siguiente: Antillas Neerlandesas 30%, Barbados 44%, Cuba 26%, Chile 22%, Dominica 38%, El Salvador 22%, Granada 45%, Guadalupe 34%, Guyana 24%, Honduras 22%, Jamaica 34%, Martinica 35%, Panamá 22%, Perú 23%, San Vicente y las Granadinas 42%, Santa Lucía 39%, St. Kitts y Nevis 46%, Trinidad y Tobago 25%, Uruguay 21% y Venezuela 22%. (Naciones Unidas, 1991). Para 1994 la información de las encuestas de hogares para las zonas urbanas arroja los siguientes valores: Argentina 24%, Bolivia 18%, Brasil 22%, Colombia 24%, Costa Rica 24%, Chile 22%, Honduras 25%, México 17%, Panamá 25%, Paraguay 25%, Uruguay 27%, Venezuela 25% (CEPAL, 1997).

las mujeres del mercado de trabajo, lo que ocurriría en el caso que las mujeres fuesen efectivamente mano de obra “secundaria”.

Mito 3: Las mujeres reciben menos ingresos porque tienen menor nivel de instrucción.

Está extendida la creencia de que las mujeres ganan menos que los hombres porque su nivel de instrucción o experiencia es menor. Algunos estudios de tipo cualitativo que analizan las trayectorias laborales muestran que hombres y mujeres con niveles de calificación similares parten de niveles de ingresos semejantes; con el desarrollo profesional esas trayectorias tienden a distanciarse, ya que los hombres rápidamente escalan posiciones de mayores ingresos, prestigio y poder, en tanto que las mujeres se mantienen en los mismos puestos.

Entre 1980 y 1994 la disparidad de ingresos entre hombres y mujeres tendió a mejorar en 5 países y empeoró en uno (Costa Rica), sin embargo, entre 1990 y 1994 la situación empeoró en la mitad de los países (Bolivia, Brasil, Costa Rica, México, Panamá y Venezuela). Si se introduce la variable educación la situación cambia, en el nivel de menor instrucción (menos de 3 años de instrucción) la relación mejoró en 10 de 12 casos, sin embargo, en el nivel de mayor instrucción (sobre los 13 años) la distancia entre salarios femeninos y masculinos vuelve a aumentar, en las áreas urbanas de Brasil, Colombia, México, Panamá y Venezuela. De esta forma, al comparar la información de 1980 con la de 1994 la mayor diferencia de ingresos se produce en los niveles de instrucción más altos. (Véase Cuadro 2 en Anexos)³

Asombra comprobar que aún cuando las mujeres con elevados niveles de instrucción reciben salarios muy por debajo de los masculinos, la participación laboral femenina se mantiene casi en magnitudes similares a la de los hombres cuando tienen más de 13 años de instrucción. Este hallazgo plantea dudas en relación con los análisis neoclásicos de costo-beneficio como determinantes en la “opción” de trabajar de las mujeres. En este sentido sería muy interesante el estudio del comportamiento laboral femenino distinguiendo por grupos socioeconómicos y características de los

3. Véase también la sección relativa a los ingresos.

hogares, ya que sólo en los grupos de mayores ingresos las mujeres pueden plantearse el trabajo como opción.

Mito 4: La mayoría de las mujeres latinoamericanas son dueñas de casa y tienen muchos hijos

En el imaginario de la región está el mito que la mayoría de las mujeres latinoamericanas son dueñas de casa y como tiene muchos hijos a su cargo, no puede trabajar fuera de su hogar. La información proveniente de las encuestas de hogares de la región de los años noventa permite mostrar un panorama bastante distinto. En primer lugar, las mujeres que son dueñas de casa presentan magnitudes muy variables para 12 ciudades y áreas urbanas de la región. La actividad de dueña de casa constituye el 17% de la actividad de las mujeres (en Montevideo) hasta 46% (en México y Venezuela) en 1994⁴. Sólo a partir de los 45 años las mujeres se declaran mayoritariamente dueñas de casa. Además tal como se indicó la tasa de fecundidad (para áreas urbanas y rurales) ha disminuido en la región y la estimación de la fecundidad para el quinquenio 1990/95 alcanzaba a 3.1 (CELADE, 1993). La caída de la fecundidad urbana es mayor si consideramos que esta estimación incluye al conjunto de países de la región y por tanto a las áreas rurales donde las tasas de fecundidad son mucho mayores.

Mito 5: Las mujeres latinoamericanas que trabajan tienen empleada doméstica

Un mito complementario del anterior indica que la creciente participación laboral femenina fue permitida por la existencia de trabajadoras del hogar. Si bien en comparación con regiones desarrolladas, la proporción de mujeres latinoamericanas que son trabajadoras del hogar es mucho mayor —entre un décimo y un cuarto del total de la ocupación femenina según el país—, la proporción de las mujeres que trabajan es mucho mayor aún. Además, también cuentan con trabajadoras del hogar muchas dueñas de casa que no laboran fuera de la casa. Por último, la magnitud de muje-

4. Las magnitudes para las áreas urbanas son las siguientes: Argentina 32%; Bolivia 27%; Colombia 37%; Costa Rica 40%; Chile 40%; Honduras 41%; México 46%; Panamá 35%; Paraguay 30%; Uruguay 17% y Venezuela 46%.

res ocupadas como trabajadoras del hogar está decreciendo en tanto aumenta la participación de las mujeres especialmente casadas y con hijos en el mercado de trabajo. De esta forma, si bien hay una proporción de hogares de mujeres que trabajan fuera del hogar y que cuentan con trabajadoras del hogar para atender a la familia, cada vez hay más mujeres que deben realizar dos jornadas de trabajo.

Mito 6: Los empresarios contratan menos mujeres porque sus costos laborales son mayores

El nivel de costos laborales relativos por sexo no es el factor determinante de la presencia o ausencia de mano de obra femenina en las distintas categorías ocupacionales, dado que, entre otros factores, los niveles de ingresos percibidos por las trabajadoras son muy inferiores a los de los hombres. Tanto la segregación del trabajo para la familia y para el mercado de trabajo, como la asignación de tareas y ocupaciones por género constituyen una explicación más potente para la discriminación laboral femenina.

En suma, la información estadística para los años noventa revela que la mayoría de las mujeres latinoamericanas participan en el mercado de trabajo, especialmente en las edades centrales de 20 a 45 años, con niveles educativos altos y con ingresos muy por debajo de los masculinos cualquiera sea el nivel de instrucción considerado. Muestra además que la velocidad de los cambios ocurridos en el mercado laboral femenino urbano destruyen algunos mitos acerca del trabajo femenino.

Se ha planteado que el salto de las mujeres de la casa a la calle significa el paso de una lógica familiar doméstica a la adquisición de una nueva lógica mercantil. Pero lo más interesante es que las mujeres también llegan al mundo del trabajo portando criterios del mundo privado, y valores tales como los afectivos, que se manifestarán por el grado de satisfacción laboral que les proporcione el trato y el reconocimiento que reciban.

Algunos elementos derivados de los análisis cualitativos realizados en las empresas muestran que al incorporarse las mujeres en sitios de trabajo masculinos, hay un cambio en el lenguaje de los

trabajadores, si bien en el proceso de modernización se mantiene la "cultura" de la empresa, donde sólo se cambian las formas de reproducción de la discriminación hacia la mujer. Tan fuerte es el sello masculino, que si la mujer que ingresa a la empresa desea ser escuchada y comprendida, debe realizar un esfuerzo especial para expresarse en un lenguaje que concuerde con el modelo vigente en ese espacio social y no con su propia manera de pensar y sentir. Actualmente, en las empresas modernas se está planteando el rescate y una nueva valoración de elementos "femeninos", que apuntan a una organización empresarial más eficiente —como capacidad de negociación de las mujeres, mejor relación con las personas, mayor compromiso y cumplimiento de sus tareas, etc.— elementos que en otro contexto han servido como base para la exclusión de las mujeres de ciertos puestos dentro de la empresa.

En la región las diferencias de ingresos entre hombres y mujeres confirman la existencia de discriminación salarial en contra de la mujer. En ningún país se paga una remuneración equivalente a hombres y mujeres del mismo nivel de instrucción. Los ingresos de las mujeres jóvenes o adultas son habitualmente menores que los de los hombres, cualquiera sea el nivel educacional que se considere, y la discriminación se presenta en todos los grupos ocupacionales. La desventaja relativa de los ingresos por hora de las mujeres adultas con respecto de los hombres equivale a alrededor de cuatro años de educación formal (CEPAL, 1993). Si se analiza lo ocurrido entre los años ochenta y noventa, los datos estadísticos muestran que en los cinco casos para los cuales se cuenta información, la diferencia de salarios entre hombres y mujeres para los niveles de instrucción más bajos mejoró entre 1980 y 1995, en tanto que en los niveles de instrucción más altos la disparidad aumentó en dos casos y disminuyó en tres (Véase nuevamente cuadro 2). Una explicación factible de la menor diferencia de salarios en los niveles de instrucción más bajos es que los salarios percibidos por las mujeres en esos niveles de instrucción llegaron a una plataforma mínima que hace imposible disminuirlos más.

Una investigación publicada por el Banco Mundial concluye, sobre la base de la información de 15 países de la región para los años 1950 a 1985, que sólo un 20% de los diferenciales de ingreso

entre hombres y mujeres puede ser explicado por diferencias de capital humano entre hombres y mujeres, y el resto se explica por factores de discriminación.

La información disponible para 13 áreas urbanas de la región indica un proceso de creciente terciarización, ya que las mujeres continúan concentrándose mayoritariamente en el sector servicios. Entre 1980 y 1995 sólo la rama de servicios sociales, personales y comunales absorbió entre 20% y 46 % de la mano de obra femenina (Véase Cuadro 4). Las ocupaciones que concentran mayor cantidad de mujeres son las de profesionales y técnicas, vendedoras, y trabajadoras del hogar.

Los efectos estudiados en algunos países de la región muestran que ha habido un aumento de la participación femenina en la banca, los seguros y las finanzas, donde se ha producido un importante cambio tecnológico. Sin embargo, este proceso de incorporación femenina en ocupaciones “modernas” y de altos niveles de sofisticación tecnológica no ha significado una disminución de la segmentación ocupacional. Al parecer, las ocupaciones modernas a las que se desplazan las mujeres son prontamente redefinidas como “femeninas”, por lo que aun cuando su ejecución signifique el uso de complejas tecnologías, los ingresos percibidos son inferiores a los de los hombres en las mismas ramas de producción.

Durante la crisis de comienzo de los años ochenta el crecimiento del sector informal constituye la principal variable de ajuste del mercado laboral latinoamericano en los primeros años de los ochenta. El aumento del desempleo y de la informalidad fue acompañado con fuertes descensos de los ingresos laborales y una rápida precarización del empleo; se incrementó el empleo temporario y de tiempo parcial, al mismo tiempo que bajó la calidad del mismo.

Una de las tendencias ya señaladas para la región es el aumento del empleo no asalariado. La crisis y el nuevo patrón de reconversión productiva han provocado un aumento de ocupaciones —con altos componentes femeninos— que se pueden definir como precarias en términos de la discontinuidad en el tiempo, la falta de regulación del trabajo (ausencia de contratos); los salarios (no se respeta el salario mínimo); los horarios; la seguridad social y la higiene. Entre ellas, cabe señalar viejas ocupaciones pre-ca-

rias, como el trabajo doméstico, y nuevas modalidades que asume el trabajo a domicilio, por cuenta propia y el trabajo en microempresas, que en algunos casos asume además el carácter de trabajo clandestino.

Se debe analizar la situación de las trabajadoras en algunos tipos de ocupaciones —nuevas y tradicionales— con altos componentes femeninos cuya principal característica es la precariedad. Esto incluye a las trabajadoras del hogar (sobre las que se tiene mayor información); las trabajadoras a domicilio y las trabajadoras por cuenta propia (sobre las cuales hay menos información y la que hay es más parcializada). Dicha clasificación no es excluyente, puesto que en términos generales todas pueden incluirse en el sector informal— con la excepción del trabajo doméstico. Sin embargo, las trabajadoras de algunas de estas ocupaciones no pertenecen al sector informal como es el caso de algunos sectores de las trabajadoras por cuenta propia o a domicilio, ya sea por la magnitud de los ingresos generados o por el grado de especialización y calificación de las tareas que realizan.

a. Las trabajadoras del hogar.

Según las Naciones Unidas, si el trabajo doméstico se contabilizara contribuiría hasta a un 40% del producto nacional bruto de los países industrializados. A pesar de los grandes avances tecnológicos realizados para aliviar el trabajo doméstico, en los países industrializados las mujeres trabajan en promedio 56 horas a la semana en el hogar (Naciones Unidas, 1991).

En lo que respecta al trabajo del hogar remunerado o servicio doméstico, especialmente del que se efectúa con residencia en el hogar, se han señalado las siguientes características: unión de lugar de trabajo y vivienda en el caso de las trabajadoras residentes; relaciones laborales que se aproximan a las de servidumbre y que mezclan lo laboral con lo afectivo y lo personal; y la elasticidad de la oferta en el caso de las trabajadoras no residentes (CEPAL, 1990). El servicio doméstico es un empleo de llegada puesto que las posibilidades de ascenso sólo están dadas por un cambio de empleo y en contados casos por el paso de trabajadora residente por el trabajo a no residente. Por el carácter aislado del empleo doméstico, las

trabajadoras están fuera del circuito donde se presentan las oportunidades de empleo (Montero, 1992).

Hacia los ochenta el trabajo doméstico era una de las más importantes ocupaciones en términos de absorción de mano de obra femenina. Para 1995, en cambio, las mujeres ocupadas en el trabajo doméstico remunerado en las áreas urbanas de 13 países de la región alcanzan magnitudes entre 9% (Venezuela) y 24% (Paraguay) del total del empleo femenino.

Pese a que puede haber un subregistro de la captación de empleadas domésticas puesto que es un trabajo desvalorizado y de bajo prestigio, las cifras indican que esta ocupación es aún muy importante para las mujeres como puerta de entrada al mercado de trabajo.

Según algunos tabulados especiales de las encuestas de hogares para los años 1995, la mayoría de las mujeres trabajadoras del hogar son jóvenes, solteras, tienen niveles bajos de educación y trabajan como residentes. Sin embargo, se observa una tendencia hacia el desplazamiento hacia el trabajo no residente, situación que se produce con mayor frecuencia en los países con nivel de desarrollo mayor. Al mismo tiempo, hay notables diferencias entre países y según la modalidad de trabajo escogida: con o sin residencia en el hogar del empleador. Las trabajadoras residentes son, en una inmensa mayoría solteras, tienen alrededor de 30 años y un nivel de instrucción promedio de 4 a 7 años de instrucción, los ingresos que percibían fluctuaban entre 24% (Panamá) y 61% (Uruguay) de los ingresos medios. Las trabajadoras no residentes presentan un nivel similar de instrucción (4 a 7 años de instrucción promedio), ingresos medios más bajos que las puertas adentro (fluctúan entre 22% (Honduras) y 47% (Argentina) de los ingresos medios, tienen más edad y en su mayoría están casadas o en uniones consensuales (Véase Cuadro 5).

Uno de los problemas más serios que enfrenta el sector de las trabajadoras del hogar es el aislamiento en el que trabajan, lo que dificulta la organización y la lucha corporativa para mejorar sus condiciones de trabajo y sus ingresos. La situación de las trabajadoras del hogar está obstaculizada además, porque no están protegidas por la legislación ordinaria que rige para los trabajadores,

bajo el pretexto que no tienen un lugar común de trabajo, no producen un producto tangible y son pagadas en parte con comida y vivienda.

b. Las trabajadoras a domicilio

La existencia del trabajo a domicilio emana de la búsqueda de procesos de producción más baratos, sobre todo para aquellas tareas con uso intensivo de mano de obra. El trabajo domiciliario contribuye a aumentar la flexibilidad de la oferta de la mano de obra frente a una demanda sin reglamentación de horarios ni de duración del período trabajado (Benería y Roldán, 1992). Este trabajo no requiere el uso de herramientas o máquinas, pues más bien hace uso intensivo de la mano de obra; exige muy poca inversión en capital y puede efectuarse con facilidad en el hogar.

El trabajo domiciliario responde a una estrategia de producción flexible moderna que tiende a una mayor acumulación para el capital y a una estrategia de generación de ingresos para los trabajadores (Benería y Roldán, 1992). Es una alternativa posible al trabajo cumplido en forma regular para personas con responsabilidades familiares (el caso mayoritario de las mujeres que trabajan en esta modalidad), con una incapacidad física o, simplemente, con necesidad de independencia. Cuando el índice de desempleo aumenta constituye también un medio de obtener ingresos para quienes no pueden encontrar un trabajo fijo. Las mujeres que trabajan a domicilio representan la mano de obra más barata, que en una coyuntura de crisis y ajuste permite resolver el dilema de elevar los ingresos familiares junto con intensificar el trabajo doméstico. Las actividades en las que se concentra el trabajo domiciliario son tradicionales: confección, textil, cuero, calzado, tabaco y otras.

Una de las conclusiones generales a las que se llega por medio de un análisis comparado del trabajo a domicilio en países desarrollados y en desarrollo, es que en las distintas legislaciones nacionales esta actividad aparece como "regulada" por un amplio cuerpo normativo. El problema fundamental sería entonces, la escasa aplicación de esa normativa. Así, "... el trabajo a domicilio aparece como un fenómeno disperso, aislado y falto de control; a decir verdad si

hay un apelativo que pueda definir globalmente este fenómeno, es sin duda el de precario” (Vega, 1992 p.19).

c. Las trabajadoras por cuenta propia

El sector de trabajadoras por cuenta propia es una categoría que presenta gran diversidad en censos y encuestas de hogares por cuanto puede incluir desde la profesional independiente (médica o dentista) hasta la vendedora ambulante cuyo trabajo puede ser incluso semi-clandestino. Lo que distingue al empleo por cuenta propia del empleo asalariado es la forma de remuneración, que no proviene de un empleador sino que es producto de la propia gestión de una empresa o del ejercicio independiente de una profesión u oficio. Indudablemente, la precariedad de esta categoría está dada — para las mujeres que no son profesionales independientes— por la ausencia de seguridad social, vacaciones, licencias por maternidad o por enfermedad y otros beneficios a los que acceden las asalariadas. La información de las encuestas de hogares permite mostrar el aumento de la categoría ocupacional de trabajadores por cuenta propia entre los años 1980 y 1995.

Tanto hombres como mujeres aumentaron su participación en esta modalidad laboral en todos los países de la región. Sin embargo, se observa que las mujeres se ocupan como trabajadoras por cuenta propia en mayor proporción en aquellos países con fuertes contingentes indígenas: Bolivia, Guatemala, Honduras y Paraguay.

A tenor de los cambios ocurridos se ha modificado la composición del mercado de trabajo, y sus efectos en la participación laboral femenina se han hecho sentir fuertemente. Entre ellos el más notorio ha sido la llamada “feminización de la fuerza de trabajo” o “revolución silenciosa”. Fenómeno que viene registrándose desde los años sesenta hasta el decenio pasado y aun cuando su ritmo se haya desacelerado en los últimos años, sigue en aumento.

No obstante que el incremento de la participación femenina tiende a acercarla a la participación masculina, las pautas de participación por género son diferentes y la brecha sigue siendo amplia. Desde el lado de la oferta de mano de obra, hay variaciones según la edad y el estado civil —las que tienden a disminuir— y la instrucción de las mujeres.

El análisis indica que para comprender a fondo los procesos de cambio en los países, es preciso conocer el contexto donde se produjo la crisis y se aplicaron las políticas de ajuste, pues éste cobra gran importancia al momento de entender las diferencias en las respuestas del mercado de trabajo y de los actores sociales, hombres y mujeres. Por último, del examen de las características que asume el empleo femenino, se puede concluir que la creciente participación laboral femenina no puede considerarse como la única dimensión clave, en la actualidad, otras facetas del trabajo femenino adquieren importancia al evaluar la situación laboral femenina, tales como las condiciones laborales, la ampliación de opciones laborales y la ruptura de la segmentación ocupacional, en suma, la calidad del trabajo al que acceden las mujeres.

Un desafío que queda pendiente es el de dilucidar la relación recíproca entre las dimensiones de la participación económica y los efectos que pueden manifestarse en los otros ámbitos, como el familiar, social, político y cultural. Se sabe que la evolución de estas dimensiones tiene un ritmo desigual, pero también se sabe que su interrelación es tal que necesariamente al producirse cambios en una dimensión las otras se verán necesariamente afectadas; la magnitud y la dirección de estos cambios es lo que debe analizarse. En esta misma línea, se plantea una interrogante: la participación laboral femenina que es un requisito mínimo para la autonomía de las mujeres ¿se traduce en autonomía en otros planos, o en un aumento en sus responsabilidades y en una sobrecarga de trabajo? Ver cuadro adjunto.

En las nuevas propuestas de desarrollo, especialmente la del CEPAL, el elemento de calificación de recursos humanos para el logro de la transformación productiva con equidad es uno de los pilares de sustentación. No cabe duda de que la mano de obra femenina altamente calificada es un recurso mal utilizado en el mercado de trabajo: no se la remunera por el nivel de educación alcanzado y se la segrega en un número limitado de ocupaciones. Sin embargo, la calificación adquirida por las mujeres podría ser aprovechada en el mercado de trabajo si se ampliaran las oportunidades laborales para ellas, rompiendo la rígida segmentación ocupacional tanto ver-

Evolución de la participación femenina en el mercado de trabajo en América Latina (1980 - 95)

☐ Aumenta la tasa de participación femenina y se produce un cambio en el comportamiento de las mujeres.

- Aumenta el número de horas (diarias, semanales) que las mujeres dedican al trabajo remunerado.
- Crece el número de años de vida económicamente activa de las mujeres.
 - a. El número de años que las mujeres destinan al trabajo remunerado creció, en promedio, en algo más de 9 años entre 1970 y 1995.
- Mayor grado de continuidad de las trayectorias laborales femeninas.
 - a. Se incrementa la proporción de mujeres que no se retiran del trabajo cuando tienen hijos y se mantienen económicamente activas durante el periodo de mayor trabajo reproductivo.
 - b. Las mujeres en edad reproductiva tienen mayor participación en el mercado de trabajo.


☐ Aunque el nivel promedio de instrucción de las mujeres es igual e incluso mayor que el de los hombres, no se produce una disminución de las desigualdades entre hombres y mujeres en el mercado laboral.

- Se reproduce la segregación ocupacional.
- Se mantiene la brecha salarial mayor mientras mayor es el nivel de escolaridad.
- La tasa de desempleo de las mujeres sigue siendo significativamente superior a la de los hombres.
- Aumenta la presencia femenina en las ocupaciones precarias.

tical como horizontal. El cambio en la organización del sistema productivo ofrece potencialidades a las mujeres que deben usarse.

La existencia de un tercio de mano de obra regional femenina tiene un significado distinto en el imaginario cultural de la región. En primer lugar, es una magnitud que no se puede desconocer ni negar. En segundo lugar, tiene un efecto de demostración mayor sobre el conjunto de la sociedad, ya que hoy la existencia del trabajo femenino remunerado como una opción para las mujeres es indiscutible

En cuanto a la relación entre trabajo y familia, los cambios en el empleo femenino sin duda tienen efectos sobre la familia. La capacidad de negociación de la mujer al interior de la familia cuando cuenta con un ingreso es por supuesto mayor. Sin embargo, se sabe que la distribución del trabajo por género al interior del hogar permanece bastante inalterada. Si —como muestran los datos— el mayor aumento de participación femenina está ocurriendo en el caso de las mujeres casadas y con hijos, y a la vez está disminuyendo la proporción de mujeres que trabajan como trabajadoras del hogar, la consecuencia en términos de sobrecarga de trabajo para las mujeres es indudable.

Desde la perspectiva del mercado laboral, por otro lado, queda un amplio campo de acción que incluye acciones afirmativas que modifiquen la rígida división del trabajo por género, además de la regulación de horarios, remuneraciones y seguridad social del trabajo domiciliario, por cuenta propia o subcontratado, y la valoración necesaria de la mano de obra femenina por los empleadores. La sociedad tiene aún como tarea pendiente el reconocimiento del trabajo doméstico y especialmente de crianza que ejecutan las mujeres como trabajo socialmente necesario y factible de ejecutar por ambos sexos. 

ANEXOS: Las relaciones de género y sus efectos en las mujeres durante períodos de ajuste estructural

Cuadro 1

**América Latina: Tasas de participación por sexo,
1980, 90 y 94,
(Población de áreas urbanas de 15 años y más)**

PAIS	PEA Femenina			PEA Masculina		
(Áreas urbanas)	1980	1990	1994	1980	1990	1994
Argentina(a)	32.4	38.2	41.2	75.6	75.7	75.9
Bolivia	-	46.6	50.6	-	73.3	74.9
Brasil(b)	37.2	45.1	50.2	81.5	82.5	82.9
Colombia(c)	41.8	45.7	48.3	79.3	79.2	79.3
Costa Rica	33.6	39.1	39.7	77.6	77.6	76.3
Chile	-	34.0	38.1	-	73.2	74.8
Guatemala	-	42.9	-	-	84.4	-
Honduras	-	43.4	42.5	-	80.2	80.0
México	-	35.9	37.3	-	77.3	79.7
Panamá	44.5	42.8	46.5	76.2	75.6	78.6
Paraguay(d)	-	49.7	55.0	-	84.2	85.7
Uruguay	37.3	43.8	47.1	74.6	74.7	74.9
Venezuela	31.2	37.5	38.2	78.4	77.9	78.9

Fuente: CEPAL, División de Desarrollo Social y División de Estadística y Proyecciones sobre la base de tabulados especiales de las encuestas de hogares respectivas.

a) Capital Federal y conurbano.

b) Datos de 1993.

c) A partir de 1993, se amplió la cobertura geográfica de la encuesta hasta abarcar prácticamente la totalidad de la población urbana del país. Hasta 1992, la encuesta cubría alrededor de la mitad de la población urbana.

d) Asunción y áreas urbanas del departamento central.

Cuadro 2

América Latina: Disparidad de ingreso por sexo en algunos niveles de instrucción 1980, 90 y 94(a)
(Población de áreas urbanas de 15 años y más)

PAÍS	TOTAL			0-3 años instrucción			13 y más años de instrucción		
Áreas Urbanas	1980	1990	1994	1980	1990	1994	1980	1990	1994
Argentina (b)	63.5	68.8	70.5	-	-	66.6	...	-	61.5
Bolivia	...	57.4	54.4	...	58.4	59.7	...	46.0	54.1
Brasil (c)	46.3	56.0	55.8	41.0	45.8	47.9	38.8	50.7	45.9
Colombia (d)	56.1	66.7	68.1	51.0	58.8	59.1	55.0	60.4	56.7
Costa Rica	80.6	71.0	69.2	48.2	51.3	61.1	86.4	64.2	69.9
Chile	...	59.2	66.8	...	67.7	41.9	52.8
Guatemala	...	65.8	45.4	64.2	...
Honduras	...	57.9	62.7	...	49.9	59.4	...	51.5	56.0
México (e)	...	68.2	55.5	...	63.8	54.3	...	61.2	48.1
Panamá	...	77.0	73.1	...	46.1	58.5	...	68.4	61.1
Paraguay (f)	...	56.7	59.9	...	64.0	63.4	...	47.1	52.1
Uruguay	53.9	44.3	60.6	46.6	50.1	61.4	44.0	37.3	50.0
Venezuela	67.8	72.7	69.4	56.3	64.0	63.0	71.1	68.0	66.0

a) Porcentaje de ingreso medio femenino sobre el ingreso medio masculino.

Notas para el cuadro 2:

b) Capital Federal y Conurbano. El tramo "0 a 3 años" corresponde a primaria incompleta (0 a 6 años), y el tramo "13 y más" a educación superior (completa o incompleta).

c) Datos de 1993.

d) A partir de 1993, se amplió la cobertura geográfica de la encuesta hasta abarcar prácticamente la totalidad de la población urbana del país. Hasta 1992, la encuesta cubría alrededor de la mitad de la población urbana.

e) El tramo "0 a 3 años" corresponde a primaria incompleta (0 a 5 años), y el tramo "13 y más" a educación superior (completa o incompleta).

f) Asunción y áreas urbanas del departamento central.

Fuente: División de Desarrollo Social y División de Estadística y Proyecciones sobre la base de las encuestas de hogares de los respectivos países

Cuadro 3

**América Latina: diferencias de ingresos medios
por sexo y jefatura de hogar 1980, 90, 94(a)**
(Población de áreas urbanas de 15 años y más)

PAÍS	Mujeres/Hombres			Jefas/Jefes		
Áreas Urbanas	1980	1990	1994	1980	1990	1994
Argentina(b)	63.5	68.8	70.5	70.5	69.6	76.6
Bolivia	-	57.4	54.4	-	56.0	60.9
Brasil(c)	46.3	56.0	55.8	40.2	53.2	57.0
Colombia(d)	56.1	66.7	68.1	59.2	62.1	58.8
Costa Rica	80.6	71.0	69.2	63.3	64.7	59.0
Chile	-	59.2	66.8	-	56.4	63.6
Guatemala	-	65.8	-	-	62.6	-
Honduras	-	57.9	62.7	-	51.3	53.9
México	-	68.2	55.5	-	65.9	57.8
Panamá	-	77.0	73.1	-	64.2	64.4
Paraguay(e)	-	56.7	59.9	-	54.7	57.5
Uruguay	53.9	44.3	60.6	52.5	45.0	59.5
Venezuela	67.8	72.7	69.4	59.2	65.6	60.3

a) Porcentaje de ingreso medio femenino sobre el ingreso medio masculino para el total de ocupados y para los que son jefes de hogar.

b) Capital Federal y Conurbano.

c) Datos de 1993.

d) A partir de 1993, se amplió la cobertura geográfica de la encuesta hasta abarcar prácticamente la totalidad de la población urbana del país. Hasta 1992, la encuesta cubría alrededor de la mitad de la población urbana.

e) Asunción y áreas urbanas del departamento central.

Fuente: *División de Desarrollo Social y División de Estadísticas y Proyecciones sobre la base de encuestas de hogares de los países.*

Cuadro 4

**América Latina 1994: Distribución de la población económicamente activa(a)
en algunas ocupaciones**

País Área urbana	Profesionales y Técnicos		Administradores y Gerentes		Trabajadores de Comercio		Trabajadores de servicios		Obreros calificados y no calificados	
	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F
Argentina(b)	2.8	1.7	16.8	46.3	36.4	9.6
Bolivia(c)	14.4	14.3	6.7	2.5	15.0	44.8	58.2	31.3
Brasil(d)	5.9	14.4	13.2	14.6	2.6	26.9	29.8	11.4
Colombia(e)	9.9	13.1	2.2	1.7	20.0	21.0	9.9	30.6	45.8	16.4
Costa Rica	13.7	20.3	6.4	3.8	14.4	15.8	9.3	24.7	32.2	15.4
Chile(f)	14.4	20.3	6.6	5.6	11.1	22.9	56.7	35.3
Honduras	10.5	14.4	5.1	3.5	12.9	22.7	7.4	24.6	38.6	24.8
México	12.6	18.7	3.9	1.9	16.1	24.2	11.0	20.3	36.4	14.2
Panamá	11.8	18.4	6.5	5.3	10.8	12.5	13.4	29.0	31.0	7.3
Paraguay	8.7	12.8	7.3	3.4	17.8	27.4	7.3	32.3	37.2	11.0
Uruguay	7.3	17.5	5.0	2.6	13.1	15.8	9.2	30.6	40.6	13.0
Venezuela	9.6	23.5	4.1	2.1	10.0	24.9	17.2	3.6

a) Porcentaje sobre el total de ocupados de cada sexo en cada categoría.

Notas del cuadro 4:

- b) No se puede detectar profesionales y técnicos; no se puede separar empleados administrativos de otras ocupaciones de gestión (sólo aparecen ocupaciones de “dirección”); los servicios incluyen comercio y transporte.
- c) Servicios incluye comercio, transporte y otros. Obreros incluye el servicio doméstico.
- d) Datos de 1993.
- e) Trabajadores en servicio de transporte incluidos en categoría “obreros”.
- f) Categoría obreros incluye a servicios no calificados

Fuente: División de Desarrollo Social y División de Estadística y *Proyecciones sobre la base de encuestas de hogares de los países*

Cuadro 5

América Latina 1994: Características de trabajadoras del hogar (Áreas Urbanas, población de 15 años y más)

Características	Argentina	Bolivia	Brasil(a)	Colombia	Costa R.	Chile	Hond.	México(b)	Panamá	Paraguay	Uruguay	Venezuela
Porcentaje del total												
de ocupadas	12.3	11.2	19.8	12.7	10.2	16.5	13.7	9.6	18.1	24.3	16.4	9.4
Residentes	6.4	60.2	15.0	57.9	11.9	30.9	41.6	31.3	37.0	50.8	7.5	35.3
Promedio de edad	31.5	23.3	26.3	26.4	33.2	34.6	23.5	...	26.4	24.2	36.6	27.3
15 a 29 años	73.6	83.7	73.1	74.3	44.4	41.0	81.0	...	73.3	79.6	51.3	71.6
45 y más años	19.6	4.0	9.7	9.8	9.5	24.9	5.7	...	7.2	6.3	39.6	9.4
Sin instrucción (0 años)	...	6.7	17.5	6.0	5.8	2.4	9.7	...	1.3	2.6	2.9	6.5
1 a 6 años de estudio	...	58.4	65.2	71.3	86.4	38.4	78.9	...	52.0	67.9	58.4	68.2
Promedio de años de estudio	...	5.6	3.9	5.1	5.0	7.6	4.8	...	7.4	6.3	6.5	5.8
Diferencias de Ingresos(c)	51.2	27.5	25.0	53.8	42.1	46.8	26.1	...	23.5	36.8	61.2	38.5
No Residentes	93.6	39.8	85.0	42.1	88.1	69.1	58.4	68.7	63.0	49.2	92.5	64.7
Promedio de edad	38.4	29.7	32.4	34.2	34.9	39.6	31.7	...	34.3	30.6	39.0	36.7
15-29 años	26.6	58.2	46.2	40.2	37.0	23.9	52.9	...	41.0	53.2	30.4	33.8
45 y más años	33.3	14.2	17.9	21.5	23.9	35.6	19.8	...	24.0	14.9	37.1	26.7
Sin instrucción (0 años)	...	4.0	17.2	6.6	4.8	4.0	18.3	...	1.6	1.9	2.1	17.4
1 a 6 años de estudio	...	52.1	66.8	73.1	70.7	38.1	72.1	...	49.2	69.3	59.4	59.8
Promedio de años de estudio	...	6.4	3.8	4.8	5.6	7.4	4.3	...	7.2	5.9	6.6	5.0
Diferencias de Ingresos(c)	46.5	27.5	25.0	30.8	26.3	29.0	21.7	...	23.5	28.9	32.7	41.0

Notas del cuadro 5:

- a) Datos de 1993
- b) En México no se pudo detectar el servicio doméstico.
- c) Ingreso medio de las empleadas puertas adentro y puertas afuera como porcentaje del ingreso medio del total de ocupados.

Fuente: CEPAL, Panorama Social de América Latina, Edición 1996, y tabulados especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Bibliografía

1. Abramo, Lais (1993), "Reconversión productiva, cambio tecnológico y empleo femenino en América Latina" documento presentado al Seminario Latinoamericano sobre las repercusiones de la reconversión productiva y el cambio tecnológico sobre el empleo y las condiciones de trabajo de la mujer en América Latina. OIT/SERNAM, Santiago, 8-12 de marzo.
2. Aguirre, Rosario (1990), "Los efectos de la crisis sobre la mujer en el Uruguay". Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (CIEDUR), Serie de Documentos de trabajo N° 60, Montevideo.
3. Aranda, Ximena (1991), *Tejenderas de Putaendo. Para no mirar la cerca en redondo*, Proyecto la Edición Pepa Foncea, Patrocinio Instituto de Cooperación Iberoamericana, Santiago de Chile.
4. Arriagada, Irma (1997) "Latinoamericanas a fin de siglo: familia y trabajo" en Control Ciudadano N°1, Instituto del Tercer Mundo, Montevideo.
5. (1988) "Las mujeres latinoamericanas y la crisis" en DAWN/MUDAR-ISIS *Mujeres, crisis y movimiento América Latina y el Caribe* Vol IX, Santiago de Chile, junio.
6. Barbezat, Debra (1993) "Occupational Segmentation by Sex in the World" I.L.O. IDP Women WP-13, Geneva.
7. Benería, Lourdes (1992), "The Mexican Debt Crisis: Restructuring the Economy and the Household" en L.Benería y S. Feldman (eds) *Unequal burden: economic crisis, persistent poverty, and women's work*, Westview Press, Oxford.
8. Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992) *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana, ciudad de México.
9. Bonilla, Elsy (1992), "La mujer colombiana en la Universidad y en el mundo del trabajo" UNESCO/OREALC Proyecto principal de educación, Boletín 29, Santiago.
10. Candia, José Miguel (1993) "Tendencias recientes de la participación laboral femenina en América Latina" en *Problemas del desarrollo*, Vol.XXIV, Número 93, México.
11. Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) (1989, 1991, 1993, 1996) *Boletín Demográfico* N.44, 47, 52 y 57 Santiago de Chile.
12. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 1990) *Los grandes cambios y la crisis. impacto sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, I.C/G.1592, Santiago de Chile.
13. (CEPAL, 1993), *Panorama Social de América Latina, edición 1993*, I.C/G.1768, Santiago de Chile.
14. (CEPAL, 1994), *La cumbre social: una visión desde América Latina y el Caribe*, (LC/G.1802(SES.25/5) Santiago de Chile.
15. (CEPAL, 1995), *Panorama Social de América Latina, edición 1995*, (LC/G.1886-P) Santiago de Chile.
16. (CEPAL, 1997) *Panorama Social de América Latina, edición 1996*, (LC/G.1946-P) Santiago de Chile.
17. Chaney, Elsa y Mary García Castro (eds) (1993) "*Muchacha, cachifa, empleada, empregadinha, sirvienta y... más nada*", Editorial Nueva Sociedad, Venezuela.
18. Darcy de Oliveira, Rosyska (1989) "Femme et travail sens, nonsens et ambigüité" presentado en el coloquio L'accès des femmes au travail salarié comme source de changement social et ses effets sur la socialisation des femmes et des autres membres de la collectivité. UNESCO, Ankara, Turquía.
19. Filgueira, Nea (1992), "Mujeres uruguayas: un futuro incierto" GRECMU, Serie Lila N°28, Montevideo.
20. Gallart, María Antonia y otros (1990) "Estrategias laborales de los trabajadores por cuenta propia del Área Metropolitana de Buenos Aires" en P.Galin y M. Novick (comp.) *La precarización del empleo en la Argentina* CIAT, CLACSO, Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América

- Latina, Buenos Aires.
21. García, Brígida y Orlandina de Oliveira, (1993) *Trabajo femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México.
 22. García, Norberto (1991) "Restucturación económica y mercado de trabajo" en Instituto Internacional de Estudios Laborales *Reestructuración y regulación institucional del mercado de trabajo en América Latina* Serie de Investigación N. 98, Ginebra.
 23. Garrido, Luis (1992), *Las dos biografías de la mujer en España*, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid.
 24. Geldstein, Rosa y Nena Delpino (1994), Boletín informativo Techint N°277, Buenos Aires, enero a marzo.
 25. Gindling, T. H. (1992) "La mujer y la crisis económica en Costa Rica" en Ciencias Económicas Vol. XII. N.2, San José de Costa Rica, diciembre.
 26. Godinho Delgado, Maria Berenice y Nilde Balçao (1993) "Mujer y trabajo" en Nueva Sociedad 124, marzo-abril.
 27. González, Pablo (1992) "El diferencial de ingresos entre hombres y mujeres: teoría, evidencias e implicaciones de política" en *Colección Estudios CIEPLAN*, N°34, Santiago de Chile, junio.
 28. Guzmán, Virginia y Patricia Portocarrero (1992) *Construyendo diferencias* Flora Tristán Ediciones, Lima.
 29. Hola, Eugenia y Rosalba Todaro (1992), *Los mecanismos del poder: Hombres y mujeres en la empresa moderna* CEM Centro de Estudios de la Mujer, Santiago de Chile, agosto.
 30. Montero, Cecilia (1992), "Los problemas de integración social: el caso de los empleos femeninos y masculinos de fácil acceso" en *Proposiciones: Género mujer y sociedad* N°21, Sur Ediciones, Santiago de Chile, diciembre.
 31. Montoya, Silvia (1993), "Implicancias distributivas del trabajo femenino" en *Estudios - IEERAL*, Año XVI, Argentina, octubre-diciembre.
 32. Naciones Unidas (1989), *Estudio Mundial sobre el papel de la mujer en el desarrollo*. ST/ CSDHA/6, Nueva York.
 33. (1991), *La mujer retos hasta el año 2000*, DPI/1134-41173 Nueva York, diciembre.
 34. (1992), *Situación de la mujer en el mundo. Tendencias y estadísticas 1970-1990*, ST/ESA/ STAT/SER.K/8, Nueva York.
 35. Pérez Sáinz, Juan Pablo (1992) "Empleo informal en la ciudad de Guatemala" en FLACSO-ONAM-UNICEF *Mujer y sector informal*, ciudad de Guatemala.
 36. Pollack, Molly (1993), *Feminización del sector informal en América Latina y el Caribe?* en CEPAL. División de Desarrollo Social, Unidad Mujer y Desarrollo. Serie Mujer y Desarrollo N° 11.
 37. Psacharopoulos, George y Zafiris Tzannatos (1992) *Women's employment and pay in Latin America Overview and Methodology*, World Bank, Regional and sectoral studies, Washington D.C.
 38. Rangel de Paiva Abreu, Alice (1993), "Mudança tecnológica e Gênero no Brasil" en CEBRAP *Novos Estudos* N.35, marzo.
 39. Rendón, Teresa (1993), "El trabajo femenino en México en el marco de la transformación productiva con equidad", CEPAL LC/MEX/R.407, mayo.
 40. Rico, Nieves (1994), "Formación y desarrollo de los recursos humanos femeninos: un desafío para la equidad" CEPAL LC/L.829, abril.
 41. Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) (1993) "Situación de las mujeres en el mercado de trabajo en 1992" Informe de coyuntura. PET- SERNAM, Santiago de Chile, mayo.
 42. Todaro, Rosalba y Sandra Lerda, (1996) "Estudio de costos laborales por sexo. Informe Final", CEM, Santiago de Chile junio.
 43. Vega Ruiz, Luz (1992), "El trabajo a domicilio: ¿Hacia una nueva regulación?" en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. III, 1992, Número 1.

Masculinidad y Feminidad

Masculinidad: Una introducción

Enrique Gomáriz*

La acumulación de conocimientos sobre la masculinidad en Centroamérica es exigua. Esta carencia se extiende al conjunto de América Latina y aún al resto del mundo hispanohablante. Como se verá más adelante a excepción de investigaciones aisladas, referidas principalmente algunos roles masculinos en los sectores populares, el desarrollo de los Estudios de Género en el subcontinente latinoamericano ha producido una apreciable cantidad de información sobre el otro género (las mujeres), pero muy poca sobre la relación entre ambos y prácticamente ninguna sobre el género masculino.

Esta situación es diferente en otras zonas del globo y especialmente en el mundo angloparlante. Ya desde los años 70, sobretudo como respuesta al desarrollo de la literatura feminista, se produjo en Estados Unidos e Inglaterra una importante cantidad de investigación y estudios sobre la condición de los varones.

Esta producción sobre masculinidad fue aumentando conforme avanzaba la década de los 80. Cuando concluía el decenio, los estudios sobre el tema eran altamente apreciados por lectores y editores en toda Norteamérica. El libro de Robert Blay, *"Iron John"* (*"Hombres de hierro"* en su traducción al castellano), encabezó la lista de los libros más vendidos del *New York Times* por más de 20 semanas, hasta que la biografía no autorizada sobre Nancy Reagan lo desplazó de esa posición.

Existe coincidencia en los estudios realizados desde distintas perspectivas en cuanto a que la identidad de género del varón se establece en distintos ámbitos de los cuales se destacan tres: el intrapersonal, el intergénerico y el que procede de otras unidades sociales de referencia.

Hay consenso en prácticamente toda la literatura existente en cuanto a que la fuente de identidad principal del hombre moderno se refiere a su actividad ocupacional, dicho esto en un sentido amplio (no sólo al lugar que ocupa en la PEA de un país, sino a lo que el varón hace, incluso si su actividad regular se encuentra al margen de la ley). Lo que se conoce de la identidad masculina en el mundo latino confirma este aserto.

La actividad regular del varón está referida normalmente a su quehacer profesional. Es tal la importancia de este núcleo de identidad que el lenguaje ha recogido esta circunstancia. Como se ha dicho un ciudadano varón se identifica de tal forma con su ejercicio profesional que no es alguien que hace algo sino que "es" mecánico, arquitecto, empresario etc. La profesionalización de algunas actividades ha provocado la misma situación: hoy también se afirma que alguien "es" un político.

La otra fuente de identidad masculina se refiere al campo de la relación intergenérica: un hombre es como es, fundamentalmente para relacionarse-diferenciarse de la mujer. En la fase histórica de la modernidad esta referencia se ha establecido no solo mediante la diferenciación, sino a través de una extrapolación de la misma, tratando de construir verdaderos abismos, de los que son sólo diferencias biológicas o bien constituyendo culturalmente esas diferencias (en el vestuario, el comportamiento, las normas sociales etc.) como se sabe, uno de los ámbitos en que esa polarización ha tenido efectos es en el de las pautas de relación amorosa entre los géneros. Todavía hoy las encuestas muestran que hombres y mujeres consideran que el varón es el que debe tomar la iniciativa en las relaciones amorosas, al menos en la fase de mayor explicitación cuando se ha de enfrentar el riesgo del rechazo.

El patrón regular de esta relación intergenérica se conecta con la fuente anterior en el sentido de que el hombre se relaciona con la mujer ofreciéndole los frutos de su desempeño profesional (no solo material, sino simbólico, de prestigio). Es decir, la identidad masculina está marcada frente al otro género por la función proveedora. Por otra parte todo eso significa una determinada división sexual del trabajo, según la cual al hombre le corresponde la actividad social y laboral y a la mujer el cuidado del hogar y la familia.

Desde el punto de vista social ésto implica en la modernidad que el hombre debe enfrentarse al mundo público, protegiendo su esfera privada. Así se conforma una estrategia proveedora-protectora. La polarización intergenérica obliga por tanto a formar (y educar) la identidad masculina en función de esas exigencias. Para desempeñar bien su función proveedora-protectora el hombre debe aprender a ser fuerte, esforzado, insensible etc. Por decirlo con una poesía de Kipling: *"Si sabes callarte cuando sufres o tienes dificultades... si te burlas de lo que los demás piensan de ti y dicen a tu espalda... si puedes seguir teniendo la cabeza sobre los hombros, incluso cuando estás enamorado... si puedes tener problema de dinero y complicaciones profesionales sin caer en la más negra depresión... tú serás un hombre, hijo mío..."*.

Las características de la identidad masculina frente al otro género se extienden hacia su grupo familiar.

La tercera fuente fundamental de identidad masculina procede de las otras entidades sociales de referencia: desde las determinaciones culturales hasta los grupos sociales concretos. La forma de ser hombre puede desarrollar ciertas características diferentes si se da en la cultura latina, que si tiene lugar en la anglosajona. La pertenencia a determinados grupos puede marcar la identidad masculina, tanto en el caso que estos grupos se refieran a actividades tradicionalmente masculinas (clubes, deportes, etc.), como cuando por circunstancias, el hombre haya tenido que pertenecer a algún tipo de actividad tradicionalmente femenina.

La importancia que tenga esta fuente social en la constitución de la identidad del varón varía considerablemente. En unos casos se trata de modulaciones de la masculinidad no determinantes, pero en otros aparecen como fuente sustantiva de tal masculinidad. Pertenecer a cierto grupo obliga a una identidad masculina definida, o dicho de otra forma, el tenerla es condición necesaria para la pertenencia a ese grupo.

Se verán ahora algunos de los principales factores que pueden afectar negativamente estos núcleos de la identidad masculina. En el espacio intrapersonal, la identidad masculina puede fragilizarse bien porque no consiga desempeñar o adquirir la capacidad de realizar alguna actividad que el hombre considere importante, o bien

porque una vez lograda, su ejercicio se vea interrumpido por alguna circunstancia. Las crisis de identidad masculina del primer tipo suelen afectar a los hombres jóvenes. En los hombres maduros generalmente las crisis en este campo suceden cuando no se alcanza el éxito esperado, la carrera o actividad se ve interrumpida o bien porque se alcance el éxito y se descubre que detrás está el vacío.

Como se sabe la identidad masculina no se ve básicamente afectada cuando la interrupción de la actividad fundamental es sustituida por otra actividad emergente, especialmente cuando ésta es de naturaleza tradicionalmente masculina, como sucede muy claramente en el caso de las guerras.

En el plano de las relaciones intergenéricas los hombres han visto afectada su identidad de género, especialmente en lo que va de este siglo, debido a los significativos cambios de las mujeres. Existe coincidencia en cuanto a que en la segunda mitad del siglo el surgimiento de un nuevo movimiento y discurso feminista ha estado relacionado con cambios estructurales en la vida de las mujeres: el salto cualitativo de su nivel educacional, el aumento de su esperanza de vida y la caída vertiginosa de la fecundidad conformaron un cuadro vital que permitió la modificación de las fuentes de la identidad femenina.


Existe coincidencia en cuanto a que el aumento sustantivo de las recomposiciones familiares guardan relación con el propio apogeo de las familias nucleares modernas. En efecto, una de sus características consiste precisamente en la acentuación en su interior de la mayor importancia que tienen las relaciones conyugales por encima de las relaciones parentelas. Esta situación hace que la duración de la familia descansa sobre todo en la relación de pareja y no en el conjunto de las relaciones familiares como sucedía en siglos anteriores, al mismo tiempo que se agudiza la consideración de que el amor es el factor primordial que sustenta la unión conyugal; y no hace falta pertenecer a la escuela de Frankfurt para reconocer que el amor de parejas es algo frágil en la sociedad de masas.

En suma, todo indica que la modificación del papel masculino en la familia no ha procedido tanto de cambios desde el hombre

mismo, como de cambios significativos ocurridos desde los restantes actores del grupo familiar. Y ésto no sólo ha sucedido en el plano de las relaciones conyugales, sino también en el de las relaciones paternos-filiales.

La paternidad es también una fuente de identidad masculina, aunque esté más ligada al grupo familiar en el caso de los hombres, mientras para las mujeres la maternidad tiene mayor sustantividad propia.

En la literatura latinoamericana esta problemática materno-filial tiene identidad propia. A las razones propias de la función proveedora que cumple el hombre en la familia nuclear se suma el abandono y la paternidad irresponsable para aumentar apreciablemente la problemática del “padre ausente”. La información de los terapeutas que tratan hombres coincide con los ejercicios grupales masculinos (algunos realizados en el cono Sur últimamente) para señalar que este problema supone una herida no cerrada en la identidad masculina. No se trata de exagerar la proporción de paternidad irresponsable que existe en América Latina, especialmente en los sectores populares (aunque no únicamente en ellos), sino de tomarla en cuenta para entender y dimensionar el problema.

En todo caso la información existente indica que esta paternidad irresponsable se sufre cada vez más como una incapacidad perdiendo fuerza la vieja idea de que lo importante era la mera paternidad biológica. Ello obstaculiza acentuadamente la tenencia de los dobles hogares que mantenía una proporción no despreciable de la población masculina latinoamericana. Algo que contrarresta el hecho que en determinadas circunstancias podría operar a favor de los dobles hogares de que progresivamente el hogar monoparental dirigido por la mujer ha dejado progresivamente de ser considerado una lacra social. 

Reflexiones en torno a una metodología de género en los estudios de hombres

Daniel Cazés.*

En el Museo del Hombre en París, el recorrido introductorio es un viaje por la evolución humana, como la conciben en la actualidad la Biología y las Ciencias de la Cultura. El proceso se inicia con los *australopitecus afarensis*, prehumanos de los que la más conocida es Lucy, sigue con el *Homus erectus*, *Homus habilis*, *Homus neanderthalensis*, varios otros *Homus sapiens* antiguos y concluye con los modernos. Se pueden admirar magníficas escenografías que presentan lo principal de cada faceta, al caminar por los pasillos, de los que las separa un barandal-vitrina; éste contiene las más diversas piezas arqueológicas que fueron las primeras herramientas creadas por los primeros seres humanos, y casi permite que uno las toque a través de las cubiertas transparentes. Varios televisores a lo largo del itinerario emiten del otro lado de la sala videos animados, que dan idea de los colores y los movimientos posibles en aquellas edades lejanas.

Las evidencias más antiguas del neolítico se fechan hace unos doce mil años. Es probable que fuera entonces, siglos antes, siglos después, cuando las diferencias sexuales humanas comenzaron a convertirse en fundamento de desigualdades que justificaron dominios y privilegios, y cuando la nascente organización social requirió de la construcción del género para iniciar la edificación del patriarcado y sus jerarquías. Esto último no es una interpretación corriente entre los antropólogos y de ella nada se dice en el Museo.

La interpretación científica predominante de los orígenes de la cultura y de la civilización excluye virtualmente a las mujeres, y algunas de las ramas más desarrolladas de las ciencias sociales las

* Universidad Nacional Autónoma de México.

despliega como sujetas de la reproducción y por ello como protagonistas principales de toda demografía.

Estas elaboraciones complejas del conocimiento son difundidas y reinterpretadas en los diversos niveles culturales de percepción de las relaciones sociales, y se instalan como información incuestionable y orientación erudita para las filosofías de la cotidianidad.

En ambas perspectivas, la docta y la de las rutinas de cada día, se ubica lo que desde hace una década se ha dado en llamar Estudios de hombres, de masculinidad o de masculinidades. Es pertinente subrayar que estos estudios no comenzaron hace tan poco tiempo, pues los trabajos de incontables investigadores del pasado se ocupan de los hombres, de la hombría, de la virilidad y de la masculinidad, gran parte de las obras de las feministas, al menos desde 1949 (cuando apareció *El segundo sexo*), se refieren a esos temas que para las búsquedas libertarias de las mujeres son imprescindibles.

Lo que se ha iniciado más o menos recientemente es la intervención de algunos hombres, por lo general ligados a intelectuales y activistas del feminismo, en la reflexión y la investigación sobre la condición masculina, área en que las aportaciones principales las debemos aún al trabajo de mujeres.

Por cierto, lo que esas mujeres han estado haciendo con especial intensidad durante las últimas cinco décadas, no son estudios de mujeres, ni de feminidades, sino creando Teoría de género y aplicando metodología de género para conocer, comprender y transformar la condición y las situaciones de las mujeres, y elaborando nuevas interpretaciones históricas y filosóficas con una perspectiva no patriarcal.

Los Estudios de Género, emprendidos en su gran mayoría por mujeres han quedado asociados al conocimiento de la condición femenina y de las situaciones de las mujeres. Desde cierto punto de vista podría parecer que ahora se hace esfuerzos porque en ellos se incluyan las búsquedas sobre la condición masculina y las situaciones de vida de los hombres. Pero, si examinamos los estudios fundamentales hechos durante el último medio siglo por las feministas, advertiremos, que esas investigaciones, reflexiones y

elaboraciones teóricas acerca de las problemáticas de vida de las mujeres se refieren, con ópticas provenientes de las experiencias vitales femeninas, a los hombres y, más que nada, a las relaciones jerarquizadas entre los hombres y las mujeres.

Para contribuir a dicha reflexión se ha planteado la necesidad de definir en primer lugar lo qué significa realizar Estudios de hombres o de masculinidades con enfoque de género, porque es únicamente en este ámbito donde se pueden definir prioridades para el desarrollo de programas académicos.

La primera aportación de la Teoría de Género y sin dudas el primer cimiento de su desarrollo, demuestra que en las relaciones entre los seres humanos nada es natural, nada está en los genes, el sexo es la referencia binaria a la anatomía sobre la que se construyen los géneros.

La categoría opresión, fundamental para la Teoría de Género, *"se define por un conjunto articulado de características enmarcadas en la situación de subordinación, dependencia vital y discriminación de los oprimidos en sus relaciones con los opresores, en el conjunto de la sociedad y en el Estado. La opresión de las mujeres se sintetiza en su inferiorización frente al hombre constituido en paradigma social y cultural de la humanidad"*.

Otra categoría igualmente importante para cualquier Estudio de Hombres o de masculinidad con perspectiva de género es la de los pactos patriarcales, fundados en la virilidad y fundadores de la violencia de género.

El status de los Estudios de Hombres entre los de género no sólo quedará definido porque ahora la condición masculina y las situaciones de vida de los hombres se integran con mayor intensidad al campo, sino también porque a él se integran las visiones de hombres y sobre todo, porque éstos aplican y desarrollan la teoría y metodología de género. Finalmente, para una evaluación plenamente adecuada de ese status, será preciso analizar la medida en que la contribución de los Estudios de Hombres y la aplicación de la teoría y la metodología de género por parte de los hombres va siendo pertinente ante la urgencia de construir concepciones y actitudes masculinas, patriarcales, tanto en la vida pública como en la intimidad de la privada, que prevalecen como si fueran natura-

les e incuestionables, aún en quienes han emprendido búsquedas críticas, alternativas igualitarias y encuentros alternativos.

Lo anterior se tomará como el último principio metodológico a referirse ahora: los Estudios de Género comparten, tanto visiones críticas de la sociedad y de la cultura de quienes lo han realizado como las convicciones de que las realidades analizadas no son inmutables. Consecuentemente, cobran su sentido más completo cuando generan propuestas de acción pública que son formuladas desde las organizaciones ciudadanas. La rica experiencia acumulada por los movimientos y los grupos de mujeres en todo el mundo muestra los elementos básicos y las tácticas de procesos políticos nuevos y renovadores, así como sus alcances concretos.

Se trata de procesos en los que intervienen sujetos sociales en condiciones de opresión, o al menos sino, con poco capital político, para crear, acumular y ejercer poderes específicos nuevos no destinados al dominio, ni concebidos como panacea inmediata para todos los males, sino como instrumento y fuerza de negociación y de construcción de espacios concretos para el ejercicio de derechos que no se han formulado o aunque estén enunciados jurídicamente, parecen destinados a toparse con más obstáculos que facilidades.

Es lo que en inglés se designa con el término *empowerment* y que en nuestra lengua se ha traducido con el neologismo de empoderamiento.¹

En los Estudios de Género el criterio de empoderamiento es imperativo, pues la teoría y la metodología de género son teoría y metodología de ciencias sociales aplicadas al sustento de los procesos abarcados en esa categoría y al apoyo de los oprimidos que construyen alternativas no opresivas.

1) El empoderamiento no es un agregado cuantitativo a las facultades o habilidades de las personas, ni de los grupos, sino un proceso complejo, generalmente parcial y siempre muy prolongado en el que los sujetos oprimidos transforman sus concepciones, sus modos de ser, sus identidades y sus formas de vida, y se transforman a sí mismos en individuos liberados o en vías de liberarse de la opresión. Sobre este tema ha escrito en castellano Marcela Lagarde (*Democracia Genérica*). (Red Latinoamericana de Educación Popular entre Mujeres, México, 1994), y hay una bibliografía considerable que se remonta cuando menos a fines de la década de los setenta.

Y estas consideraciones como otras conducen a la interrogante fundamental, sin cuya respuesta carecen de sentido todas las reflexiones sobre masculinidad y masculinidades hechas por hombres. ¿A cuáles privilegios de los que otorga la opresión patriarcal estamos dispuestos a renunciar, desde cuándo y cómo?

Los Estudios de Hombres, hechos por hombres o por mujeres, para considerarse prioritarios han de referirse a aspectos y fenómenos del patriarcado que afectan por igual a hombres y mujeres y no tener como objeto filosófico a los hombres, sino a esos fenómenos. Por ejemplo interesa estudiar la prostitución en las estructuras mentales, de poder y de opresión tal como se expresan en los hombres, si por ello se describen y analizan las formas en que los hombres practican la prostitución o apoyan o critican las propuestas oficiales respecto a los burdeles y a las llamadas zonas de tolerancia con protección policiaca y sanitaria, será porque así se ilustra lo que es pertinente para comprender a la prostitución como espacio de la opresión genérica que cierra el camino hacia la democracia genérica.

Los Estudios de Género son estudios de cultura. Por ello, deben priorizarse aquellos que recurran a las metodologías de la Antropología y a las que se acercan a ellas desde la Psicología, la Sociología y las otras disciplinas humanísticas. Los estudios de opinión tienen sentido como expresión de concepciones y justificaciones, y no como indicadores directos de masculinidades o feminidades concretas.


La cuantificación tiene sentido como medición de fenómenos, cuando se mide con escalas en cuya elaboración se ha aplicado la teoría y la metodología de género. Para todo estudio estadístico debiera recurrirse a los índices elaborados por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, aplicados desde 1994 para 20 países y desde 1995 con motivo de Pekín, a 200, que son los únicos ampliamente conocidos con estas características y en profundización permanente. No son índices sobre la situación de las mujeres, sino auténticos indicadores de la distancia que existe entre la situación de los hombres y la de las mujeres, y por lo tanto permiten visualizar cada vez con mayor claridad las características de cada condición de género.

Finalmente otro criterio básico en la priorización que nos ocupa: los Estudios de Hombres, de masculinidad o de masculinidades no deben limitar, sustituir o eliminar a los estudios y demás esfuerzos desplegados por las organizaciones feministas o por las instancias que contribuyen a transformar la condición y la situación de las mujeres.

Durante varios años se estimularon ampliamente los estudios de mujeres (no necesariamente feministas, ni con enfoque de género) y otros proyectos afines. Recientemente se consideró que en los proyectos considerados de género deberían incorporarse las situaciones de la vida de los hombres (como si antes hubieran estado ausentes). Con ello, los espacios y los financiamientos destinados a los grupos de mujeres y a los proyectos referidos a ellas comenzaron a reducirse, y el apoyo comenzó a desplazarse en favor a lo concerniente a los hombres.

Esta situación que crea problemas graves a los grupos de mujeres y en particular a los feministas, es ya digna de un estudio que la ubique como posible renacimiento o refortalecimiento de ciertas formas de dominio masculino para cuya eliminación no bastaron las acciones afirmativas de muchas mujeres durante muchos años, ni fue suficiente el empoderamiento creado por ellas.

Por ello en la priorización de los llamados Estudios de Hombres o de masculinidades realizados por hombres o por mujeres, y también en los Estudios de Mujeres en cuyo diseño o en cuya dirección intervienen hombres, y en su evaluación es preciso tomar rigurosamente en cuenta la medida en que afectarán a los grupos de mujeres y al desarrollo de sus proyectos, sean éstos académicos o de otro tipo.

La fraternidad, los pactos entre hombres comprometidos con la Teoría de Género, no debiera ser un freno para la solidaridad de las mujeres, con las que es preciso construir una auténtica solidaridad intergenérica. 

Hacia una metodología en el trabajo con mujeres maltratadas

Irene Pineda Fermán*

A diario, en muchos hogares, se viven horribles situaciones de violencia y maltrato físico o psicológico. Siempre son las mujeres y los niños(as) las víctimas preferidas para descargar toda esa furia contenida.

Tal violación de los derechos humanos, será un día no muy lejano, sólo un recuerdo desagradable y oscuro, porque las sobrevivientes de la violencia buscan las vías y estrategias para lograr su toma de conciencia y poder enfrentar con fortaleza tales injusticias e impedir esos vejámenes.

Las mujeres maltratadas física y/o emocionalmente son mujeres que se encuentran total o parcialmente despojadas de sus recursos internos (como la auto-estima, la fuerza interna, etc.) y de sus recursos externos (como el aislamiento de su propia familia y amigos, etc.).

El trabajo con las mujeres maltratadas consiste esencialmente en la recuperación y la reapropiación de sus recursos internos y externos, a ésto le denominamos empoderamiento (empowerment). Según el diccionario Wersbter, *empower* quiere decir “dar la facultad o la capacidad”. El empoderamiento consiste en la capacidad actual del individuo de desarrollar o utilizar sus recursos internos y sus redes externas disponibles.

Se ha tratado de elaborar un modelo de empoderamiento a partir del trabajo empírico realizado en la atención grupal a mujeres maltratadas, utilizando técnicas cualitativas como la historia de vida.

A partir del análisis de las diferentes historias de vida, se intenta recuperar el proceso que realizan las mujeres maltratadas para

* Directora del Departamento de Psicología. PIEG-UCA.

reapropiarse de sus recursos internos y externos en el camino hacia el empoderamiento.

El empoderamiento es un proceso que se desarrolla en tres dimensiones diferentes:

El *Recogimiento interno* comprende los sentimientos, las emociones, las vivencias de cada persona. Es a partir de este vistazo interno que la persona se vuelve capaz de hacer surgir o desarrollar sus propios recursos. Esta dimensión representa el poder personal, la fuerza del yo, la estima de sí.

El *Vistazo exterior* representa la toma de consciencia de la situación, el reconocimiento de lo que la persona posee en términos de ayuda, el porqué se encuentra en esa situación, la confrontación con la realidad. El empoderamiento en esta dimensión demanda que la persona se sienta conscientemente comprometida y desee cambiar su situación.

La última dimensión es la de la *Acción* en una doble dirección: por una parte, la acción en el dominio privado de la intimidad interpersonal (familia, amigos) y, por otra parte, la acción en el dominio público (instituciones de ayuda, terapeutas, Comisarías de la Mujer). A esta dimensión corresponde todo lo que representa un cierto cambio con relación a los estereotipos, los valores y las estructuras de poder en las cuales el sujeto está inmerso. En esta dimensión se desarrolla el trabajo objetivante a través de la acción concreta (demandas de ayuda, policía, iglesia, etc.).

La persona se apropia de sus recursos internos, toma consciencia de su situación y de sus necesidades actuales y actúa en función de sus redes y recursos externos. La dimensión acción aparecerá como la intersección y entrelazamiento de las dos anteriores.

Estas tres dimensiones interactúan entre ellas en un feed-back permanente. Al interior de estas tres dimensiones se entretajan seis fases:

1. El *encuentro consigo mismo*. Cuando alguien ha vivido durante largo tiempo en la vergüenza de ser humillado hay un enorme trabajo para reconciliar la persona con ella misma.

Muchas veces las personas desean hacer cambios en su vida, pero les es sumamente difícil involucrarse emocionalmente. Hacer surgir en estas personas emociones, sentimientos, hacer emerger sus carencias, su experiencia de vida, no es fácil cuando la vida ha sido tan dura.

El hecho de encontrarse consigo mismo es poner el dedo sobre la llaga. Contar su historia de vida desde su infancia permite a la persona confrontarse con su vivencia con relación a una situación pasada que de alguna manera se repite en el *hic y nunc*.

En el presente la persona se da cuenta que vive inmersa en una lucha cotidiana por sobrevivir física y emocionalmente.

Esta fase comprende la experiencia de vida, la fuerza interna, el reconocimiento de la diferencia y la semejanza, el desarrollo de los recursos personales, las estrategias para sobrevivir.

2. *El reconocimiento y el cuestionamiento de la situación.* Es la confrontación con la realidad vivida lo que permite a la persona hacer un balance que la lleva a cuestionarse con relación a la situación que está viviendo. Por otra parte, la persona crea en ella un sentimiento de rebeldía que le permite enfrentar los miedos presentes.

La persona podrá comprenderse mejor, más allá de los prejuicios personales y del medio y será igualmente capaz de imaginar posibles salidas hacia el cambio. La persona comienza a tomar consciencia de los otros.

En la confrontación a la realidad y al otro la persona toma consciencia de su situación de impotencia en tanto que ser maltratado. Esta confrontación puede hacer desarrollar las fuerzas internas. La confrontación quiebra la actitud de fatalidad que consiste en tolerar el maltrato.

Esta fase comprende la toma de consciencia de las propias fuerzas interna, los recursos externos (familia, amigos) y de la ayuda disponible, el reconocimiento de los nudos conflictuales o de las repeticiones en su historia de vida, la toma de consciencia de la dignidad, el reconocimiento de las creencias personales y las del entorno, el cuestionamiento de su actual situación y el deseo de cambiarla, trazarse objetivos en el tiempo y en el espacio, hacer intentos de cambios (por ejemplo, hacer como si el marido no estuviera más con ella...)

3. *La evaluación y la actualización de recursos* comprende la actualización de los recursos de los que dispone para una dificultad precisa. Por ejemplo, llamar por teléfono a una amiga para saber si ésta estaría dispuesta a darle alojamiento, acudir a alguien de su familia para saber si puede contar con su ayuda. La evaluación de

sus propios recursos, el desarrollo de las fuerzas propias en relación con el otro, la evaluación de diferentes alternativas para un posible cambio.

Cuando la mujer maltratada ha recuperado las fuerzas necesarias para efectuar los cambios, un nuevo capítulo se abre en su vida. La persona pasa de una voz muerta a una voz pasiva, para volverse un grito, una demanda de ayuda.

4. *Las demandas de ayuda.* Cuando una mujer maltratada ha decidido romper con una relación maltratadora, ella ya no se encuentra frente a la impotencia, sino frente a la soledad que se acompaña con las nuevas redes que la persona ha ido recuperando o desarrollando y que pueden aportarle apoyo material y apoyo emocional. Romper el silencio para las mujeres maltratadas no es fácil pero lo hacen para demandar solidaridad y ayuda.

Las demandas de ayuda son acciones concretas, por ejemplo, pedidos de ayuda a la familia, a las amigas, a los vecinos, a la policía, etc.

5. *La socialización de la experiencia.* Muchas mujeres maltratadas comparten su historia de vida, como si el hecho de contarla viniera a romper el hechizo al que han sido sometidas. Estas mujeres sienten el deseo de transmitir las lecciones de coraje y de determinación y la manera en las que ellas han vencido la adversidad.

El hecho de contar les permite tomar distancia con relación a su propia historia, esto les ayuda a trazar proyectos de vida.

La socialización comprende el aprendizaje a través de las experiencias personales pasadas, por ejemplo, no buscar relaciones maltratadoras. Compartir la experiencia de vida con otras conlleva a la formación de sí misma y la invitación a las otras a auto-formarse.

6. *La participación activa en la comunidad,* comprende la formación continua de sí misma, una participación activa y comprometida al interior de la familia, el grupo o la comunidad.

Se trata del trabajo en las asociaciones del barrio o de la comunidad, para acompañar en el plano humano a otras mujeres que se encuentran en la sombra y sin voz en el camino hacia el empoderamiento.



Bibliografía

1. Darlymple J. and Beverly Burke, (1995), *Anti-oppressive practice*, Open University Press, Philadelphia, p.48.
2. Fontaine, P., (1994), Familias Sanas in *Familia y Sociedad*, octubre, números 1/2. Zaragoza, p293-301.
3. Fortin, A., (1987), *Histoires de familles et de réseaux*, Ed. Saint Martin, Montréal, p.169.
4. Friedman, J., (1992), *The politics of alternative development*, Blackwell Publishers, Tree Cambridge Center: Cambridge, p.33-34.
5. Friedman, J., Sandercock, L., (1995), Les dépossédés, *Le courrier de l'UNESCO*, mars, p.14-18.
6. Karpel, M., (1986), *Family resources*, The guilford press, N.Y, p.20.
7. Legrand, M., (1993), *L'approche biographique*, Ed. Hommes et perspectives, Paris, p.178-241.
8. Moreno, J.L., (1966), *Psicoterapia de grupo y psicodrama*, Fondo de Cultura Económica, México.
9. Pineau, G., (1989), Histoires de vie en formation, dans Pineau G. et Jobert G., *Histoires de vie* T.1, L'Harmattan, Paris, p.13-16.
10. Pineau G. et Marie Michèle, (1983), *Produire sa vie, auto-formation et autobiographie*, Editions Coopératives Albert St. Martin, Montréal.
11. Renders, X., (1994), *Enfance, Santé Mentale et Société*, Ed. Academia, Collection Pédasup 32, Louvain-la-Neuve, p.55-62.
12. Solomon, B., (1976), *Black empowerment: Social work in oppressed community*, N.Y.: Columbia University Press, p.19.
13. Turner, V., (1990), *Les phénomènes rituels*, PUF, Paris.

Mujeres y hombres, feminidades y masculinidades al final del milenio

Marcela Lagarde*

En tres años todas las personas contemporáneas serán gentes del siglo pasado y del milenio pasado, aunque la noción de milenio y nuestra identidad milenaria sólo han sido reveladas a la conciencia cuando están a punto de fenecer.

Seremos vistas por quienes nazcan en el siglo XXI con la altanería de quienes miran hacia adelante posadas en el horizonte. Tal vez nos conciban como gente anticuada de ideas añejas, como sucedió con quienes transportados en la alfombra mágica del progreso y la renovación, cambiaron del siglo XIX al XX y dijeron decimonónico para calificar a lo inicial ya superado, a lo caduco y atrasado. ¿Pensarán los seres nacidos en el tercer milenio que las personas del siglo XX somos anticuadas?

¿Será posible que nos transformemos tanto como para hacer del siglo XXI también nuestro siglo y, en lugar de ser piezas de museo, objetos de la crónica pasatista y testimoniantes de oficio, aprendamos a ser entes de dos siglos y de dos milenios? Lo fascinante está en asimilar la hibridez temporal e integrarla y asumir identitariamente que sí, que en efecto nacidos en el XX y en la cuenta de los un miles, seremos además gentes del XXI y de la cuenta de los dos miles, y que ese será también nuestro tiempo.

¿Qué caracteriza a las mujeres y a los hombres como seres de este milenio, y cuáles serán las señas de quienes se sientan diferentes y distantes de quienes en unos años encarnen al milenio pasado? ¿Qué somos hoy? ¿Qué dejaremos de ser y qué se mantendrá como en el subsuelo?

En su obra *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, Georges Duby busca la huella de los miedos humanos en las cer-

* Doctora en Antropología, Universidad Nacional Autónoma de México

canías del año mil, y destaca que los finiseculares de entonces tuvieron miedo a la miseria, al otro, a las epidemias, a la violencia y desde luego al más allá.

Las marcas que define Duby para el milenio anterior me conducen a afirmar que, diez siglos después, *el miedo a la miseria* se concreta en la experiencia real y generalizada de la miseria para más de cinco mil millones de personas vivas. Y me pregunto: ¿para cuántas más que han muerto a lo largo de estos mil años?

El miedo premonitorio anunciaba lo que en el milenio que ahora despedimos se ha convertido en el modo de vida predominante en la Tierra. Y el milenio que ha pasado de la fe a la razón sumando a las leyes de Dios las leyes del mercado, anticipó una y otra vez renaceres y progresos, tierras prometidas allende los mares o tras lomita, inventó maneras de consensar los oprobios y la expropiación universalizada de medios de vida, transfiguró en miedo y materializó la miseria.

Las tecnologías sofisticadas han hecho inmensamente flexibles los límites de la miseria entre quienes la padecen y engegucen a quienes al verla no la miran. Con el mismo éxito han permitido legitimarse a quienes se nutren de lo que arrancan a los desposeídos.

El *miedo al otro* no se ha desvanecido. Expresa capacidades de recuperación e innovación de viejos miedos que se creían superados. La convivencia, la coteritorialidad y la vastedad del encuentro de gentes diferentes, han sido utilizadas con habilidad de orfebrería, como vestimenta para enfrentar a unos pueblos contra otros y ocultar al lucro y al dominio como fines.

Pero el miedo al otro ha llegado al extremo mediante el culto al desencuentro convertido en ideologías, principios, política y fe. Filósofos decimonónicos le llamaron enajenación y la identificaron en el aliento a lo desemejante en el horror normativo y dogmático a quienes son diferentes, en la justificación para dañar a los otros. La enajenación contiene al sexismo, al endocentrismo, al patriarcalismo, al etnocentrismo, al racismo, al clasismo, al nacionalismo, al regionalismo, al localismo, entreverados con la misoginia, la homofobia, la lesbofobia, la heterofobia, la xenofobia y todos los sectarismos religiosos,

ideológicos y políticos que le son correlativos, así como con los prejuicios que los generan y alimentan.

El extremo y el núcleo duro de este mosaico jerárquico y opresivo se conforman con el egocentrismo y la alterofobia que son la síntesis del miedo a todo otro y a toda otra distintos al yo. Para ello precisan de una confianza desmesurada en la fantasía de la omnipotencia del yo y de la exclusiva justicia de sus intereses, aspiraciones y razones.

Este miedo al otro es la sombra, dicen voces chamánicas. Permite desconfiar, acusar, enjuiciar y colocar al otro, a la otra, en condiciones de reducirle y someterle, de oprimirle. Este miedo encierra la intolerancia a lo distinto, a lo no reconocido, a lo desvalorizado, que se reduce a la incomprensión y al rechazo.

Como experiencia, el miedo al otro implica la exaltación, por desconocimiento del imaginario. En este milenio y por esa vía el imaginario ha sustituido al otro. Cada cual en su interacción con el otro y la otra tan temidos, crea literaria y subjetivamente un fantasma que se asemeja a los monstruos y maravillas de los albores del año mil. La interposición de esa fantasía permite la reducción, el saqueo y la eliminación del otro real, de la otra verdadera.

A este respecto Simone de Beauvoir describió un velo y permitió advertir cómo las sociedades y las culturas patriarcales crean la más ignominiosa de las enajenaciones al convertir a los hombres, es decir, a los varones, en el sujeto, el ser de la historia, y a las mujeres en el otro, en seres inhumanizadas, pertenecientes a la naturaleza.

La opresión de género jerarquizó a unos y los colocó en posición de superioridad y de dominio sobre las otras, cautivas de esa relación. Esto ya ocurría hace mil años, pero en los últimos tres siglos y sobre todo en el que despide a este segundo milenio, hemos desarrollado la conciencia de género y desde el umbral feminista hemos iniciado la deconstrucción del mundo patriarcal.

El *miedo a las epidemias* es el tercero de los enumerados por Duby en el año mil. En el milenio en que la humanidad ha transitado de la magia y la alquimia a la ciencia, el miedo se ha renovado con el brote permanente, inacabable de pestes, sífilis, paludismos y fiebres de diversas etiologías. Epidemias y pandemias que

han devastado los territorios y generaciones, están presentes en la despedida de este siglo. A pesar de tanta ciencia y tanta tecnología, está viviendo la universalización de los cánceres y la irrupción del SIDA, enfermedades en las que se deposita el miedo a la muerte, como deterioro de la vida, la muerte dolorosa y trágica tras la que se esconde, agazapado, el miedo al cuerpo y a su subjetividad.

Cada mal, cada enfermedad es sólo un conducto a la vulnerabilidad y a la condición mortal de mujeres y de hombres.

Inventores de nuestros miedos, tememos más al SIDA por su conexión simbólica con lo tabuado, que al tabaquismo, al alcoholismo y las drogadicciones. Vivimos atemorizados frente a las epidemias. Somos casi 6 mil millones de fumadores y bebedores potenciales educados masivamente para asumir esas adicciones, y para aceptar que se nos edulcoren los estragos de esas epidemias inducidas criminalmente.

No identifican como males o enfermedades epidémicas las secuelas del uso obsesivo e ilimitado de sustancias que no sólo enferman, crean malestar social y destrozos personales, sino que hacen real el miedo a la muerte: a través de las drogas la vida de cada quien se convierte en breve suspiro, en muerte en vida, en muerte muerte. La mayor epidemia del fin de siglo y del milenio no es pensada, vivida, ni enfrentada como epidemia, pero es la más abarcadora: es el hambre, anverso y sombra de las voraces adicciones.

En el cuarto miedo milenarío señalado por Duby reconocemos que *el miedo a la violencia* es cada vez más abarcador, porque hoy llamamos violencia a muchas más cosas que las que así se designaban hace mil años, y porque paso a paso se extiende una convicción contraria a recurrir a ella. Con todo la violencia se instala en regiones diversas y distantes, en nuestras calles de noche y de día, y está también en nuestras casas, se nos presenta en la soledad y sobre todo en compañía. La violencia proviene de extraños y ajenos y también de conocidos y cercanos. Las voces antes silenciadas se han atrevido a nombrar la violencia de género contra las mujeres, estimulada y requerida para mantener la dominación. Y

poco a poco reconocemos también en la violencia en los hombres a la violencia patriarcal.

La crítica a la violencia abarca todo eso y mucho más; incluye la confrontación entre quienes dominan con violencia, quienes se defienden con ella y quienes se afanan en eliminarla. Tras vivencias demoledoras, millones de personas rechazamos la violencia convocada en delirios y acciones opresoras o reivindicativas.

Nombrar la violencia deslegitima la guerra, el culto a la destrucción y a la depredación, y ha permitido temerle. Tras el holocausto y la memoria de sobrevivientes de los campos de exterminio, tras las cremaciones tumultuarias y tras el intento racionalizado de destruir la dignidad humana de millones, ya no podemos ignorar a dónde conduce el poder totalitario. Sabemos muy bien lo que es mundo sin derechos humanos.

Pertenece al horizonte cultural de la bomba atómica. Conocemos el significado de las ciudades arrasadas en segundos y de las decenas de miles de muertos en instantes. Tenemos conciencia del peligro atómico en que vivimos. A pesar de eso, quienes promueven la aceptación pasiva de la destrucción, a través de los medios de comunicación la colocan en el sitio de las experiencias fantásticas, heroicas y excitantes, tanto en los ámbitos audiovisuales, como en los de la virtualidad.

Mas nombramos violencia a las violencias de cada día, y más y más se pretende que la aceptemos como natural. Más nos defendemos de la violencia y más se le exalta como estímulo y camino irremediable, legítimo y deseable al éxito, al reconocimiento y a la comunión.

El *miedo al más allá* se renueva con su rehabilitación en un duelo con el *más acá*, con la existencia, con el tiempo finito y con la muerte. El miedo al más allá alienta las formas de oprobio que permiten convivir con tantos miedos reales e imaginarios. Ha permitido durante todo el milenio, que cada cual confíe a intercesores mágicos la convocatoria a todas las fuerzas y sustituya su propia trascendencia por la intermediación que manipula a lo desconocido y a todos los misterios, siempre nombrados, siempre ultrarrepresentados.

Todos los miedos y sus placebos encuentran su fuga, su punto de evasión en el gran miedo: *el miedo de género*, el miedo que nos impide enfrentar aquí y ahora las muchas enajenaciones que nos separan del otro y la otra, el miedo que nos narcotiza frente a todo oprobio, el miedo que nos induce a la mansedumbre, la obediencia, la sumisión, la repetición y el cinismo.

Desde la cultura feminista es posible mirar lo que no clarificó Duby: los miedos nombrados y los invisibles son compartidos por hombres y mujeres.

El miedo que recorre el milenio patriarcal es el instaurado entre hombres y mujeres. Reúne todos los miedos que Duby definió como universales, aunque son experimentados de manera específica y diferente por las mujeres y por los hombres, debido a su dimensión genérica.

Me refiero a los siguientes miedos:

- El miedo a *la miseria de género* que se expande por la tierra.
- El *miedo al otro* mujer, experimentado por los hombres y las mujeres patriarcales.
- El *miedo al otro dominador*, que vivimos todas las mujeres y los hombres que hemos estado sometidos al patriarcalismo.
- El *miedo a la violencia de género*, que pretende educar, enderezar, castigar o contener a las mujeres.
- El *miedo a las sexualidades*, que incluye los miedos a los cuerpos y las epidemias sexuales.
- El *miedo al más allá*, esgrimido también por los fundamentalistas patriarcales para contener aquí y ahora a las mujeres radicales que reclamamos desde el presente reclamar un milenio feminista.

Me detengo en el miedo al otro, vivido por los hombres ante otros hombres.

Las masculinidades, culturas contenidas en las identidades de los hombres se organizan en torno a las jerarquías y sujeciones verticales a la ley del padre. Ser hombre para millones de hombres finimilenarios contiene los mismos fundamentos que las masculinidades del año mil: ser hombre en vivencia de masculinidades aprobadas y legítimas significa ser paradigmáticos de lo humano,

ejercer poderes sobre otros y pactar con ellos la dominación a todas las mujeres.

Ser hombre requiere ser propietarios del mundo y para cada hombre, de su fragmento de mundo, de sus mujeres, de sus redes de parentescos familiares. Ser hombre en esta tesitura significa poseer los códigos, los lenguajes y las parafernalias de las masculinidades: poseer desde la letra y las armas hasta los sistemas con que se maneja el ciberespacio para transmitir esa invención masculina cuyos ideólogos llaman revelación, verdad o razón.

En el milenio de Hildegarda, de Leonor de Aquitania, de Sor Juana Inés de la Cruz, de Mary Wollstoncraft, de Flora Tristán, de Henrietta Stuart Mill, de Alejandra Kollontai, de Simone de Beauvoir y de tantas otras ancestras y contemporáneas innumerables las feminidades se han afianzado como la expropiación del ser de las mujeres, lograda mediante todas las expropiaciones posibles.

La principal expropiación, la del cuerpo, ha permitido construir sexualidades femeninas y subjetividades en las mujeres, centradas en *ser-para-otros*, apropiadas como *seres-de-otros* subordinadas a *otros*. La historia del milenio es la negación de este hecho, el ocultamiento de la infamia y la creación de todos los mecanismos para que las mujeres ausentes de los espacios de poder político y de sus instituciones viesan la sujeción y la inferioridad como su propia naturaleza, el analfabetismo como una inocencia de género, la violencia como mal humor y la culpa como una segunda piel.

La ruptura de un orden masculino-femenino, de sentido y contenido patriarcales y mistificado como eterno y natural, marca este fin de milenio.

Millones de mujeres no corresponden con los modelos basados en el antagonismo binario femenino-masculino. No son tradicionalmente femeninas y su condición de género se ha ampliado tanto que hoy abarca rasgos, cualidades y características simbólicas e ideológicamente pertenecientes a lo masculino tradicional e incluye también aspectos inéditos del ideológico par binario.

Desde luego la dominación montada sobre el sexo continúa, pero ya no encuentra terreno fácil para extenderse. Hoy las muje-

res dejamos de ser *el otro* para ser en primera persona *yo* y reconocer el *tú* en las demás mujeres y en algunos hombres. Desde el *nosotras*, con poderío, enfrentamos la destrucción patriarcal de nuestra humanidad y proponemos el encuentro paritario entre los géneros.

Transitar el próximo siglo y al nuevo milenio y desentendernos de lo que hemos sido y aún somos, significaría para hombres y mujeres, no sólo intercambiar cualidades de género y hacerlas indistintas según el sexo, sino desmontar lo que cada género contiene de oprobioso.

El feminismo rebasará los límites entre el segundo y el tercer milenios como una de las concepciones filosóficas y como una de las prácticas ético-políticas más enriquecedoras y creativas de las eras transcurridas desde el año mil. Es éste el sentido más profundo de nuestro anhelo de hacer del tercer milenio, el milenio feminista.

El nuevo paradigma cultural contiene la reivindicación de que los miedos tan temidos pueden enfrentarse fuera de la estructura que los han hecho modo de vida, naturaleza, destino.

Deconstruir nuestros mitos y nuestras pautas sociales expropiadoras y depredadoras es prioritario para vencer los miedos y remontar los cautiverios en pos de los poderes necesarios e imprescindibles para la vida plena y digna.

Del otro lado de los miedos milenarios y seculares, del otro lado del pasado, en nuestro tiempo, está la libertad. □

Dialéctica de la masculinidad

Orlando Núñez Soto*

El poder expresa una de las grandes contradicciones de la pluralidad humana y se inicia como defensa posesiva de objetos escasos: territorio, alimento o cualquier otro objeto deseado. El poder, en tanto que capacidad humana y social para satisfacer necesidades y defender intereses particulares se desarrollará como una relación de dominio, como posesión diferenciada frente al otro.

La masculinidad a su vez es la condición genérica del macho con relación a la hembra. A raíz de la división sexual, social y genérica del trabajo, la masculinidad adquiere la pose de un género dominante, actitud que se convierte en cultura machista y alimentará la dominación patriarcal. Nacido de la incapacidad para gestionar la relación con el otro, especialmente en presencia de pluralidades cada vez más complejas, el poder tendrá como célula la pareja y como ecosistema al mercado.

Como relación de competencia y dominio el fin del poder sólo puede concluir en el reino de la asociatividad y de la autogestión generalizada, es la reconciliación entre el individuo y la especie, entre el macho y la hembra, entre el ser humano y la naturaleza, entre el yo y el otro, entre la posesión y la entrega mutuamente administrada.

Hoy en día que el feminismo amenaza con desenmascarar el secreto de sus identidades, masculinidad y poder parecen librar su última batalla y si ayer se apoyaron el uno al otro, hoy alimentan mutuamente su crisis de legitimidad aunque no de fuerza, arrasando en su vorágine la muerte de la vida en todas sus manifestaciones: naturaleza, mujer, sociedad, esperanza.

Si entendemos por poder el ejercicio de una facultad o el uso de un recurso, sean éstos físicos o culturales, con exclusión o en con-

* Director de CIPRES

tra del objeto o del sujeto sobre el cual se extiende, nos damos cuenta que el mismo ha sido utilizado por el ser humano con diferentes fines entre los cuales encontramos tres que nos interesan señalar particularmente, a saber: para satisfacer necesidades, para defender intereses particulares, para mantener una relación de dominio. En los dos primeros casos, el poder, en tanto que verbo es patrimonio de todos; en el último caso, el verbo se encarna en el macho y habita como sustantivo y como substancia entre nosotros, es decir en forma exclusiva y excluyente como relación de dominio.

Ante la pregunta de porqué la humanidad ha tenido que transitar de las relaciones de cooperación que supuestamente tenía en un principio hacia las relaciones de dominio que hoy se encuentran generalizadas en todos los niveles, se puede responder que tal cambio obedece a las contradicciones entre las necesidades, deseos e intereses ilimitados de cada uno y las limitaciones o escaseces para lograrlas.

Si la división del trabajo es el factor histórico que permite la diferencia entre relaciones de igualdad existentes prehistóricamente entre macho y hembra y relaciones desiguales a raíz del nacimiento de la división sexual y luego genérica del trabajo; sólo cabría poner en agenda el fin de dicha división, lo que explicaría con mucha razón la reivindicación feminista para compartir las actividades de reproducción y sólo cabría indagar como ejercicio académico las condiciones sexuales que permitieron que la división originaria del trabajo se convirtiera en valoración del trabajo masculino y desvalorización del trabajo femenino.

El poder, en tanto que construcción social basada en la posesión, el dominio y la exclusión, ha significado una guerra declarada y enmascarada a la vez, del macho contra la hembra, de igual manera que ha significado también una guerra del hombre contra la naturaleza, en fin del hombre, en tanto que amo genérico contra el resto: hombres, mujeres y niños.

Si pasamos el señalamiento de algunas circunstancias diferenciales, sexuales, sociales, históricas o genéricas, a los atributos del poder, entre los cuales está la agresividad mostrada por el macho, nos damos cuenta que la misma pertenece a la propia historia del poder, que no permite la más mínima voluntad de rebelarse por parte del esclavo.

La masculinidad, basada en una cultura machista del poder en donde se reprime sexual, política y económicamente a la hembra, siempre estuvo preñada de contradicciones, especialmente a partir del debilitamiento de las prácticas homosexuales de los griegos y el fomento de las prácticas heterosexuales, precisamente por la imposibilidad de permitir el goce al varón sin permitírselo a la hembra.

La crisis de la masculinidad se basa en la fragmentación del amor de su trilogía esencial: el sentimiento afectivo y sensual por el otro, el erotismo de su ejercicio lúdico, el placer carnal. Poder y masculinidad intentarán reducir el amor a la contemplación mística al idealismo platónico, limitar las relaciones carnales a la reproducción con la hembra y a reducir las relaciones placenteras con los mancebos, tal como lo saborean los textos socráticos; posteriormente y después de haber escamoteado la administración del placer o escamoteado masculinamente su control, emprenderán su sádica transgresión como la última de sus aventuras para conservarse como poder.

A medida que el macho encarnado en poder se levantaba su propia censura y daba rienda suelta a sus impulsos sexuales, la distancia entre el enamoramiento afectivo y el goce carnal se reducía. En ese momento el héroe de todas las batallas contra la mujer y los oprimidos tuvo que escoger entre el afecto y el poder. Si en medio del placer se entregaba a la dama y mantenía el sentimiento amoroso tendría que abandonar toda posesividad alcanzando así las riquezas prometidas del amor integral, pero tomando en cuenta que todo poder que pierde el control y reconoce la igualdad en el otro se pierde para sí mismo, el precio del amor significaría para el macho la derrota de su masculinidad dominante. La respuesta no se hizo esperar, el macho eligió el placer sin sentimiento mutilando el amor y salvando el poder.

La doble moral del poder de la masculinidad no podía seguirse escondiendo, sobre todo a partir de la estocada que significó el descubrimiento del inconsciente. La represión de la naturaleza se vengaba así en el propio cuerpo y en la propia alma de los vanidosos machos racionales de entonces.

El eje de una nueva masculinidad solo puede venir, dicho con las palabras de Agnes Heller, de una revolución de los sentimien-


tos, entre los cuales está la ternura como al afecto que nos implica en tanto que sujetos plurales. Y esta no podrá hacerse si no es a partir de la conciencia de que nuestra sexualidad está sentada y parada sobre una relación de poder.

Veinte siglos de moral católico-patriarcal han regido la conducta sexual de la civilización occidental. Cada siglo ha sido testigo de la negación y represión sistemática del más deseado y reprimido de los derechos humanos: el derecho a la ternura sensual. Apenas saboreada en la infancia, la ternura ha sido pisoteada de derecha a izquierda, excluida o marchitada en el lecho matrimonial y permutada por una permanente dosis de rigidez y violencia que involucra a todas las edades.

Para la derecha, la única violencia cuestionable es la violencia popular; para la izquierda, la única ternura concebida es la ternura abstracta de los ideales de turno. Mientras tanto, la violencia sexual y la infelicidad conyugal siguen siendo los eternos acompañantes de la moral sexual patriarcal.

En otras palabras, la gestión compartida en un reino de la intersubjetividad implica el trastrocamiento del poder y el trastrocamiento del amor. Amor entendido como el triángulo cimentado con placer sexual, erotismo pasional y ternura sensual.

Si la fragmentación del amor obedece, entonces a las necesidades del poder, lógico es que se opongan a la integración de sus componentes, conscientes que así se está condenando a muerte la masculinidad del poder y el poder de la masculinidad, cantando así el réquiem de todas las relaciones de dominio. Es en este sentido que se afirma que el amor entendido como lo hemos señalado, se convierte en un fenómeno subversivo, energía que alimentando subjetivamente la rebelión se encarna socialmente en un proyecto alternativo a todos los sistemas represivos existentes hasta ahora.

Aventura en que todos estamos concernidos, socialistas y anarquistas, feministas y ambientalistas, amantes de la revolución de la vida. Conscientes de que esta vez no se trata de cambiar el poder de turno o el signo del poder, sino también de eliminar toda relación de poder, empezando con la democratización del poder y terminando con la extinción de todo poder diferenciado. 

Género y Desarrollo

Ajuste estructural y políticas de género en la era pos - Beijing

Ana Isabel García Quesada*

La Conferencia de Beijing ha incorporado definitivamente el concepto de género en el lenguaje y en el conocimiento común sobre la condición de las mujeres. De igual manera, en el inicio de la era pos-Beijing, comienza a agrietarse la estigmatización que hace poco rodeaba el concepto de la acción positiva.

En la era pos-Beijing se va a discutir mucho más sobre el cómo lograr la igualdad de derechos y oportunidades, que sobre el hecho evidente de las inequidades entre mujeres y hombres. Es decir, el compromiso a partir de Beijing conduce inevitablemente a la era de las políticas públicas para lograr la equidad entre los géneros.

Ahora bien, cuando precisamente lo importante es cómo pasar a la acción se torna crucial la necesidad de distinguir claramente entre fines y medios. Existe una larga serie de proyectos malogrados por haber confundido los medios para avanzar en fines en sí mismos.

El objetivo estratégico que se persigue a largo plazo sigue siendo —y lo será por mucho tiempo— el cambio cualitativo en las relaciones de género de las poblaciones latinoamericanas y del Caribe. Es decir, son los millones de mujeres —y de hombres— que viven en cada uno de los países de la región, los que tienen que poder elegir sus opciones vitales en igualdad de derechos y oportunidades.

No hay que confundir este objetivo con los medios para conseguirlo, que son principalmente dos: el movimiento social de mujeres y la acción de los poderes públicos. No son las organizaciones sociales, ni los organismos públicos el objetivo final de la acción:

* Directora Ejecutiva del Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia(CMF), Costa Rica.

son los millones de mujeres concretas que, en la mayoría de los casos, malviven en las ciudades y en los campos de América Latina.

En este sentido, el hito que marca la Conferencia de Beijing se refiere al carácter estratégico que debe adquirir la acción para lograr la igualdad de oportunidades, ya queda atrás la etapa de las acciones puntuales, desconectadas entre sí, realizadas tanto desde sectores de la administración, como por las organizaciones no gubernamentales. La Plataforma de Acción de la IV Conferencia Mundial exige ese paso a las políticas que son estratégicas, al menos en cuatro sentidos:

- En primer lugar, respecto a su contenido, que dejen de ser acciones de asistencia a las mujeres, para buscar el cambio hacia las relaciones equitativas de género.
- En segundo lugar, en cuanto a su cobertura, que adquieran una dimensión verdaderamente nacional, afectando no sólo a sectores o grupos de mujeres, sino al conjunto de la población.
- En tercer lugar, en el campo político-administrativo, que se conviertan en compromisos de gobiernos a ejecutar por el conjunto de las instituciones públicas.
- Y en cuarto lugar, que convoquen a una convergencia entre las distintas fuerzas políticas, las organizaciones de la sociedad civil y los organismos gubernamentales, para que sean efectivamente políticas nacionales de Estado, otorgándole así la sostenibilidad que requieren.

Esta acción estratégica es la que determina la existencia de políticas públicas dignas de tal nombre. En conclusión, la IV Conferencia supone la culminación del proceso de incorporación de la lucha por la equidad de género, impulsada fundamentalmente por las mujeres en el espacio de la agenda pública. Tras décadas de intentarlo se ha conseguido, a través del sistema interestatal de Naciones Unidas, al tener un compromiso los gobiernos para que incorporen definitivamente la equidad de género como parte de las políticas públicas.

En efecto, si se lee la Plataforma de Acción se puede comprobar que la responsabilidad fundamental de su cumplimiento la tienen los gobiernos. Y por si hubiera alguna duda al respecto el pun-

to 293 de la Plataforma, en el capítulo sobre actores en el ámbito nacional dice textualmente: "Los gobiernos son los principales responsables de la aplicación de la Plataforma de Acción".

Es decir, se concluyó la era de las declaraciones y llegó la de la acción pública real para avanzar en la equidad de género.

Ahora bien, el lanzamiento de verdaderas políticas públicas requiere tomar en cuenta algunos requisitos. Ante todo, es necesario un verdadero compromiso gubernamental, lo cual quiere decir la adopción de decisiones al máximo nivel de gobierno, como el compromiso sectorial de los distintos ministerios y otras entidades gubernamentales, que son los que deben ejecutar los planes que se desprendan de esas políticas públicas. En la región, algunas agencias produjeron ya varios intentos de impulsar políticas públicas, que por no contar con un verdadero compromiso gubernamental, quedaron convertidos en papel de archivo.

En segundo lugar, es necesario el desarrollo de entidades competentes que se dediquen específicamente a la equidad de género, lo cual quiere decir, Mecanismos Nacionales con capacidad administrativa, financiera y técnica, que posibiliten su relación con los distintos ministerios y, especialmente, con aquellas entidades que se dediquen a la planificación y programación de las políticas nacionales.

La traducción en términos sociales de esa evolución económica ha sido menos positiva. Diferentes indicadores muestran que durante el primer quinquenio de los 90 ha aumentado ligeramente el nivel de pobreza, o bien se ha mantenido en términos generales en contextos muy deteriorados. En Guatemala, Honduras, Nicaragua y el Salvador, en torno a los tres cuartos de la población se sitúa bajo la línea de la pobreza. En Costa Rica sobrepasaba un cuarto esa población y en Panamá superaba el 40% en 1994.

Los países, cuya situación social ha empeorado entre 1990 y 1995, son aquellos (Nicaragua, Honduras y Panamá) en los que se ha producido un deterioro paralelo en los dos factores determinantes: los aspectos sociales referidos al mercado económico (desempleo, salario real, etc.) y los aspectos relacionados con el gasto social y en general con el sistema de bienestar social.

En este contexto, la información estadística y no estadística muestra que las mujeres han aumentado su carga global de trabajo por cuanto se ha incrementado su participación en el mercado de trabajo, al tiempo que ha crecido la cantidad del trabajo doméstico por la reducción de los servicios públicos y el mantenimiento de dicho trabajo doméstico como exclusiva responsabilidad femenina.

La acción social a favor de la mujer, en este primer quinquenio de los 90 se ha venido desarrollando como si lo hiciera al concluir los 80, aunque con algunas particularidades. Esa acción ha tenido lugar a través de un conjunto de programas y proyectos distribuidos entre las distintas instituciones gubernamentales, de reducido monto financiero y desconectados entre sí. El bajo impacto global de esa acción pública ha creado un vacío que ha sido parcialmente cubierto por la acción de organismos no gubernamentales.

El trabajo de las organizaciones no gubernamentales y otras entidades preocupadas por el avance de las mujeres se ha dirigido en buena medida a compensar los efectos del ajuste (proyectos productivos) y la reducción de los servicios (salud, etc.), especialmente en los países con más deficiencias al respecto. Sin embargo, ha aumentado su actividad hacia el cambio en las relaciones equitativas entre los géneros, acentuando esa actividad en temas como la participación política y la eliminación de la violencia intrafamiliar.


La información nacional recopilada muestra, sin embargo, que existían antecedentes de políticas nacionales para la mujer en algunos países centroamericanos, que en ningún caso llegaron a ejecutarse. Desde una óptica de incorporación de la mujer al desarrollo, se formularon entre 1989 y 1990 políticas nacionales para la mujer en Honduras y Guatemala, y se había iniciado un proceso en tal sentido en Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

La llegada a toda la región, en 1990, de gobiernos que deseaban distanciarse de la dinámica gubernamental anterior, congeló esa dinámica de políticas para la mujer, incluso en los casos en que ya había tenido alguna decisión gubernamental al respecto (aprobación en Honduras de la Política Nacional para la Mujer por parte del Gabinete Social). Ese corte temporal coincidió con el incre-

mento de la subordinación, entre 1990 y 1994, de las políticas sociales a las políticas económicas en toda la región.

Desde 1993 a 1995 se desarrollaron nuevos intentos de formulación de políticas públicas, que no consiguieron la decisión favorable de los gobiernos, en algunos países como Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras en torno al impacto de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Con frecuencia, la formulación de esas políticas y planes se confundió bastante con la planificación de trabajo de la propia Oficina Nacional de la Mujer.

Como afirma Carlos Vila en el libro *"Estado y políticas sociales después del ajuste"*: "(...) está fuera de dudas que por debajo de las discusiones actuales sobre el papel del Estado, las políticas públicas, el mercado y la iniciativa libre o regulada de los actores, hay mucho más que opciones académicas o modas intelectuales. De lo que se trata es de un realineamiento de fuerzas y grupos sociales, de empresas y trabajadores, de hombres y mujeres, y de una redefinición de magnitudes enormes de su acceso a recursos, a bienestar y perspectivas de futuro.

"En el fondo, un debate respecto al modo en que los recursos sociales serán asignados y apropiados; respecto de quién o quiénes ejecutarán el reparto; de los criterios que los presiden y por lo tanto de las condiciones en que los actores participan en el mismo. Los términos y el desenvolvimiento de esta discusión impactarán severamente en las perspectivas de desarrollo y bienestar de las próximas generaciones, como ya lo están haciendo en las de la presente". 

Género: Economía y Sociedad

Magdalena León*

Para las mujeres latinoamericanas de hoy día a finales del siglo XX, se evidencia una paradoja. Por un lado, se han dado cambios que representan ganancias a su favor, y por otro, se señala la ausencia de su participación en las esferas del poder institucionalizado. En cuanto a los cambios positivos llamados también cambios blandos, la monumental obra titulada *Mujeres Latinoamericanas en Cifras*, presenta para 19 países de América Latina, una amplia gama de datos que permiten apreciar los profundos cambios que estas mujeres han experimentado en el marco de la modernización.

Esas cifras, a pesar de variar de un país a otro y dentro de cada país, muestran en términos generales el aumento en la expectativa de vida, la reducción en el promedio de hijos, la reducción en el analfabetismo y el logro de mejores niveles educativos, la creciente incorporación y permanencia en el mercado de trabajo y la mejora en algunos indicadores de salud. Por otra parte, el extenso trabajo en cuestión muestra contradictoriamente, como “el gran aporte que realizaron las mujeres al desarrollo económico y en los distintos ámbitos no se refleja en su participación en las esferas de poder”.

Dentro de las concepciones de desarrollo hay dos corrientes principales: la que parte del desarrollo y va hacia la mujer y la que desde la mujer va hacia el desarrollo. El primer caso incluye los enfoques de bienestar, equidad, antipobreza, eficiencia y productividad. El segundo comprende las tendencias de la mujer en el desarrollo (MED) y género en el desarrollo (GED). Estas corrien-

* Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia

tes no sólo no son excluyentes, sino que se relacionan estrechamente y han estado presentes en forma superpuesta o sucesiva en la planificación para el desarrollo y en la ejecución de los proyectos.

El enfoque de BIENESTAR, que surgió después de la Segunda Guerra Mundial es el más antiguo y simplista. El bienestar social fue concebido allí como algo residual; se diseñaron programas de bienestar dirigidos a los pobres de los países del Tercer Mundo, definidos como vulnerables. Las mujeres se identificaron desde un principio como componentes específicos en los programas, y a partir de 1975 han sido el principal grupo de atención de las estrategias de bienestar.

Dentro de este enfoque el trabajo con la mujer se realiza bajo tres supuestos: primero, que las mujeres son receptoras pasivas, o sea, consumidoras y usuarias de recursos; segundo, que la maternidad es el rol más importante de las mujeres, y tercero, que la contribución más efectiva de las mujeres al desarrollo es la crianza de los niños. En conjunto esta visión se centra en la diada madre-hijo. Las mujeres identificadas por el rol reproductivo y el hombre por el productivo, y es a partir de esa premisa que se diseñan los planes.

Los programas más recurrentes de este enfoque, se han dirigido a la sobrevivencia física de la familia mediante experiencias de educación nutricional y la provisión directa de alimentos. Además, han ofrecido diversos servicios que facilitan las tareas domésticas de las mujeres. Estos programas buscan el bienestar familiar y los más ambiciosos señalan metas en el ámbito de la comunidad. Después de la I Conferencia de Población, en Bucarest en 1974, los programas de planificación familiar se sumaron al enfoque bienestarista de acciones para el desarrollo. En ellos se identifican a las mujeres como responsables de limitar el tamaño de las familias o como culpables del crecimiento acelerado de la población.

El segundo enfoque, el de EQUIDAD, además de reconocer el rol productivo de las mujeres como madres y esposas, reconoce el productivo, especialmente en el seno de la familia, donde cumple funciones importantes dentro de la economía informal y de subsis-

tencia. Este enfoque comienza a señalar que las estrategias anteriores de desarrollo habían tenido impactos negativos en la igualdad social al no reconocer la participación de las mujeres.

De ahí se derivó la estrategia de incorporar a las mujeres en el desarrollo mediante el acceso al empleo y al mercado, y la búsqueda de la mejoría de la productividad de las actividades femeninas en los trabajos domésticos y remunerados.

Un tercer enfoque, el de la ANTIPOBREZA, liga las desigualdades económicas entre hombres y mujeres con la pobreza y no con las asimetrías entre los géneros. Su corolario es disminuir las desigualdades de ingresos entre los sexos con el fin de buscar la igualdad. A la mujer del Tercer Mundo se le identifica como la más pobre entre los pobres. Las estrategias se orientan a movilizar las mujeres y unir las en cooperativas y otros tipos de grupos asociativos que permitan el desarrollo de proyectos productivos, con el fin que ellas logren mayores ingresos, y por esta vía, mejoren el bienestar de sus familias.

En 1971, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), lanzó el programa de empleo a nivel mundial y el Banco Mundial comenzó a hablar de erradicar la pobreza absoluta. Con estas políticas surgió la estrategia de satisfacción de las necesidades básicas tales como comida, vestido y vivienda. Los programas que siguieron identificaron a las mujeres de bajos ingresos como el grupo objetivo. Los proyectos se centraron en el rol productivo asumiendo que el alivio de la pobreza y un mayor crecimiento económico requerían de mayor productividad por parte de las mujeres en los hogares pobres. La falta de acceso de la mujer a la tierra y al capital, así como la discriminación en el mercado laboral, estaban en la base de la subordinación de las mujeres a los hombres.

El cuarto y último enfoque presentado desde la planificación del desarrollo es el de la EFICIENCIA O PRODUCTIVIDAD, que ha corrido parejo con la política neoliberal de la década de los 80 y 90, y se perfila como el de mayor acogida entre los programas de planificación para el desarrollo de las agencias internacionales de mayor injerencia en la cooperación. En un primer momento en este enfoque el énfasis se desplazó de la atención a las mujeres, hacia preocupaciones centradas en el desarrollo.

Este enfoque tiene como supuesto que a mayor participación en el desarrollo corresponde mayor equidad entre hombres y mujeres. En los círculos de planificación apareció también como preocupación, el papel esencial de las mujeres en el éxito de los esfuerzos del desarrollo en su conjunto, desafortunadamente de esa importante premisa, no se derivó que el desarrollo, como una meta en sí misma debía mejorar la condición y la posición de la mujer.

La presencia de este enfoque coincidió con el deterioro de la economía mundial y la recesión económica del Tercer Mundo, como es bien conocido para contener este fenómeno se aplican las medidas de ajuste del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En los proyectos de este enfoque, el tiempo de las mujeres se usa en gran parte como trabajo no pagado, otorgando cada vez más énfasis a su rol como gestoras comunitarias, pero olvidando su creciente participación económica dada las urgentes necesidades de sobrevivencia familiar.

Estos cuatro enfoques, que surgen desde la planificación para el desarrollo, se encuentran desde la década de los 70, con la mirada que se empezó a hacer desde las mujeres. Dos tendencias, como ya se señalan, han caracterizado los escritos académicos y las prácticas que parten desde las mujeres. Para la primera tendencia MED, la década de las Naciones Unidas para la mujer jugó un rol crucial, en cuanto, según Moser, permitió pasar de una preocupación centrada en el rol de la mujer dentro de la familia a una comprensión del empleo de las mujeres. En esencia, lo que esto significó fue pasar de visualizar la orientación de los programas guiados sólo por el enfoque de bienestar —que asumían la maternidad como exclusividad de las mujeres— a otra visión que tenía en cuenta su rol productivo multifacético.

Esta tendencia tiene como supuesto principal que las mujeres han estado excluidas del desarrollo y por tanto han representado un recurso no aprovechado por éste. De allí se derivó la necesidad de integrarlas con el fin de aprovechar su contribución, que se percibía como potencialmente importante. Así, la mirada de las mujeres se encuentra muy ajustada a la de los planificadores del desarrollo, especialmente dentro de los enfoques de equidad y antipobreza.

El MED se mantiene en el paradigma de la modernización y el tema de la equidad se queda a medio camino. El énfasis se hizo en la participación económica. Jamás se puso en cuestión la jerarquía de poder entre los sexos y se ignoró que el llamado “desarrollo de la mujer” demandaba un cambio profundo de la sociedad. En el fondo, el MED busca aliviar condiciones materiales de las mujeres. Los proyectos de generación de ingresos han sido una de las consecuencias más importantes de esta tendencia.

La segunda tendencia que surge desde las mujeres es conocida como GÉNERO EN EL DESARROLLO (GED). Apareció más recientemente, unida a los avances de la teoría feminista, particularmente al desarrollo de los conceptos de género y empoderamiento.

El concepto de género aparece en el debate que busca dar cuenta de la subordinación de la mujer, ante la ausencia en las teorías sociales dominantes de explicaciones sobre las desigualdades entre hombres y mujeres. En la búsqueda de explicaciones surgió este concepto entendido como el sexo socialmente construido.

La nueva tendencia no centra su análisis de manera unilateral en los problemas de la mujer, ni busca sólo la transformación de la población femenina. El objetivo es el cambio de las relaciones asimétricas e injustas entre los géneros y la mejoría de todas las personas y la sociedad en su conjunto, tanto en términos materiales, como físicos y emocionales, con el propósito de lograr la plena ciudadanía y la democracia social.

La tendencia de género en el desarrollo, sólo ha sido reconocida parcialmente en el ámbito internacional y sobre todo han sido magros los avances en cuanto a involucrar en ella a las autoridades responsables de la planificación para el desarrollo. Este desfase se explica en parte por tres factores. En primer lugar, el concepto de género está en una etapa de desarrollo inicial, no representa en el momento una receta que asegure su capacidad explicativa y se ha reconocido el desarrollo insuficiente del concepto.

En segundo lugar, el desfase tiene explicación en los componentes políticos y éticos que involucran el concepto de género, en cuanto implica compromisos democráticos radicales para remover las asimetrías de poder entre naciones, clases sociales, etnias y sobre todo entre hombres y mujeres en el ámbito público.

En tercer lugar la reticencia a considerar el género en la planificación del desarrollo, se debe a que su incorporación toca fibras personales que significan cambios en la cotidianidad de las relaciones familiares y de pareja en la esfera privada. Este punto desemboca en la necesidad de considerar la democracia familiar, como un tema explícito de la planificación para el desarrollo.

Otro debate que se está llevando a cabo en la región sobre los proyectos con la mujer se refiere a si se debe continuar la política pública para la mujer, basada en la gama inmensa de proyectos, o si más bien deben integrarse los proyectos a planes más amplios de desarrollo. Esta preocupación intenta integrar los intereses y necesidades de las mujeres en las políticas globales y sectoriales, con el fin de afectar la corriente central de desarrollo. Esto se conoce hoy en día como transversalidad.

La discusión sobre la integración de los proyectos de la mujer a los proyectos globales ha puesto sobre el tapete varios aspectos. Si bien es cierto que no se cuestiona la naturaleza misma de la integración, se han planteado reservas sobre la falta de especificidad con que se hace. Planear sólo la integración deja por fuera la complejidad del asunto, si no se tiene en cuenta que los Estados han impulsado políticas macroeconómicas neutrales en cuanto al género.

La discusión de la integración también puede darse a partir de las políticas de descentralización administrativa. Dada la importancia que en la región están tomando estos procesos, las políticas públicas pueden tener un marco territorial más reducido que el espacio nacional. Al mismo tiempo, teniendo en cuenta el importante papel que juegan las mujeres en el ámbito local, es factible pensar que la perspectiva de género en las políticas públicas puede introducirse también en contextos históricos y sociales más concretos y determinados. La integración a nivel local se ha planteado como la que se produce a partir de la base.


La estrategia más importante para ello se ha adelantado gracias al surgimiento del concepto de EMPODERAMIENTO (*empowerment*), concepto que fue promovido por los organismos no gubernamentales del Tercer Mundo que lidiaban con los proyectos de desarrollo para las mujeres desde los enfoques de bien-

estar, antipobreza o eficiencia. El empoderamiento se extiende como un proceso social que promueve la participación de las personas, las organizaciones y las comunidades para tomar control sobre sus propios destinos en las relaciones familiares, en las actividades comunitarias y en el accionar del mundo social más amplio.

El concepto surge como una estrategia impulsada por el movimiento de mujeres del Tercer Mundo, con el fin de avanzar en el cambio de la vida de las mujeres y en el proceso de transformación de las estructuras sociales, que es el objetivo último del movimiento de mujeres. El empoderamiento es entonces, la más importante estrategia de las mujeres como individuos y como grupo organizado para ganar poder por sí mismas, en forma individual y colectiva mediante acciones participativas. Las mujeres como actoras sociales aspiran a estar donde se toman las decisiones para el futuro de sus vidas y de sus sociedades. Para ello deben ejercer el poder y la autoridad, con miras a dar forma a los procesos transformadores. De esta manera, el concepto de empoderamiento tiene una relación directa con el de poder, al tiempo que tiene una vinculación con el de autonomía, entendida como un proceso de negociación con los espacios autónomos de otros, entre ellos el Estado, y no como individualización y separación. En otras palabras la autonomía con significación política.

Cuando se trabaja con el empoderamiento se distinguen estrategias a corto y largo plazo para lograr los cambios. En cualquier caso se pone énfasis en las organizaciones de las mujeres de abajo hacia arriba, como la manera de elevar su conciencia para desafiar su subordinación. En suma, el enfoque del empoderamiento plantea como estrategia básica obtener poder a través de la organización.

La paradoja identificada al inicio de este trabajo sobre la no concordancia entre el aporte de la mujer al desarrollo y su participación en las esferas del poder institucionalizado, es el reto más importante para las mujeres latinoamericanas al final del siglo. Para afrontarlo se requiere de una visión amplia de los diferentes campos de la vida social, entendidos como derechos humanos, tanto para los hombres como para las mujeres, ello implica una forma

de pensar holística sobre las relaciones sociales y significa acercarse a los ideales de transformación por la vía de la equidad de las relaciones de género. 

Bibliografía

- 1- Alcalá, María José. *Compromisos para la salud y los derechos sexuales y reproductivos de todos*, Nueva York: Family Care International. 1995.
- 2- Anderson, Jeanine. Intereses o justicia. *¿A dónde va la discusión sobre la mujer y el desarrollo?* Lima, Flora Tristán, Entre Mujeres. 1992.
- 3- Anderson, Mary B. y Cahen, Marty A. *Integrating or Restructuring Development?* Washintong, documento preparado por AWID para el coloquio sobre Género y Cooperación para el Desarrollo.
- 4- Arango, Luz Gabriela; León, Magdalena y Viveros, Mara. *Estudios de Género e identidad: desplazamientos teóricos*. Bogotá: Tercer Mundo. 1995.
- 5- Barberi, Teresita de. *Sobre la categoría Género. Una introducción teórico-metodológica*. ISIS internacional, *Fin de Siglo: Género y cambio civilizatorio*, Santiago de Chile. Edición de las Mujeres. 1992.
- 6- _____ *Certezas y malos entendidos sobre la categoría Género*, en Guzmán y Pacheco, Estudios Básicos de Derechos Humanos IV, San José de Costa Rica: IIDH y Comisión de la Unión Europea.
- 7- Buvinic, Mayra. "Women's Issues in Third World Poverty: a policy analysis". 1983.
- 8- Benería, Lourdes y Roldán, Martha. *The Crossroad of class and gender*. University of Chicago Press.
- 9- Boserup, Ester. *Women's Role in economic development*. New York, St Martins. 1970
- 10- Bell, Jo. *Identificación de oportunidades para la planificación de Género en el desarrollo urbano: un marco de trabajo conceptual y operativo*. Seminario sobre planificación de Género. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, agosto 4-6.
- 11- Burdette, Marcia M. y Grande, Nona. *Are we gaining ground? A comparative perspective on the Impact of WID*, de North-South Institute. 1990
- 12- Campillo, Fabiola, Género y Desarrollo rural: una relación desigual. *Revista Rural*, Santafé de Bogotá. No. 16, marzo-abril. 1996.
- 13- Caro, Elvia. *El Estado y las Mujeres*. Velázquez Magdala. *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo I. Bogotá, 1995. Editorial Norma.
- 14- Deere, Carmen Diana. *La mujer rural y la política estatal: la experiencia latinoamericana y caribeña de Reforma Agraria*, en León y Deere, *La mujer y la política agraria en América Latina*. Bogotá. ACEP y Siglo XXI. 1986.
- 15- Escobar V., Arturo. *La invención del desarrollo en Colombia. Lecturas de Economía*. Medellín, No. 20, mayo-agosto. Pag. 11-35. 1986.

- 16- Herz, Bárbara. *Bringing Women into the Economic Mainstream, en Finance and Development*. December. 1992.
- 17- Lamas, Marta. *La antropología feminista y la categoría género*. **Revista Nueva Antropología**. Vol. VIII, No. 30. 1986
- 18- _____ *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género*. Inédito
- 19- León, Magdalena y Deere, Carmen Diana. *Al mujer y la Política Agraria en América Latina*. Bogotá. Siglo XXI y ACEP. 1986.
- 20- Meertens, Donny. *Autonomía y práctica social: dilemas cotidianos de una estrategia en el desarrollo*, en Barrig y Wehkamp (Eds.) *Sin morir en el intento: experiencias de planificación de género en el desarrollo*. Limsa, Red Entre Mujeres. 1994.
- 21- Portocarrero, P. *Mujeres en el desarrollo: balance y propuestas* (De.) Lima, Flora Tristán. 1990.
- 22- _____ y Ruiz Bravo, Patricia. *Mujeres y Desarrollo*. Madrid, Iepala y Flora Tristán. 1990
- 23- _____ *Estrategias de Desarrollo: intentando cambiar la vida*. Lima, Flora Tristán. 1993.
- 24- _____ "Operationalizing Gender and Development", Trabajo presentado ala Asociación de las mujeres y el Desarrollo, Washintong, D.C.. Nov. 20-24. 1991.
- 25- Rubin, Gayle. *El tráfico de las mujeres: notas sobre la economía política del sexo*. Revista **Nueva Antropología**. Vol. VIII. No. 30. 1986
- 26- Samir, Amin. *El fracaso del desarrollo*. Madrid: IEPALA. 1994.
- 27- Schmukler, Beatriz. " *La perspectiva de género en los proyectos de desarrollo y su diferencia con la perspectiva de mujer y desarrollo*". México. Instituto Mora, mimeo sin fecha.
- 28- Sen, Gita y Grown, Karen. *Desarrollo, Crisis y Enfoques alternativos: perspectivas de la mujer en el Tercer Mundo*. México. 1988.
- 29- Scoot, Joan W. *El género una categoría útil para el análisis histórico en Amelang James y Nash Mary*. (eds). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia. Ed. Alfonso el Magnánimo. 1990.
- 30- Valdés Teresa y Gomariz, Enrique. *Mujeres latinoamericanas en cifras*. Santiago de Chile. Flasco e Instituto de la Mujer en España. 1995
- 31- Wringa, Saskia. *Womens interest and empowerment: Gender polannig reconsidered*, en *Developmentand change*. Vol. 25, No. 4. 1994.
- 32- Young, Kate. *Reflexiones sobre cómo enfrentar las necesidades de las mujere,s* en Guzmán, et al (ed), *Una nueva mirada: género en el desarrollo*. Lima, Flora Tristán. Entre Mujeres. 1991.

Participantes del Seminario Latinoamericano Estudios e Investigación sobre Mujer y Género en América Latina y el Caribe

- 1- Alba Palacios. Diputada al Parlamento centroamericano y dirigente campesina. Managua, Nicaragua.
- 2- Alejandra Massolo. Universidad Autónoma Metropolitana. México. Casilla de correos 288, 8.3000 Neuquén, Argentina. Teléfono 54-99-0441. Email: masolo@rionet.reionegro.com.ar.
- 3- Alicia Amalia Rodríguez. FLACSO. Programa Guatemala. 5 Ave. 6-23, zona 9. Guatemala. Teléfono 362-1431. Fax 332-6729
- 4- Alicia Gordillo. PIEG-UCA, Apdo. 69, Managua, Nicaragua
- 5- Ana C. Escalante. CECADE/CRIES: UCCR. Apartado postal 10-2070 Sabanilla. Costa Rica. Teléfono: 506-225-5532. Email: acescala@cariari.ucr.ac.cr
- 6- Ana Isabel García Quesada. Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y de la Familia. Red de Ofic. Gubernamental de la Mujer de A. L. y el Caribe. Apartado 59-2015, San José, Costa Rica. Fax: 506-253-8823. Email: acescala@sol.racsa.co.cr.
- 7- Ana María Sánchez B. UNAN-Managua. Residencial El Dorado No. 152. Managua. Nicaragua. Fax 505-274943
- 8- Ana Ponce. Universidad Católica del Perú. Avenida Universitaria s/u Lima 32. Lima, Perú. Fax 463-6600. Email: aponce@pucp.edu.pe.
- 9- Annette Backhause. Alemania. Programa de Género. Cooperación Técnica Alemana.
- 10- Angélica Fauné. UCA-CRIES. Telefax: 506-234-9996. San José, Costa Rica.
- 11- Aracelly De León de Bernal. Instituto de la Mujer. Universidad de Panamá. Estafeta Universitaria. Universidad de Panamá. Fax (507) 264 9951. Email: jbbernal@pananet.com
- 12- Auxiliadora Marengo. Catedrática de la UCA, Apdo. 69, Managua. Nicaragua
- 13- Balbino Suazo. Director Estudios Generales UCA, Managua. Nicaragua. E-mail Balbino@ns.uca.edu.ni
- 14- Celia Aguilar Setién. Uraccan y MARENA. Ministerio de Recursos Naturales y del Ambiente. Managua.

- 15- Cinzia Mirella Innocenti. Universidad Centroamericana (UCA).
Universidad José Simón Cañas. San Salvador. El Salvador. Telefax:
273-4400
- 16- Cornelia Marschall. GTZ. PUB/LRE. Apartado postal C-161. Managua, Nicaragua. Teléfono 505-2771949
- 17- Cristhian Santos. Directora Revista Unidas Centroamericana. Telefax
266-8534. Managua.
- 18- Cristina Zurutuza. Universidad de Buenos Aires. Argentina. Email:
cem@cembue.cci.org.ar
- 19- Daniel Cazés. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias
y Humanidades. UNAM - México. Telefax (525) 666 6109. Email:
danielem@servidor.unam.mx
- 20- Deysi Cheyne Romero. Instituto de la Mujer (IMU). Teléfono 226-
0543. San Salvador. El Salvador. Fax: 226-3080
- 21- Eivor Halkjaer. Suecia. Embajadora de Suecia en Nicaragua.
- 22- Eva Margarita Sánchez. Nitlapán. UCA. Managua. Nicaragua.
- 23- Eduardo Sacayón. Programa Universitario de investigación en Estudios
de Género. Universidad de San Carlos. Guatemala. Edificio S- 11,
tercer nivel, Ciudad Universitaria, zona 12, Guatemala. Email
usacdig@usac.edu.gt
- 24- Elizabeth Rodríguez O. Proyecto CIPD - Nic. Seguimiento Cairo 94.
Plaza España, Managua, Nicaragua. Fax: 268-2341
- 25- Enrique Gomáriz Moraga. FLACSO. Apartado 74-2015. San José,
Costa Rica. Email: endmy@sol.raesa.co.cr
- 26- Flora Blandón de Grajeda. Fundación Nacional para el Desarrollo.
Apartado Postal 1774. San Salvador, El Salvador. Email: funde@es.
com.sv
- 27- Guiomar Talavera Urrutia. UCA. Residencial Las Mercedes, II Etapa
No. 636. Managua. Nicaragua. Fax: 2670106
- 28- Gilma Tinoco. PIEG-UCA, Apdo. 69, Managua, Nicaragua
- 29- Haydeé Castillo. Fundación "Blanca Aráuz". Managua. Nicaragua
- 30- Irene Pineda Fermán. Directora del Departamento de Psicología. PIEG
- UCA. Apartado 69. Managua, Nicaragua. Fax: 2670106. Email:
ipineda@ns.uca.edu.ni
- 31- Irma Arriagada. CEPAL. Naciones Unidas. Casilla 179-D. Chile. Fax:
56-2-208-0252. Email: iarriaga@eclac.cl
- 32- Isolda Rodríguez Rosales. UCA. Apdo. 69, Managua, Nicaragua.
Teléfono 277- 0699. Email: irr@ns.uca.edu.ni.
- 33- Jasmine Gideon. Universidad de Manchester. Inglaterra. Teléfono 44-
161-275- 4516. Email: Jasmine.Guideon@man.ac.uk.

- 34- Joan French. Unicef. Oficina Regional para América Latina y el Caribe. Calle 72. No. 10-71, piso 12, Bogotá, Colombia. Email: jfrench@unicef.org
- 35- Jorge Manzi. Pontificia Universidad Católica de Chile. Escuela de Psicología. Teléfono 565-2-686-4636. Chile. Email: jmanzi@pucc.cl
- 36- Josefina Bilbao. Ministra directora Sernam. Chile
- 37- Kate Wells Avilés. Relaciones Internacionales. UCA. Managua, Nicaragua.
- 38- Ketzu Ametzu. Instituto Juan XXIII, Apdo. 69. UCA, Managua, Nicaragua.
- 39- Laís Abramo. Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación económica y social ALPES/CEPAL. Apartado postal: casilla 1567. Santiago de Chile. Chile. Email: labramo@eclac.cl
- 40- Laura Guzmán. PRIEG. Costa Rica.
- 41- Lea Guido L. OPS/OMS Ministerio de Salud OPS. Apartado 3745. San José de Costa Rica. Teléfono 233-7354
- 42- Ligia Alvarez Molina. PIEG-UCA. Facultad de Ciencias Jurídicas. UCA. Managua. Nicaragua.
- 43- Ligia Martín Salazar. Maestría Estudios de la Mujer. UCR- UNA. Universidad Nacional. Heredia, Costa Rica. Email: rbolanos@cariari.ucr.ac.cr
- 44- Lola Luna. Universidad de Barcelona. España.
- 45- Lola Ocón Núñez. Asociación de Mujeres Profesionales por la Democracia en el Desarrollo "Las Bujías". Managua, Nicaragua. Fax: 266-9716.
- 46- Lorenia Parada Ampudia. Programa Universitario de Estudios de Género PUEG -UNAM. México. Email: lorenia@servidor.unam.mx
- 47- Luisa Molina Argüello. Fundación Protectora Derechos niños-as infractores-as "Savia Nueva". Managua, Nicaragua. Teléfono: 278-2889.
- 48- Lucía Aguirre, Directora de Suissaid, Nicaragua.
- 49- Lucila Cuadra. Instituto Juan XXIII, Apdo. 69, Managua, Nicaragua.
- 50- Luz María Sequeira. Redd Barna. Managua, Nicaragua.
- 51- M. Luz Lagarrigue. Servicio Universitario Mundial SUM. Teléfono 272-3575. Santiago de Chile. Chile.
- 52- Magdalena León. Universidad Nacional de Colombia. Calle 117 No. 6-55, Bogotá, Colombia.
- 53- Malena de Montis. Cenzontle. Managua, Nicaragua
- 54- Mayra Luz Pérez. Vice Rectora Académica. UCA, Apdo. 69, Managua, Nicaragua

- 55- Magaly Pineda. Centro de Investigaciones para la Acción Femenina (CIPAF). Santo Domingo. República Dominicana. Email: cipaf@aacr.net\taveras2@tricom.net
- 56- María Esther Pozo Vallejos. Centro de Estudios Superiores. Universidad San Simón, Bolivia. Fax: 591-42-54625
- 57- Marcela Lagarde. UNAM. México.
- 58- María Loreto Rebolledo. PIEG. Universidad de Chile. Santiago de Chile. Teléfono 6787707. Chile. Email: loreto@reuna.cl
- 59- María Luisa Robleto. *Greenpeace Chile*. Managua. Nicaragua
- 60- María Rosa Renzi. FIDEG. Managua, Nicaragua. Teléfono: 505-266-8710. Email: mrr@nicarao.apc.org.ni.
- 61- María Teresa Blandón. La Malinche. Programa C.A. La Corriente. Managua. Nicaragua. Email: corrient@ibw.com.ni
- 62- Mariela Arce. Centro de Estudios y Acción Social Panameño (CEASPA). Panamá. Teléfono: 226-4529. Apartado 6-133. El Dorado. Panamá. Email: ceaspa@ms.sinfo.net
- 63- Marina Subirats. Universidad Autónoma de Barcelona. Teléfono 3-581-1384. España.
- 64- Marisol Cerrato. Instituto Juan XXIII, Apdo. 69, Managua, Nicaragua
- 65- Martha Cabrera Cruz. PIEG- UCA, Managua. Nicaragua. Teléfono: 2783923
- 66- Martha Cecilia Palacios. PIEG-UCA. Managua. Nicaragua. Email: SandraZ.@ns.uca.edu.ni
- 67- Martha Heriberta Valle. Diputada y dirigente nacional de la UNAG. Managua, Nicaragua
- 68- Miho Hirohashi. Clark University, Programa Doctoral de Estudios de la Mujer. Japón.
- 69- Mirna A. Cuevas Ruiz. UCA. Managua, Nicaragua. Email: cuevas@ns.uca.edu.ni
- 70- Mirtha Kenedy. Centro de Estudios de la Mujer. Honduras
- 71- Norma Lesbia Rivera. Departamento de Estudios de Género UNAN- Managua. Nicaragua
- 72- Niurka Pérez Rojas. Universidad de La Habana. Teléfono 32-2145. La Habana. Cuba.
- 73- Nubia Rocha. Coordinadora del equipo central de CISAS. Nicaragua.
- 74- Orlando Núñez. Director del CIPRES. Managua. Nicaragua
- 75- Patricia Lindo. Educadora - Sicóloga. PRODE Mujer. León, Nicaragua.
- 76- Pavel Ernesto Isa. CRIES. Managua, Nicaragua.
- 77- Raúl Vergara. Agencia de Cooperación Internacional de Chile (AGCI)
- 78- Rebeca Centeno. PIEG-UCA. Managua. Nicaragua.
- 79- Rosa Argentina López. Directora del Instituto Nicaragüense de la Mujer. Managua. Nicaragua.

-
- 80- Sandra Ruiz Almendárez. UCA, Managua, Nicaragua. Teléfono 277-3106.
- 81- Sandra Zúñiga Briceño. PIEG- UCA. Managua, Nicaragua. Email: sandraZ@ns.uca.edu.ni
- 82- Sofia Montenegro. CINCO. Managua, Nicaragua. Email: cinco@ibw.com.ni
- 83- Sonia Cansino. Las Dignas, Teléfono 226-1879. San Salvador, El Salvador. Email: dignas@com.sv
- 84- Sonia Montecino Aguirre. PIEG. Universidad de Chile, Chile. Fax 678-7829.
- 85- Sonia Morín. Departamento de Sociología. UCA. Managua. Nicaragua
- 86- Silvia Villagra. SUM. Nicaragua
- 87- Teresa Rodríguez. SERNAM. Chile.
- 88- Teresa Blandón. Colectivo Malinche. Managua, Nicaragua
- 89- Thelma Galvez. Centro de Estudios de la Mujer. Chile
- 90- Thera Van Osch. Embajada de Holanda.
- 91- Vida Luz Meneses. PIEG-UCA. Apartado postal 69. Managua, Nicaragua. Email: sandraz@ns.uca.edu.ni.
- 92- Xabier Gorostiaga. Rector de la UCA. Managua. Nicaragua.
- 93- Zoila Rodríguez de Innocenti. Bulevar Los Próceres. San Salvador. UCA. Teléfono 273-4400.
- 94- Zoila Guadamuz Núñez. Fundación "Savia Nueva", Managua, Nicaragua. Teléfono 278-5163

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Editorial Imprenta UCA, en Managua, septiembre de 1997.
Consta de 1500 ejemplares en papel bond.



Representaciones de más de 20 países, participaron en el Seminario *Estudios e Investigación sobre Mujer y Género en América Latina y El Caribe*, celebrado en la Universidad Centroamericana de Managua.

El seminario analizó los avances logrados hasta el momento en las áreas de estudios de género en las universidades latinoamericanas, caribeñas y españolas.

También se proyectaron y formularon directrices de trabajo e investigación que permitan enfrentar los retos del nuevo milenio.

“Mujer y Género” recoge un resumen de las ponencias y propuestas para la coordinación efectiva entre la academia y los organismos que trabajan en los estudios e investigaciones sobre mujer y género en América Latina.

